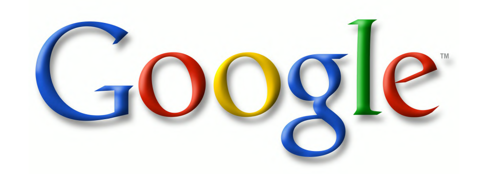
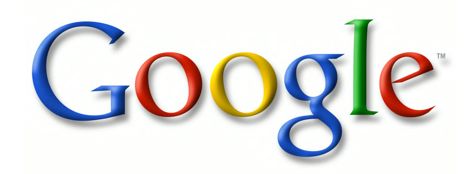
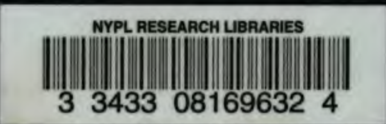
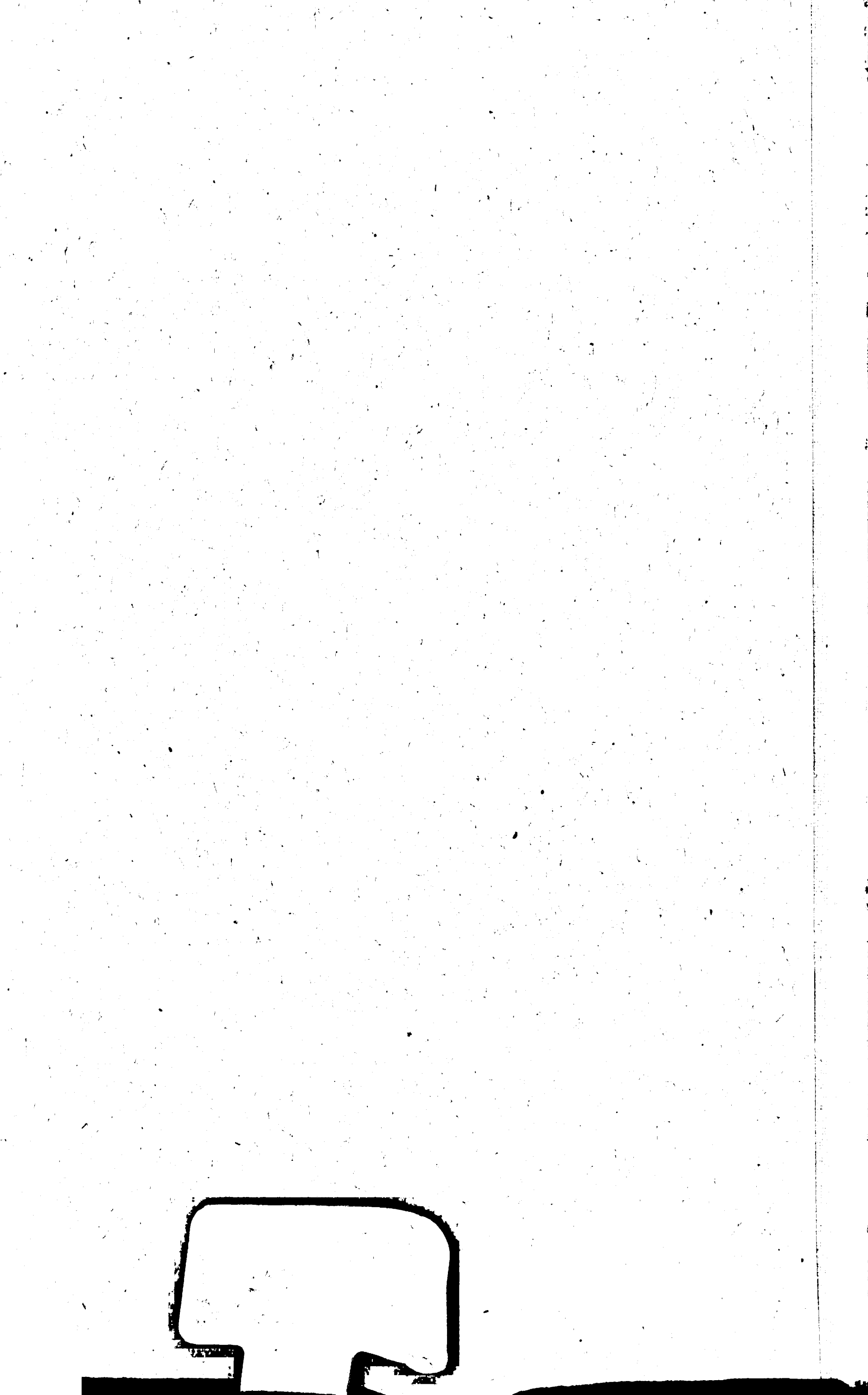





NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08169632 4



HISTORIA
DE LA
PATAGONIA, TIERRA DE FUEGO,
É ISLAS MALVINAS.

POR

Mr. FEDERICO LACROIX,

DE LA ISLA DE FRANCIA.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

Una sociedad literaria.



BARCELONA.
IMPRENTA DEL LIBERAL BARCELONES.
1841.

Patagonia
Tierra del Fuego
Falkland Islands.

a H

HISTORIA
DE LA
PATAGONIA, TIERRA DEL FUEGO
É ISLAS MALVINAS.

POR

Mr. FEDERICO LACROIX,

DE LA ISLA DE FRANCIA.

Los paises de que vamos á ocuparnos se hallan comprendidos entre los 38-55 grados de latitud S. y los 60-77 de lonjitud occidental. Situados en la estremidad del nuevo mundo y bajo un clima inhabitable, solo han podido ser examinados con un objeto científico. Son pocos ó ningunos los habitantes que hay allí, y en el sur, muy raros establecimientos, mas pronto abandonados que formados. En el norte como en el mediodía, el cuidado de la propia subsistencia ocupa demasiado á sus habitantes para que les quede tiempo de tomar parte en los principios de civilizacion que se conocen en los estados inmediatos del Perú y Chile. Son aquellos pueblos hoy dia, con corta diferencia, en sus hábitos lo que eran en la época en que se descubrió aquella parte de América; si bien es verdad que la imprudencia y la conducta, esencialmente impolítica de los primeros Españoles que se establecieron en medio de ellos, debió privarles de todo lo que la Europa hubiera podido darles y enseñarles para beneficio suyo y de su propio interés. Agréguese á esto que el aspecto que ofrece la presentida civilizacion de los paises limítrofes, no ha debido animar mucho á los Patagones y Araucanos á seguir el ejemplo de las poblaciones indíjenas del centro; las cuales se han dejado inocular dócilmente de los vicios de nuestra sociedad. En efecto, por donde quiera, la raza blanca ha introducido en la América meridional la anarquía y la inmoralidad; por donde quiera el despotismo monárquico ó la ambicion de algunos intrigantes sin talento ha producido el mas lamentable desórden, y ha impedido el desarrollo de las naciones mas favorecidas con respecto á la intelijencia. Desde las provincias septentrionales del Brasil hasta Buenos-Aires, desde la Bolivia y el Perú hasta las fronteras meridionales de Chile, no hay mas que luchas sangrientas, escisiones contínuas y detenciones forzosas en el camino de la barbarie y de la ignorancia; espectáculo bien propio para justificar la paradoja de J. J. Rousseau sobre el estado salvaje. No es estraño pues que los pueblos del Sur no hayan sido todavía tentados de tomar su parte en las funestas ventajas de semejante civilizacion.

Lo que sí admira es cómo aquel instinto de curiosidad que á falta de otros motivos impulsa al hombre á

reconocer paises lejanos, se haya apenas escitado respecto de los de Magallanes; pues en tanto que las potencias marítimas se disputan á porfía la perseverancia y los esfuerzos para examinar las rejiones heladas del polo ártico y para descubrir el pasaje inútil al nordeste, la estremidad sur del continente americano permanece envuelta en un profundo misterio, como si ella hubiese sido defendida por un muro incontrastable. Algunos navegantes se aventuraron bastante hácia la parte del estrecho de Magallanes y el cabo de Hornos, para enriquecer la ciencia náutica con nuevas observaciones sobre aquellos parajes tan peligrosos; pero no se ocupaban sino lijeramente de examinar el interior de las tierras, de conocer el carácter y las disposiciones de los habitantes, de estudiar la naturaleza del suelo y sus productos, y calcular las ventajas que se pudieran sacar de un establecimiento formal en aquellos lugares. Así es que estamos reducidos á conjeturas vagas, particularmente sobre la parte interior de la Patagonia, la cual es enteramente desconocida hasta el punto de haberse visto obligados los jeógrafos á dejar en sus mapas los claros de sus pormenores. Dia vendrá sin duda en que no habrá un solo punto de la superficie del globo que no haya sido visitado, en que cada sér habrá dicho á la ciencia sus cualidades y afinidad; en que nada en fin de lo que existe quedará por definir y clasificar. Entretanto el orgullo del hombre se vé obligado á humillarse ante lo que para él está bajo el dominio de los enigmas.

PATAGONIA.

Situacion jeográfica.—Configuracion jeneral y límites.—La Patagonia se estiende del norte al sur sobre una lonjitud de cerca de cuatrocientas sesenta y cinco leguas, entre los 35-38 grados, y 53-54 de latitud S. Su lado occidental principiando en los 38 grados, y el oriental en los 42 de latitud, sus tres puntos estremos, el cabo Corrientes al este, el cabo Froward al mediodía, y el promontorio que se adelanta en el grande océano austral, en frente de la isla de Chiloè al oeste, forman como un vasto triángulo, cuyos lados desiguales presentan en su línea dos curbaturas conexas al norte y al oeste, y cóncavas al este. Los límites de este pais son al norte, el Chile, del que está separado por los Andes; despues el golfo de Guaiteca hasta mas allá del volcan de Chillan, y el Rio-Negro, cuyo curso de oeste al este sube del sur al norte; al este el océano Atlántico; al mediodía el estrecho de Magallanes, y al oeste, el grande océano austral. Las dimensiones de la Patagonia varian mucho: se calcula que llegará á cien leguas su lonjitud mediana, medida desde el fondo del golfo San Jorje al este, hasta el de Guaiteca al oeste; y se cuenta su superficie total en sesenta y seis mil seiscientas leguas cuadradas, comprendiendo en ellas el archipiélago de la Tierra del Fuego.

Golfos, cabos y montañas.—El lado oriental de la Patagonia presenta dos grandes golfos, el de San José al norte, y mas abajo al sur el de San Jorje. Por la parte de occidente tiene tres; el de Guaiteca, al norte, el de Peñas, mas arriba, y el de la Trinidad, que, con el anterior, forma la inmediata isla de Tres-Montes. La punta de tierra, que mas bien merece el nombre de cabo, es la de Froward, á la estremidad sur del continente y por encima del ángulo obtuso que describe el estrecho de Magallanes. Sin embargo puede citarse todavía el cabo de las Vírjenes, que se adelanta en las olas, no lejos de la abertura oriental del estrecho. En el cabo Froward principia, bajo el nombre de Sierra Nevada de los Andes, la jigantesca cadena que atraviesa todo el nuevo mundo, costeando, á mas ó menos distancia, el lado occidental. Estas montañas y sus numerosas cadenas secundarias componen la armazon de las comarcas de que hablamos. La de Casuhati, que principia en la parte occidental, cerca del cabo San Andrés, se interna subiendo hácia el nordeste, y vuelve de pronto para dilatarse del norte al sur, hasta casi llegar al estrecho de Magallanes.

Volcanes.—Ningun pais mejor que este justifica la opinion de muchos sabios que atribuyen á las erupciones volcánicas la formacion del continente americano. Los eráteres, todavía abiertos del San Clemente, del Medielena, del Minchimadiva, del Osorno y del Chillan, en la Patagonia; aquellos mas numerosos que se ven aglomerados en el archipiélago de Magallanes; y otros en fin de que hallarémos las señales, tibias todavía, en las islas Malvinas, son mas que suficientes para dar un cierto grado de probabilidad á esta asercion.

Rios.—La Patagonia no tiene grandes rios. El mas notable, descendiendo de la parte oriental, es el *Rio Negro*, que no debe confundirse con el rio del mismo nombre que desemboca en el de las Amazonas. El de que ahora hablamos toma su oríjen bajo los 36° 50' de latitud, y tiene su desembocadero sobre los 41° de latitud y 63° de lonjitud occidental. Mas abajo está el rio de los Camerones, el cual se supone que tiene su nacimiento, como el anterior, en la falda oriental de los Andes. Su corriente es desde luego del norte al sur, declinando lijeramente del oeste á este, y subiendo despues en aquella direccion del norte al sur. Su manantial está situado, segun se dice, en los 40° 30' de latitud y 71° 20' de lonjitud; su desembocadero en los 45° de latitud y 66° 20' de lonjitud occidental. Este rio tiene una porcion de corrientes, lo que unido á las pocas noticias exactas que hay del interior del pais, hace muy difícil, por no decir imposible, determinar su curso principal. Mas abajo está la débil corriente, llamada *Rio Desiderado*, que principia en el lago Coluguape por 71° 50' de lonjitud y 47° 15' de latitud sur; y en fin el Gallegos, cuyo curso es todavía un problema para los jeógrafos, no obstante que algunos indican que sigue del norte al sud la direccion de los Andes, y que vuelve del oeste al este para desaguar en el Atlántico, por encima del cabo de las Vírjenes. La parte occidental, profundamente cortada por los golfos de Guaiteca y de la Trinidad, que cada uno tiene su archipiélago, y por la tierra de Guillermo VI y la península de Brunswick, cuenta un inmenso número de corrientes, de las cuales ninguna merece que se haga de ellas mencion.

Lagos.—Una particularidad que debe notarse, es la disposicion de la mayor parte de los rios y arroyos que surcan la parte occidental á trasformarse en pequeños lagos, ya sea á la mitad, ya al fin de su curso. De estos, los mas dignos de citarse son el de Tehuel, colocado, por lo que se infiere, en el centro de la Patagonia; el de Nahuelhapi, que se estiende en la inmediacion de los Andes, y que es bastante grande para contener una pequeña isla llamada de los Tigres; y en fin un dilatado estanque, situado en la estremidad nordeste de la tierra de Guillermo IV, no lejos del Otway-Water, cuyo circúito no se eleva lo suficiente para que propiamente sea un verdadero lago mas bien que una de aquellas hondonadas tan comunes en la parte del oeste. En cuanto á los lagos de menor dimension que se hacen casualmente en las llanuras, todos son salobres, por lo menos en la parte septentrional.

Clima, aspecto.—En jeneral se sabe muy poco de las producciones de la Patagonia. Las últimas tierras de la América meridional, aunque apenas pasan el 55° grado de latitud sur, están espuestas á una temperatura casi tan áspera como la de Groenland. No han sido realmente objeto sino de estudios particulares; así es que los testimonios de los viajeros parecen con frecuencia contradictorios, habiendo hecho cada uno de ellos estensivo á todo el pais lo que deberia haberse ceñido únicamente á la localidad que habian examinado. El interior del Africa y de la Nueva Holanda se halla casi en el mismo estado; y mucho trabajo habrá de costar todavía antes que dejemos de lamentar esta ignorancia. La Patagonia, segun el aserto de varios viajeros, no ofrece mas que vastos desiertos, algunas praderas muy raras, y espacios inmensos impregnados de ni-

tro. Segun otros, por el contrario, se hallan magníficos bosques, abundantes en madera para construir casas. Estas observaciones son ciertas, si se refiere la primera á la parte nordeste y sudeste del territorio, y la segunda á la parte oeste y sudoeste; no siendo por lo demás de admirar la gran variedad de aspecto que ofrece un pais tan vasto como este, pues en la Europa misma tenemos ejemplos mas notables de ella en una escala mucho menos estensa. Tampoco es de olvidar que el hombre no ha llevado allí aun la actividad fecunda de su industria; siendo lo que ha obtenido con ella, bajo latitudes frias y en paises todavía mas ingratos, una prueba de lo que pudiera hacer en esta, si la poblacion, aumentada en América en la misma proporcion que en Europa se diese á cada tierra su importancia y valor.

Todos los autores no obstante están de acuerdo en reconocer que sobre el límite de la zona septentrional de la Patagonia, el suelo es mas productivo que en la rejion del sur. En el norte se detiene complacida la vista sobre la risueña pradera donde á veces los frutales de Europa, trasplantados por los primeros colonos españoles, se confunden con el sauce del pais. Causa una agradable sorpresa hallar en las riberas del *Rio Negro* la higuera, el cerezo, el manzano y la viña con toda la riqueza de una vigorosa vejetacion. En suma, fuera del territorio que confina con la república de Buenos Aires, el aspecto de la parte conocida de la Patagonia es esencialmente uniforme. Grandes llanuras donde no se divisan mas que escasos matorrales abrasados por la sequedad, algunos montecillos acá y acullá que se elevan en medio de eriales privados de toda sombra, tal es el triste panorama que se descubre á la vista del estranjero en un radio muy estenso del territorio patagon.

Constitucion del terreno.—Al llegar aquí nos vemos precisados á consultar la bella obra de Mr. Alcide de Orbigny sobre la América meridional. Este hábil naturalista que ha recorrido durante ocho años consecutivos todo el hemisferio austral del nuevo mundo, permaneció ocho meses en la Patagonia estudiando las riquezas minerales y animales de este misterioso pais, viviendo bajo la tienda del indíjena. Así es como ha podido darnos á conocer con los pormenores mas minuciosos todas las partes de aquella vasta rejion que debió tener tiempo de visitar, tales como la zona septentrional, próxima al Rio Negro, y la zona oriental hasta la península de San José. Es una fortuna verdaderamente el poder referirnos en este punto á una obra tan preciosa como la de Mr. de Orbigny, por quien además hemos tenido el gusto de ser autorizados para ello. Confesamos pues con toda franqueza que cuanto vamos á decir sobre el norte de la Patagonia y la poblacion que la habita, es el resúmen de las relaciones y de la opinion del sabio viajero, cuya única guia merece toda confianza en semejante materia. Muchas veces le habrémos de citar textualmente, porque hay casos en que no puede remplazar el análisis á la cita exacta, y porque hay en las obras de este jénero períodos que no permiten el estracto y conviene reproducirlos tales como son, só pena de alterar el asunto á que se refieren y sujetar á su autor á una torpe diseccion. No quiere esto decir que haya tal necesidad, sino para las cosas que forman el carácter que las distingue esencialmente, como los detalles de las costumbres, y de ningun modo para lo que no es parte integrante del cuadro de un pais ó del retrato físico de un pueblo.

Tampoco dejarémos por esto de examinar cuidadosamente la opinion de otros viajeros y aprovecharnos de las noticias que faciliten, haciendo las inducciones á que dieren lugar en nuestro concepto sus contradictorias aserciones, aunque adhiriéndonos siempre al testimonio de Mr. de Orbigny, como la autoridad mas preferida, y bajo cuyo nombre se distinguirá nuestro trabajo.

El *Viaje á la América meridional* no es el solo libro que nos ha suministrado las noticias curiosas, y bajo

todos aspectos nuevas, que vamos á dar: nos hemos tambien valido de otra obra mas especial y no menos notable; queremos hablar del *Hombre americano*, tratado de fisiolojía de los mas preciosos para el estudio de las razas del nuevo continente, y que bajo mas de una relacion coloca definitivamente á Mr. de Orbigny al lado de Mr. de Humboldt. (Esta es tambien la opinion de Mr. Darwin, sabio naturalista inglés que ha reconocido el estrecho de Magallanes en compañía del capitan King, cuya competencia en este punto no puede ser contestada.)

Es á la verdad sensible que no se hayan publicado todavía los tratados de jeografía, jeolojía, philolojía y una parte de la historia natural del *Viaje á la América meridional*, pues que hubiéramos podido, con las interesantes noticias que promete la perfeccion de una obra tan útil como esta, dar á la descripcion jeneral de la Patagonia un desarrollo mas proporcionado á las otras partes de esta relacion.

Principiamos pues nuestras citas sobre la constitucion del terreno de la Patagonia:

«Considerado bajo la relacion de su composicion, el terreno de la parte septentrional parece ofrecer desde el pié de los Andes hasta el mar una sucesion de capas de tierras terciadas que contienen alternativamente conchas de agua dulce y marinas, y huesos de mamíferos en medio de un arenisco deleznable, tan perfectamente colocados, que sobre las orillas del mar y la ribera del Rio Negro donde por dó quiera se notan escarpados de una grande altura, se puede seguir la menor de ellas el espacio de seis á ocho leguas sin que varíe de espesor. Hecha la comparacion de muchas peñas con las descripciones de los viajeros, han probado que el mismo terreno ocupa casi toda la Patagonia de la costa oriental hasta el estrecho de Magallanes. Por lo demás, el terreno terciado sigue por el pié de los Andes hácia el norte, comunica con el que baña el gran Chaco, y rodea por todas partes los Pampas propiamente dichos, formados invariablemente de arcilla de huesos y de tierras movedizas. Esos mismos Pampas tienen mucha menos estension de lo que se habia creido, pues que no participan jeneralmente del terreno de la Patagonia, acabando á los 39 grados para dar lugar á las tierras terciadas de los lados australes; así que, á escepcion de los terromonteros y orillas de las riberas, la Patagonia está sin cultivo, porque no cuenta mas que con terrenos arenosos y secos que carecen de la humedad necesaria.»

Ya hemos tenido ocasion de decir que las llanuras de este pais están impregnadas de sal, y que los lagos de la parte del norte son salados. Es tan abundante esta sustancia en las tierras de la Patagonia que frecuentemente se manifiestan sus partículas de moho por la superficie, y hasta sobre los terrizos ó terromonteros de las márjenes del Rio Negro: así es que ningun pozo ha dado jamás agua potable, y la misma que beben los naturales, á falta de otra mas dulce, es tan salobre que produce á los estranjeros fuertes cólicos y una peligrosa disenteria. Esta disposicion del terreno y el reciente descubrimiento de ciertos fósiles que lo indican, prueban que la Patagonia ha sido cubierta por el mar; y si esta hipótesis, que parece muy racional, se admitiese, se esplicaria fácilmente la formacion de numerosas salinas que dan á los colonos del Cármen sus productos naturales: al retirarse las aguas, han dejado lagos salados, cuya parte líquida se ha evaporado, gracias á lo raras que son las lluvias y á la estremada sequedad de la tierra. Así es como las partes salinas se han concentrado en el fondo de estos receptáculos, pasando en fin al estado de cristalizacion. Por lo demás hay tambien que observar, que en las orillas de esas salinas suele haber cristales, los cuales toman equivocadamente los naturales del pais por sal, no siendo otra cosa que calizo ó sulfato de cal. Algunos de esos cristales tienen hasta diez ó doce

pulgadas de lonjitud, y pueden pasar por los modelos mas completos y mas bellos en su jénero.

HISTORIA NATURAL.—*Vejetales.*—La proximidad de los establecimientos agrícolas de Buenos-Aires ha influido muy poderosamente sobre la parte de la Patagonia que baña el Rio Negro, para que se hallen allí haciendas donde se cultivan la mayor parte de nuestros cereales y algunos árboles frutales, indicados ya en el párrafo relativo al aspecto del pais. Mr. de Orbigny ha reunido ciento diez y siete especies de plantas, número mas que suficiente para vindicar al pais de la nota de completa esterilidad; pero por desgracia, entre esas 117 especies no hay ninguna que sea digna de fijar particularmente nuestra atencion.

Animales.—El reino animal ofrece mas interés. Citarémos el *lobo rojo* (canis jubatus), que hace la guerra á las gallinaceas; el *enguardo*, ese tigre americano, que despues de haberse hartado de sangre y de carne palpitante, oculta bajo las yerbas, las hojas ó la arena, el despojo de su presa para volver á ella cuando le apremie la necesidad; dos especies muy pequeñas de gatos salvajes, el *pajero* y el *mbaracaya*, que hacen la caza, en concurrencia con el enguardo, en las llanuras que baña el Rio-Negro; la *mofeta* ó *vivera*, que exhala un olor fétido insufrible cuando un enemigo cualquiera se la acerca; el *oro canoso*, especie de huron que socaba la tierra y que dotado de las mismas cualidades que la mofeta, arroja tambien cuando se le irrita un olor fuerte de almizcle (Bufon le llama fuina de Cayena); el *zorrillo*, otra clase de mofeta, parecida á las martas en las formas esveltas y graciosas, en la piel negra con dos rayas blancas desde la cabeza hasta la cola, y el *zorro* de Patagonia que, segun Catesby, solo difiere del de Europa por la piel de un gris plateado. Este animal, todavía mas astuto que el que nos es ya conocido, sale por la tarde de su guarida para ir á sorprender á las aves caseras en las granjas, y sucede frecuentemente que acosado por el hambre y no hallando con que satisfacerla, se arroja sobre los cueros de piel no curtida que usan los habitantes, los corta y se los lleva. Así es que á veces los animales ó los caballos encerrados en un coto hecho de estacas y travesaños, atados con tiras de cuero, se escapan durante la noche por haber sido arrebatadas estas tiras por algun descarado zorro. Los Patagones les temen mucho: cuentan de ellos una multitud de historias mas ó menos estravagantes; llegan hasta asegurar que son bastante atrevidos para venir á cortar, mientras duermen, las correas que suspenden sus recados puestos debajo de la almohada, por cuya razon tienen siempre cuidado de ponerlos en su caja. Suponen todavía que tirando cierta noche uno de estos zorros del ramal de un caballo para apropiárselo, logró conducirle hasta su cueva.

Debemos tambien citar, entre los mamíferos que se encuentran en mayor ó menor número en la Patagonia, la *semivulpeja*, cuya maternal ternura es conocida de todo el mundo, sabiéndose, como se sabe, que al menor peligro que amenace á sus hijuelos, los esconde en su buche. En lo alto del pais se hallan muchas especies de animales roedores, como los *cténomes*, que labran las llanuras como nuestros topos; las ratas en bandadas numerosas, indíjenas ó traidas por los buques europeos; el raton y el *guya*, de los que algunas familias, venidas del Norte, pueblan los pantanos, y hacen oir quejidos melancolicos en la hora de la noche en que la *biscacha* huelga; este último es un animal especial á estas comarcas, y nunca se acerca á los trópicos. Lo mismo sucede al veloz *mara*, ó liebre de América. Este cuadrúpedo, que se aproxima al jénero de los *agoutis*, es notable por su costumbre de escavar profundamente la tierra; su piel es parda-roja, oscura por el lomo y blanca por el vientre; hácia la cola reina una media luna negra que resalta agradable-

mente con lo demás del pelo. Algunos son tan grandes como los perros de mediana estatura. Los naturales del pais son muy diestros en la caza encarnizada que les hacen. Como la mara tiene el paso muy irregular y da mil vueltas cuando huye, los caballos, acostumbrados á este jénero de ejercicios, hacen otras tantas evoluciones rápidas como este animal, y no haciéndolo así son perdidos. Mas los Indios están ya tan habituados á este arte, que siguen todos los movimientos del caballo y logran llegar á fatigar á la liebre en términos que sin apearse la cojen por las orejas y se la llevan.

En Patagonia no se encuentran monos, ni *jaguares*; este último, el mas bello y mas grande de todos los gatos salvajes, despues del tigre, no pasa jamás al sur de las montañas del Tandil.

Entre los mamíferos desdentados, no podemos dejar de hacer mencion del *pichi*, que pertenece al jénero del *tato*. Los individuos de esta familia son, como se sabe, notables por la callosidad y dureza de la concha que los cubre; tienen el hocico puntiagudo, orejas grandes, uñas largas, cuatro ó cinco dedos delante y cuatro detrás; socavan sus moradas subterráneas y se alimentan de vejetales y de insectos. El pichi es un gracioso y pequeño animal, muy afable, absolutamente inofensivo y en estremo solicitado por la delicadeza de su carne, que no disgustaria en las mesas mas esplendidas de Europa. Los Gauchos y los naturales le ponen á cocer sobre el fuego por la parte de la concha, y cuando está bien tostado, se caen las escamas muy fácilmente. No es raro hallar los pichis en las casas de los colonos, donde se divierten con ellos ya por sus gracias, ya por las posturas singulares que toman á veces.

Los pantanos del Rio Negro sirven de abrigo á un gran número de *pecaris de collar*, ó jabalíes de América, tan ásperos é indóciles en este pais como lo son en todas partes. Una especie de ciervo, llamado *guazuti*, es tambien muy comun en la Patagonia, pero es menos interesante que el *guanaque*, cuya carne y sobre todo la piel aprecian mucho los habitantes.

Este último animal, que no faltan naturalistas que le consideren como el lama en estado salvaje, es en la América meridional el representante del camello de Oriente. Puede muy bien ser comparado por sus formas esteriores á un asno con dos patas y un cuello mas largos. Se hallan muchos en todos los puntos templados de la América del Sur, desde las islas de la Tierra del Fuego hasta las rejiones montañosas de la Plata, y aun hasta la cordillera del Perú. No obstante que estos animales prefieren los lugares elevados para habitar, se encuentran tambien en las llanuras de la Patagonia meridional. En jeneral andan en cuadrillas de doce á treinta, aunque no dejan de reunirse en otras mas numerosas y apiñadas sobre las costas septentrionales del estrecho de Magallanes.

Un rasgo característico de este cuadrúpedo es la curiosidad. Cuando se halla uno por casualidad frente de un guanaco aislado, en lugar de huir, como debería aconsejárselo su instinto salvaje, se detiene y le observa con atencion; un instante despues, sigue su camino, y se para todavía para volveros á mirar. Si se toma alguna postura estraña, como por ejemplo, si se echa uno en el suelo con las piernas al aire, se acerca para reconocer el singular objeto que ha notado de lejos. Algunos viajeros se han valido de este ardid con éxito, y aun á veces, los guanacos parecian creer que los escopetazos que les disparaban sin alcanzarles eran una consecuencia de la broma. Mr. Darwin, naturalista inglés, ha visto varios sobre las montañas de la Tierra del Fuego no solo relinchar y gritar cuando se les acercaba, sino empinarse y saltar de la manera mas ridícula. Son susceptibles de enseñanza, como tambien de mucha familiaridad. Descarados entónces en estremo, se arrojan sobre el hombre y le maltratan por detrás con sus dos rodillas. Se asegura que el motivo de estas bruscas embestidas suele ser el

amor celoso que esperimentan por sus mujeres. No sucede lo mismo con el guanaco en el estado puramente salvaje; no tiene ninguna idea de la defensa natural, y un solo perro es suficiente para sujetarle, á pesar de su alta talla. Cuando reunidos en rebaños son asaltados por hombres á caballo, se desbandan inmediatamente y huyen atolondradamente, sin saber á dónde dirijirse; esto es precisamente lo que facilita la caza que les hacen los Indios: fácilmente los empujan hácia un punto central, y los rodean de tal modo que muy pronto se hacen dueños de ellos.

Los guanacos se arrojan voluntariamente al agua. En el estrecho de Magallanes pasan á veces de una isla á otra. Biron, en su viaje, los ha visto beber agua salada; y los oficiales del buque inglés *el Beagle* divisaron una cuadrilla entera que parecia estaban bebiendo el líquido contenido en una salina del cabo Blanco. Fuera de esto, no pueden sufrir el agua salada, esponiéndose á morir de sed en algunos puntos de la Patagonia. Durante el dia se revuelcan con frecuencia en hoyos llenos de polvo. Los machos se pelean á veces con encarnizamiento. Estos animales tienen una costumbre que parece inesplicable: todos hacen sus necesidades corporales en el mismo paraje, resultando de aquí tales montones de basura y estiercol que algunos tienen hasta ocho piés de diámetro. Frezier observa que esta costumbre es tambien comun al lama, y dice que es de grande utilidad para los Indios, los cuales se sirven de los escrementos del guanaco para combustible. Mr. de Orbigny confirma esta observacion, y asegura que todas las especies del jénero, es decir, los lamas, los alpacas y los vicuñas, están dotados de este singular instinto.

Los guanacos parece que elijen determinados lugares con preferencia á otros para morir. Se ha visto, por ejemplo, en las orillas de Santa Cruz el suelo blanqueado de huesos, principalmente en los sitios de matorrales y cercanos á los rios. Estos huesos no ofrecen señal alguna de haber sido devorados los guanacos por bestias feroces. El mismo hecho se ha observado por las márjenes del Rio Gallegos. Ninguna razon se puede atribuir á esta costumbre; sin embargo es de notar que cuando un guanaco está herido, se dirije siempre hácia el curso del agua que tiene mas inmediata. Estos hechos pueden servir á veces para esplicar la existencia de huesos intactos en una cueva, ó enterrados bajo bancales de turbiones; enseñándonos tambien la causa de hallar frecuentemente los despojos de varios mamíferos mas bien que de otras especies en los terrenos fangosos. (Estos pormenores sobre el guanaco están estractados de la interesante obra de Mr. Darwin.)

Además de los cuadrúpedos que hemos citado, se hallan en la Patagonia bueyes, caballos y carneros que los colonos europeos han llevado y connaturalizado allí sucesivamente.

Los bueyes producen un comercio bastante considerable de carne salada, y se llevan muchos para las inmediaciones del Cármen. Están pastando cerca de las habitaciones y allí es donde se les mata y se prepara su carne para ser conducida á la poblacion para su venta. El lugar donde se hace esta operacion se llama *saladero*. Mr. de Orbigny ha hecho una descripcion que vamos á copiar:

«Los animales son conducidos á la inmediacion del establo, encerrando todas las tardes en estos rediles á los que se destinan para ser muertos al dia siguiente. Desde el amanecer los operarios se distribuyen el trabajo: los unos montan á caballo con el lazo, entran en el redil, amarran á cada animal por los cuernos y le obligan á salir; en tanto que los otros á fuerza de golpes les hacen encaminar hácia el sitio de la ejecucion de frente al cobertizo. Luego que llega allí, el operario que le impelia por detrás, sin apearse del caballo, le troncha de una cuchillada, diestramente dada, los corvejones traseros á fin de que no pueda andar; en seguida otros

le echan por tierra y le hieren en la garganta para desangrarlo, ó bien, si es necesario, le clavan la punta de su cuchillo por detrás de la nuca hasta tocar la médula del espinazo, lo cual requiere mucha habilidad, y entónces ya el pobre animal queda sin movimiento y como muerto hasta que se le acaba de matar. Mientras que los hombres montados á caballo continúan así sus operaciones, otros operarios principian á desollar y á partir la carne; y cuando ha sido muerto el número de reses suficiente para el trabajo del dia, lo que sucede á veces á las ocho ó nueve de la mañana, aunque haya ochocientas ó mil, entónces para cada una se dedican dos trabajadores. Dividen con el cuchillo la piel en toda la lonjitud del vientre desde la cabeza hasta la cola, y las patas por la parte interior desde la corva hasta el punto de union de la línea del medio; cortan los piés y los tiran, desuellan el animal y sobre la misma piel lo despedazan. Sacan los cuatro cuartos con una habilidad admirable y los ponen debajo del cobertizo, donde los suspenden en ganchos preparados al efecto; despues aquellos mismos hombres separan las carnes de los huesos y las dividen en cuatro ó seis pedazos, pero con una destreza difícil de creer: el uno levanta en un solo trozo las de los costados, y el otro las de la parte vertebral, igualmente en grandes pedazos, llevándolos todos al mismo sitio, colocándolos en pilas sobre los cueros, y separando los intestinos que los muchachos cuidan de limpiar antes de ponerlos en su lugar.

Luego que todas las reses muertas han sido partidas, llevan los operarios las pieles al tinglado y sacan la carne superior de los cuartos, siempre con la misma ajilidad, para ponerla sobre los cueros, colocando en otro lado los huesos. Concluido esto, principia una nueva operacion en la que todos toman parte: vuelven á repasar separadamente cada trozo para partirlo si es muy grueso, quitarle de encima la grasa y echarle en el monton. En seguida se ponen las pieles en tierra y se pone en ellas una fuerte capa de sal, y sobre esta una capa de pedazos de carne estendidos con cuidado; siguiendo haciéndolo así alternativamente hasta formar una alta pila cuadrada, á la que no se toca en diez ó quince dias, para dar tiempo á que las carnes tomen bien la sal. Trascurrido este tiempo, se espone diariamente al aire la carne colgada en unas cuerdas hasta que se seca, lo que la hace ser menos pesada y de mas fácil trasporte. Las pieles se salan de la misma manera que la carne: se las deja en monton ó pila por espacio de quince dias, ó un mes; y luego se forman paquetes de ellas para embarcarlas y entregarlas al comercio.

Las grasas se dividen en tres clases: hay desde luego aquella que se saca de los intestinos y que forma el sebo, la cual por lo regular se envia en barricas amontonada solamente ó derretida; siendo de esta última de la que se usa en el pais para el alumbrado y la que sirve tambien para la esportacion, además de la que se estrae de las carnes. Esta otra se derrite y se pone en las vejigas ó grandes intestinos y no se emplea en el pais sino para la cocina, siendo uno de los artículos mas indispensables, tanto para la jente del campo como para la que habita en Buenos-Aires. Hay en fin en los saladeros otra tercera clase de grasa: los trabajadores ponen á parte todos los huesos capaces de contener la médula, y acabado el dia, los quebrantan estrayendo de ellos aquella con un palito, y derretida en las calderas, la colocan en pequeños barriles. De esta última especie de grasa se sirve el propietario para su cocina, se da como regalo de gran precio á los amigos y se vende bastante cara á los glotones del Rio de la Plata que la estiman mucho; siendo con efecto sin contradiccion el condimento mas delicado y muy superior á la manteca de puerco, á la de vacas y aun al mismo aceite. Las lenguas se salan aparte, y ya que se han secado, vienen á ser de este modo un objeto de comercio.

Es un manjar bastante bueno y apreciado de los consumidores de carne seca. En el Brasil es donde se hace principalmente este comercio, así como el de la grasa, porque los grandes calores de Bahía, de Rio Janeiro y de todas las otras ciudades situadas bajo la zona tórrida, no les permiten conservar la carne fresca.

Luego que los operarios han acabado el trabajo del dia, se dedican á limpiar su matadero, se llevan la cabeza con sus carnes, toda la armazon oseosa del tronco y los huesos de las patas cerca de la orilla del rio, donde amontonan todos estos despojos y los intestinos, el corazon, el hígado y los livianos, que tambien se tiran cuando las pobres jentes del Cármen ó los Indios no vienen á buscarlos. Así es que los huesos, buscados con tanta avidez en Europa, vienen á quedar sin uso alguno, siendo allí arrojados al campo. Apenas cuando se han corrompido las carnes hace el propietario recojer los cuernos que se desprenden entónces mas fácilmente, porque como hay madera de sobra en los alrededores para no tener necesidad de emplear los huesos como combustible, segun lo hacen en todos los Pampas de Buenos-Aires, se tiran y no sirven absolutamente para nada. Se hallan sobre muchos puntos de la ribera esos montones considerables de huesos, como señal de haber habido por su inmediacion algun saladero, y que permanecerán así hasta que la industria estranjera quiera apropiárselos cargándolos para trasportarlos á Europa, ó la industria indíjena los emplee en el propio pais cuando la civilizacion habrá llevado allí sus fábricas.

El Europeo, testigo de los trabajos de un saladero, no puede menos de quedar sorprendido de la habilidad feroz de los operarios y de la destreza con que huyen el cuerpo de los cuernos de los toros que, furiosos al verse enredados, luchan con una fuerza estraordinaria cuando se acercan á sus compañeros ya muertos en la plaza, saltan, cocean, y ponen al jinete en un verdadero peligro. Se estremece el espectador á cada momento al aspecto de aquellos hombres que, amenazados mil veces de la muerte, juegan sin embargo con la cólera del toro como con la de la vaca; su presencia de ánimo es siempre igual á su pujanza y su habilidad; siendo muy raro que sean heridos. Pero esos hombres que no temen la muerte, que se encuentran con ella á cada paso, son tan duros para los animales como para ellos mismos: se gozan con los sufrimientos de la víctima, cual si esto fuera una especie de indemnizacion de los riesgos que les ha hecho correr. La dejan con frecuencia revolcarse por largo tiempo en la tierra cuando le han cortado los corbejones, y se rien de los lamentables bramidos que le arranca su dolor: la mutilan gratuitamente, y la entregan así sin defensa á los disformes perros que la muerden la lengua y se la arrancan cuando brama. Prorumpen entónces en infinitos aplausos todos los operarios que, cubiertos de sangre, la esprimen gota á gota, recreándose en este espectáculo, que es para ellos muy delicioso. ¿Qué humanidad pueden tener unos hombres acostumbrados á estas escenas? Así es que con la cuchilla en la mano se están continuamente amenazando con la muerte, y se divierten en hacerse chirlos en la cara; de manera que el verdadero torero rara vez deja de tener la cara acribillada de cicatrices. Asesínanse unos á otros con la misma frialdad que si degollasen un buey ó un ternero, sin esperimentar remordimiento alguno. Una circunstancia que tuvo lugar despues en el mismo paraje, demuestra cuán insensibles son á la agonía de los animales: es el caso que habiendo acabado de matar todo el ganado menos los becerros, y temiendo que estos fuesen robados por los Indios enemigos, los encerraron en el parque donde, faltándoles el tiempo para sacrificarlos, les cortaron los corbejones dejándolos por muchos dias en este estado, cosa que les parecia muy natural.

El espectáculo de un saladero es muy triste para quien lo presencia: la noche, los mujidos de los animales encerrados en el parque, faltos de

alimento por espacio de dos á tres dias, la agonía del ganado espirando bajo la cuchilla del carnicero, la rabia de los que intentan sustraerse á la muerte y los clamores lejanos de los operarios, dan á esta escena un carácter aterrador. Causa sumo asco el ver ocho ó diez hombres provistos de su correspondiente cuchilla, degollando los unos y despedazando los otros una porcion de animales, cuyos miembros desparramados sirven de juguete á los operarios y de presa á los perros y aves de rapiña, atraidos allí por la esperanza del botin.

Yo presencié una de esas reuniones fortuitas de aves que no se alimentan mas que de carnes muertas. Vense siempre al rededor de una habitacion una infinidad de catartos urubu y aura, los buitres de aquellas rejiones, y grandes y pequeños carácaras que viven de los desechos de los habitantes; pero estas aves nunca pasan de veinte á treinta, á menos que se mate un animal, porque entónces se reunen en un número considerable hasta que apuran todo el sustento. Un dia en que se empezó la matanza en el saladero aparecieron por la mañana como una docena de estos parasitas del hombre; el cebo de la carne atrajo mayor número en muy poco tiempo, reuniéndose en pocos dias todas las aves de rapiña de mas de treinta leguas á la redonda. Aumentábase por instantes la multitud, tanto que á media matanza podian contarse muchos miles de urubus, carácaras, auras y chimangos que se disputaban con grandes gritos los restos descarnados de las reses. Estas aves se movian apenas á la aproximacion del hombre, y al disparar un tiro se remontaban imitando el estruendo del rayo con sus alas, que ocultaban el sol por su disformidad. En Buenos-Aires, donde no hay urubus, están cubiertos los saladeros de gaviotas blancas que se alimentan tambien de las reses muertas. Al concluirse los alimentos se dispersan estas reuniones de aves, no volviendo á comparecer hasta otra matanza. En medio de su rapacidad son de suma utilidad, pues á no ser por ellas los cuerpos de los animales abandonados en el muladar podrian acarrear una dañina peste con su putrefaccion.

La Patagonia es muy abundante en aves, pero no tienen el plumaje tan hermoso y variado como las que habitan en otras rejiones de América. El avestruz, que es muy numeroso en el norte, es mas pequeño que el de Africa, del cual difiere además por tener cuatro dedos en los piés, dos delante y uno atrás, por ser sus plumas cenicientas y tener la cabeza como una oca. Su nombre indijeno es *ñandu*. Pone sus huevos por octubre y noviembre en los sitios mas silvestres, cubriéndolos tan solo por la noche, ya el macho ya la hembra. Cuentan los habitantes que cuando los huevos están ya empollados, rompe los huevos el mismo avestruz para atraer á las moscas y alimentar con ellas sus polluelos. El rasgo mas característico de esta ave es su estrema curiosidad. Cuando está domesticado suele colocarse en medio del círculo de las personas que están hablando para mirarlas mejor; este instinto le es muy fatal en los montes porque entónces le sorprende el couguar sin que pueda escapar. Los naturales del pais buscan con ahinco la carne del avestruz: los Gauchos comen la pechuga, á la que llaman *picanilla*. Los huevos se venden en todo el pais y hasta en Buenos-Aires y Montevideo. Las plumas del ñandu no son ni con mucho tan hermosas como las del avestruz africano, y por lo tanto solo se emplean para escobillas. La caza de este pájaro se hace á caballo, siendo muy diestros en ella los habitantes. Es muy difícil cojer al avestruz porque huye al mas lijero ruido. Desde el momento en que se le divisa se debe dar rienda suelta al caballo y dar tras él continuamente hasta que esté á trecho de echarle al cuello el lazo que con tanta ajilidad arrojan los Gauchos. Sucede muchas veces que viéndose cercado por los cazadores, intenta picar al caballo con una especie de pua que tiene en el ala, y cuando ha perdido toda esperanza se mete entre las piernas de los corceles, que arrojan asustados á los jinetes

sobre la arena. Logra escaparse entónces, pero en breve es alcanzado por otros enemigos que acaban por sujetarle con el lazo fatal: por lo regular se le mata en el instante mismo, y el vencedor cortándole las alas, las coloca en el cuello de su caballo en señal de triunfo. Esta caza es un espectáculo sumamente curioso para el estranjero, y anima los llanos desiertos de la Patagonia septentrional.

Hállase además otra clase de estas aves que los Gauchos denominan *avestruz petiso*.

El número de aves de rapiña es muy considerable en la Patagonia: el temible *condor*, cuyas alas jigantescas abrazan un radio de quince piés, señorea con un vuelo majestuoso las rejiones del litoral; los Incas del Perú le respetan como los Ejipcios al milano. El condor tiene por competidores al *catharto aura* y al *catharto urubu*. El primero, llamado tambien *vultur aura*, es una especie de buitre voraz que esparce á su alrededor un olor insoportable. El *urúbu* es de la misma familia que el precedente, y el olor que exhala, lo mismo que sus escrementos, tienen mucha analojía con el almizcle, si bien este mismo olor se halla sufocado por el de carne podrida. Estas aves, como se ha dicho ya, se nutren de reses muertas y evitan al pais muchas enfermedades epidémicas. Cuando los urubus se ven acosados al acabar su comida, vuelan con dificultad y vomitan la carne que acaban de tragar, no sòlo con el objeto de alijerar su vuelo, sino tambien con el de entretener á los carácaras que se paran para recojer el cebo que les han dejado sus enemigos. El *carácara* es un águila voraz en estremo que anda siempre rodando al rededor de las habitaciones alimentándose de animales muertos. El *águila coronada*, el *águila aguya*, la *busa tricolor* y algunos busardos hambrientos persiguen á su presa incesantemente. Por el verano regresan á la Patagonia el alcon y algunas aves carnívoras nocturnas, como el *nacurutu*, el *duque* de Europa y el *aterrador*.

Entre las aves de tamaño menor se cuentan los *rhinomios*, especie de *mirlo*, que viene en el invierno desde el estrecho de Magallanes; el *burlon de Patagonia*, cuyo canto modulado y cadencioso parece que remeda al de los otros pájaros; el lijerísimo *trogladito*, el tímido *synallaxo*, y el jugueton *gobemosca*. Las praderas del norte se hallan frecuentadas por algunos *pipis* que devoran los insectos, y por muchos *muscisaxicoles*, especie de pájaro mosca, y por el vocinglero *tangara*, cuyos hermosos colores pueden rivalizar con los del colibri. Este pajarillo es el único de su clase que frecuenta los pantanos, donde se hallan tambien algunos *trupiales*, y el *pájaro militar*, llamado así, por sus charreteras y pecho encarnados.

Infinidad de golondrinas pueblan tambien las orillas de Rio Negro con otros pajarillos, como el *diuca* ó *gran pico del Chile*, célebre por su plumaje azul y su garganta blanca; el *anumbi*, ave de pluma negra y pata colorada, cuyo nido merece describirse por su orijinalidad, colocadó ordinariamente en la punta de las ramas inclinadas ó en medio de arbustos solitarios. Esta mansion, donde va á dormir cada noche la pareja, es muy singular, comparada con el volúmen de sus constructores; tiene de 18 á 19 centimetros de lonjitud y algunas veces asciende á 40: su forma es la de un óvalo prolongado; la parte esterior está protejida por una porcion de espinas vejetales, colocadas con tal arte que nó pueden arrancarlas sin quebrantarlas; lo interior se compone de dos gabinetes, uno de ellos bastante capaz y abierto lateralmente: en la primera estancia hay un pasadizo que conduce á la segunda, la cual está muy tullida y es donde pone sus blancos huevos la hembra en el mes de los amores, que es el de octubre. Los anumbis trabajan constantemente en componer su nido, en lo que ocupan toda su vida, escepto los instantes que consagran al cuidado de sus hijuelos.

El *anabato*, pájaro de arbustos, cuyas costumbres son muy parecidas á las del *anumbi*, con un canto muy cromático y cadencioso; el *hornero*, que construye tambien su nido con

sumo injenio; el *ibis* con su chillido desagradable y el pico largo; el *thiconoro*, que se arroja al suelo con suma velocidad, y confundido con la tierra por su idoneo color, no vuelve á remontarse hasta que le pisan; el *hupucertio*, pájaro muy tímido; el *heron* con sus patas afiladas; el *bihoró*, especie de heron coronado con una hermosa guirnalda de plumas blancas, que muda cada año y son muy estimadas; hay tambien varias becadas y cigüeñas con un pico muy largo; el *pico envainado*, que los antiguos navegantes españoles é ingleses denominaron *palomo blanco*, y cuyas costumbres marítimas contrastan singularmente con su terrestre aspecto. Citarémos tambien al *flamingo*, que hace su nido en medio de las espaciosas salinas que cubren aquellas llanuras. Agrupados estos nidos á veces en número de mas de dos mil, forman un islote negro que resalta en medio de aquella blancura. Cada nido es un cono de un pié de latitud y cóncavo para depositar los huevos; es muy curioso ver esta infinidad de conos en medio de las salinas; parece una de nuestras antiguas ciudades con sus calles tortuosas. El *flamingo* tiene las patas y el cuello desmedidos, el plumaje del cuerpo blanco y las alas de color de fuego; se les ve en grandes bandadas saltar de un lago á otro, prefiriendo siempre el agua salitrosa, y sumerjiéndose en el líquido para buscar los insectos aquáticos, que son para ellos muy apetitosos. No se diseminan jamás, y cuando están asustados huyen todos á la vez formando una línea regular de infantería, despliegan sus alas de un brillante encarnado, sin perder por eso su órden simétrico, y volando forman otra vez una larga falanje algo curva. Llegada la estacion de los amores, vuelve cada pareja al sitio donde se habia fijado el año anterior, y recompone su nido con el pico, ó le construye de nuevo si le arrebataron las aguas. Concluida la obra, ponen los huevos en la parte superior del nido, y los empollan alternativamente macho y hembra, montando á caballo uno encima de otro, única posicion que les permiten sus larguísimas patas.

Entre los pájaros saltones, distínguense principalmente el *pico de los campos* y el *ara patagon*, hermoso papagayo que suele hallarse tambien en el estrecho de Magallanes.

En la clase de los gallinaceos de Patagonia, va comprendido el quejoso *tinamous*, especie de perdiz de un gusto esquisito; la *tórtola* y el *pichon*, que llegan á millares por el invierno, y la *eudromia*, cuyo plumaje, salpicado de blanco y de un fondo pardo, es muy parecido al de la pintada. Este pájaro, conocido en el pais con el nombre de *martinete*, vive en familia y queda como inmóvil en la tierra pelada ó rasa, de donde se remonta silvando en medio de la pequeña vandada que le rodea.

Las aves acuáticas están representadas en estas rejiones por dos especies de *cisnes*; once de *patos*; la *oca antártica*, que viaja hasta la Tierra del Fuego; el *cuervo marino*, cuyas costumbres se han descrito con tanta frecuencia, y el *colimbo*, que es el nadador mas hábil de todas las aves de esta clase.

Los reptiles son muy pocos; se reducen á la tortuga del cabo de Buena-Esperanza, cuatro especies de lagartos y una sola de sapos.

Solamente hay dos ó tres de peces de agua dulce.

Los insectos son mas numerosos y ofrecen mayor interés. Donde mas abundan es en la superficie de las salinas. Allí están impregnados de sal, por lo cual se hallan en un estado cabal de conservacion.

Frecuentan las costas las ballenas, delfines, cachalotes y otros cetáceos, á cuya caza acuden buques de todas las naciones. Pueblanlas tambien varios anfibios, entre los cuales distinguirémos dos clases del jénero de las focas; la una, conocida con el nombre de *foca de trompa*, y la otra llamada vulgarmente *leon marino*. La pesca de estos anfibios ha llevado infinidad de Europeos á las orillas de la Patagonia. « Orbigny dice que las naves arriban en los meses de agosto y setiembre, fondeando ya en

el rio Negro, ya en la bahía de S. Blas y en el puerto de la Union. Cada nave tenia una lancha para trasportar la grasa y seguir el litoral de la costa. Las tripulaciones tomaban posesion del terreno que se les asignaba, y aguardaban allí que saliera el tropel de focas; teniendo cuidado de no atacarlas antes de que hubiesen salido á tierra todas, y aun en este caso las autoridades del Cármen impedian muchas veces que se diese principio á la caza. Llegado el dia prefijado, seguia la orilla de las aguas cada tripulacion armada de lanzas y palancas para colocarse en frente de la manada y cortarle la retirada. Los machos los primeros procuraban ganar el agua, pero los pescadores les cortaban el paso y les daban un golpe en la trompa para vencerlos mas fácilmente. Levantábase entónces el pez sobre sus alas dirijiéndose con la boca abierta hácia su agresor con ánimo de morderle ó ahogarle con el peso de su cuerpo; pero este último, práctico en tales maniobras, aprovechaba la ocasion para sepultarle la lanza en el pecho, sacándola despues con presteza. Este golpe es suficiente las mas de las veces para aturdir á la foca, que pierde la fuerza con la sangre y acaba de morir á palos: pero sucede tambien que se enfurece con las heridas y se levanta con mas fuerza dirijiéndose contra su adversario y dando un grito ronco. Entónces se hace la lucha mas difícil, porque si no se ha vuelto á sacar con tiempo la lanza, se rompe con el peso del animal ó la destroza este con sus dientes. Ninguna foca queda viva, siendo todas destrozadas, á pesar de su resistencia. Acabada la matanza encienden paja los pescadores sobre las focas muertas á fin de reconocer si queda alguna con vida, y en seguida proceden á derretir la grasa por medio de los hornos que han construido de antemano. «Una foca grande produce por lo comun un tercio de tonel de aceite, pero si son hembras se necesitan cuatro ó cinco para producir igual cantidad. Toda foca podria dar doble aceite del que se la estrae si se aprovechasen las partes que se desperdician. Se ha probado el utilizar los dientes de las focas, pero los resultados han sido inútiles por su estrema dureza. El aceite ofrece un ramo de comercio muy lucrativo; véndese ordinariamente en Europa como aceite de ballena.» Este ramo de productos ha hecho acudir tantos Franceses é Ingleses á la pesca de estos anfibios, que ya han abandonado las costas de Buenos-Aires y de la parte septentrional de la Patagonia. Puede evaluarse en dos mil toneles la cantidad de aceite que se estraia anualmente, para la cual se ha calculado que debian ser muertas cada año unas cuarenta mil focas.

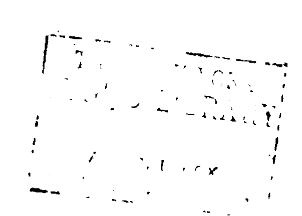
El hombre. *Tribus indijenas.* Mr. de Orbigny divide la estremidad de la América meridional en cuatro tribus: 1°. Los Araucanos ó Aucas que se estienden desde la Plata al Rio-Negro, en los Pampas, sobre el declive oriental de los Andes, y sobre el occidental desde Coquimbo hasta el archipiélago de Chonos; 2.° Los Puelches, que ocupan el espacio comprendido entre los Araucanos y los Patagones; 3.° Los Patagones ó Tuelcos que se estienden desde el Rio-Negro al estrecho de Magallanes; 4.° Los Fueguenses esparcidos por todas las islas de la Tierra del Fuego y en las dos márjenes occidentales del estrecho. No tratarémos de los Araucanos ni de los Puelches, puesto que ya se ha hablado de ellos en la noticia sobre el Chile y los Pampas. Mas adelante hablarémos de los Fueguenses, cuya estatura mediana ha dado motivo á la larga controversia acerca de los grandes y pequeños Patagones. Tan solo nos ocuparémos aquí de la nacion patagona, propiamente tal. Este pueblo, que recorre los inmensos espacios encerrados entre el Atlántico y la vertiente oriental de los Andes, se subdivide en dos tribus, que son; la de los Tehuelches al norte, y la de los Inakenes que habita en las costas del estrecho de Magallanes. Con todo, se nos permitirá que en cuanto á la distincion de estas razas ó tribus, no nos sujetemos á una exactitud minuciosa que exijiria á cada paso disertaciones cansadas,



Vernier del. Lemaître direxit

Patagons du Nord.

Patagones del Norte.



cuando menos, en medio de un análisis tan rápido como el que hemos ofrecido. Llamarémos pues *Patagones* (hombres de grandes piés), al pueblo de que vamos á hablar primeramente, sin que por esto dejemos de referir aquellos hechos principales que nos parezcan capaces de establecer una diferencia manifiesta entre tal y tal tribu, de las que tambien hablarémos oportunamente (1).

Poblacion de la Patagonia. Ocho ó diez mil álmas, divididas en hordas, cada una de ellas bajo el mando ó direccion de un caudillo, componen la poblacion de los paises comprendidos entre el Rio-Negro, el Atlántico, el estrecho de Magallanes y los Andes. Esta numeracion, que únicamente da para las veinte y seis mil leguas cuadradas contenidas en aquel inmenso espacio, la mediana proporcion de un hombre para tres leguas, poco mas ó menos, se esplicará fácilmente, si se reflexiona la naturaleza de aquellos terrenos áridos, y la superficie necesaria para el establecimiento de cada *toldería*, ó aldea formada de algunas tiendas. Para encontrar el alimento en aquel suelo ingrato, se ve cada familia precisada á esparramarse ó estenderse mucho mas que en un pais fértil. Sabido es, por otra parte, que para poder vivir un pueblo cazador, necesita una superficie mas estensa que un pueblo agricultor.

Es oportuno observar, que los habitantes de las dos estremidades de la América están muy lejos de reproducirse en igual proporcion que las demás razas del continente. Esplicado queda este hecho con respecto á los Indios de la América del Norte, por lo habituadas que están las mujeres á dar de mamar á sus hijos hasta la edad de siete ú ocho años; por las ocupaciones guerreras, que roban la actividad de los hombres, y por otras causas perfectamente conocidas. En cuanto á los naturales del Sur, no se ha demostrado todavía la razon lójica del estado inalterable de su poblacion; siendo tanto mas estraño este fenómeno, cuanto que el amor á la familia, como se verá despues, parece muy declarado entre los Patagones, circunstancia que por sí sola induce á pensar que debiera provocar entre aquellas tribus salvajes el deseo de reproducirse.

Patagones del Norte. Su retrato. Todo el mundo sabe que los antiguos navegantes, empezando por Magallanes, que fué el primero que visitó la costa de la estremidad de la Patagonia, han esparcido fábulas ridículas acerca de los pueblos de aquel pais. La pasion á lo maravilloso, que en aquellos tiempos de ignorancia era jeneral en Europa, encontró particular objeto de complacencia en las exajeraciones absurdas de aquellos viajeros sobre la estatura de los Patagones.

Por lo tanto, al notar lo mucho que le costaba á Frezier el convencer á sus lectores, en el siglo diez y ocho, de la veracidad de sus antecesores y de la suya propia, motivo hay para suponer que no se daba entera fe y crédito á la existencia de estos pretendidos jigantes. Recuerda que en el mes de julio de 1704, los que iban á bordo del *Santiago*, de San Maló, mandado por el capitan Harington, vieron siete de aquellos mismos jigantes en la bahía Gregorio; que los del *San Pedro* de Marsella, mandado por Carmon, otro armador, tambien de San Maló, habian visto seis, los cuales tenian de nueve á diez piés de altura. El primero que habia puesto en duda estas relaciones maravillosas fué Froger, re-

(1) El nombre de «Patagon» fué dado á estos Indios en 1520 por Magallanes. Segun Olivier de Noort (en la Historia de las navegaciones á las tierras australes, por el presidente Brosses), los habitantes de la Tierra del Fuego designan á los Patagones con el nombre de «Tiremenen». Los colones españoles del Carmen les aplicaron la denominacion de «Tehuelches; la misma sin duda de que usa Falkner, y esto hace creer que les ha sido dada por los Puelches. Los Chonos de Chile, segun Frezier, los llaman «Cahucahues»; Bougainville «Chaoua» porque les ha oido pronunciar frecue[illegible] esta palabra. Los Araucanos los [illegible] «Huiliches» ú «hombres del Sur». E[illegible] los Patagones mismos toman dos nombres diferentes, el de «Tehuelche» por los del norte, y el de «Inaken» por los naturales del sur.

dactor del viaje de Mr, Gennes. «Lo que le ha engañado, dice Frezier, es que en el estrecho de Magallanes se han visto Indios de una estatura que no sobrepujaba á la de los demás hombres.» Es verdad que conviene en que la rareza del espectáculo que presenta una poblacion robusta y vigorosa, en un suelo ingrato y bajo un cielo inclemente, ha podido ocasionar alguna exajeracion en el cálculo de la estatura de los individuos descubiertos; pero añade que en caso de no quererse considerar sino como aproximativas las medidas indicadas, se encontrará definitivamente una concordancia perfecta entre todos los viajeros que han hablado de ellas; y se apresura á invocar el testimonio de Antonio Pigafetta, á quien debemos el diario del viaje de Magallanes, y que asegura que en la bahía de San Julian vieron los Españoles muchos jigantes tan altos que no les llegaban á la cintura. Tambien cita á Bartolomé Leonardo de Argensola, que en el libro I de su historia de las Molucas, dice que el mismo Magallanes vió en el estrecho de su nombre unos jigantes de mas de diez piés de altura; y que en el libro III, volviendo al mismo asunto, supone que la tripulacion de las naves de Sarmiento peleó con unos hombres que tenian de estatura unos diez piés castellanos. Nótase pues la disminucion de un pié, atendida la primera graduacion ó cálculo; de aquí el apresurarse Frezier al desquite, volviendo á hablar de su tasa favorita, apoyándose en el testimonio de Sebaldo de Werd, de Olivier de Noort, y del Holandés Jorje Schouten, que dicen esceder de nueve piés la altura de aquellos colosos. Para dar el primero en apariencia mayor aspecto de verdad á su asercion, sostiene que aquellos Indios, espantados del fuego de la mosquetería, y no sabiendo ya como preservarse de sus mortíferos efectos, arrancaban árboles para ponerse á cubierto. Con respecto á Schouten, cuyo testimonio en clase de cirujano seria admisible á no haber dado alguna vez pruebas de escesiva credulidad, debe advertirse que su observacion está fundada en haberse encontrado unas osamentas bajo unos montones de piedras que llamaron la atencion de los marineros del navío anclado en el puerto Deseado: mas por desgracia estos residuos no eran mas que huesos de un mastodonte particular á la América. El monje Pernetty, que escribió despues que Frezier, da sobre este objeto un estracto no menos curioso, sacado del viaje del comodoro Biron al rededor del mundo, en 1764 y 1765.

«El 22 de diciembre de 1764, dice, estando los Ingleses en el estrecho de Magallanes, á cinco leguas de la Tierra del Fuego, descubrieron humo que se levantaba de diferentes sitios en la costa de los Patagones. Acercáronse, echaron el áncora á cerca de una milla de tierra, y vieron clara y distintamente unos hombres á caballo que les hacian señas con las manos. Al aproximarse á la costa, se notaron demostraciones de espanto en el rostro de los que iban á desembarcar con la lancha, al columbrar en la orilla unos hombres de prodijiosa corpulencia. El comodoro Biron, movido de la idea de hacer un descrubrimiento concerniente á los Patagones, cuya existencia era objeto de las conversaciones en Inglaterra, mucho tiempo hacia, saltó el primero en tierra, y le siguieron los oficiales y marineros bien armados, con los cuales se presentó allí en actitud de defensa. Entónces acudieron los salvajes, en número de unos doscientos, mirando á los estranjeros con ademán de estraordinaria sorpresa, y sonriéndose al observar la desproporcion que habia entre la estatura de los Ingleses y la suya. Hízoles seña el comodoro para que se sentaran, y lo verificaron: hecho esto les puso al cuello collares de cuentas esmaltadas, y cintas, repartiendo además entre ellos algunas otras baratijas. Su magnitud es tan estraordinaria, *que aun sentados eran todavía casi tan altos como el comodoro en pié; la estatura de los medianos le pareció ser de cerca de ocho piés*, y la mas alta de nueve, y aun mas.» Advierte

Pernetty, que segun la relacion de los mismos Ingleses, de ninguna medida usaron estos para asegurarse de la exactitud de su cálculo; pero adopta como cierta y valedera la seguridad que dan de haber mas bien disminuido que exajerado la magnitud indicada. Añade á continuacion, ateniéndose siempre á los mismos testigos, que la estatura de las mujeres es tan admirable como la de los hombres, y que en los niños se notaba la misma proporcion; y termina con el siguiente rasgo, que nos pareceria una bocanada de parlanchin, si el grave y sabio benedictino no se hubiese cargado en cierto modo con la responsabilidad, refiriéndolo seriamente: «Hallábase entre los Ingleses el teniente Cummins, y parecia que los Patagones le veian con placer, á causa de su grande estatura, que era de seis piés y diez pulgadas. Algunos de aquellos Indios le tocaron en el hombro, y aunque esto era por cariño, sus manos se dejaban caer con tanta pesadez que todo su cuerpo se bamboleó.» Banks, que dos años despues, en 1766, acompañaba al capitan Wallis en un viaje al rededor del mundo, renunciaba sin embargo al privilejio de que tan ampliamente usaron sus antecesores, y reducia la estatura de los Patagones á proporciones mucho mas razonables. El mayor de los que midió, no escedia, segun dice, de seis piés y siete pulgadas inglesas; algunos de ellos de seis piés y cinco pulgadas, y el mayor número de cinco piés y diez pulgadas hasta seis piés.

En resúmen, y para dar una idea de las aserciones contradictorias, aventurada por diferentes navegantes, sobre este problema tan interesante en su punto de vista fisiolójica, vamos á dar en pocos renglones el cuadro de todos estos testimonios, dejando á parte la opinion de los viajeros que no se han declarado categóricamente en la cuestion:

En 1520, segun Pigafetta, dijo Magallanes: *Nuestra cabeza* llegaba apenas á su cintura.»

En 1526, segun el historiador Oviedo, dijo Loaysa que tenian trece palmos de alto.

En 1578, afirma Drake al contrario, que *hay Ingleses de mas estatura que el mas alto Patagon.*

En 1579 habla Sarmiento de jigantes de tres varas.

En 1592 se limita á decir Cavendish, que los Patagones son grandes y robustos.

En 1593, habla Ricardo Hawkins de verdaderos jigantes.

En 1615, Lemaire y Shouten, segun unas osamentas encontradas en Patagonia, aseguran que aquellos habitantes tienen de diez á once piés de altura.

En 1670, Narborough y Wood, observadores mas juiciosos y dignos de fe, únicamente indican una estatura mediana.

En 1704, supone Carmon que llega á dies piés franceses.

En 1745, Cardiel y Quiroga confirman la opinion de Narborough y de Wood.

En 1764, concede Byron la estatura de siete piés ingleses.

En 1766, Duclos-Guyot y Giraudais, atribuyen á los Patagones mas pequeños cinco piés y siete pulgadas de Francia.

En 1767, otros varios viajeros difieren en tal manera que unos suponen ser la altura de los Patagones de cerca de seis piés, otros mas de seis, y otros poco mas de cinco.

En el mismo año afirma el jesuita Falkner, que entre aquellos Indios es raro el que tiene siete piés ingleses de estatura, y que la mayor parte no llegan ni aun á seis.

En 1820, Mr. Gautier, armador de buques balleneros, solo habla de que tienen los Patagones seis piés, medida francesa.

Este conflicto de opiniones dejó el problema sobre la estatura de tales Indios en la mayor incertidumbre; pero hoy dia está definitivamente resuelto. Mr. de Orbigny, que ha visto un gran número de Patagones de diferentes parajes, despues de observaciones rigorosas y repetidas, despues de un estudio profundo de tal raza, ha fijado la esta-

tura de los mayores en cinco piés once pulgadas de Francia, y la mediana en cinco y cuatro. Este aprecio se halla confirmado por el capitan King, cuyas tareas en toda la estremidad de la América del Sur merecen una entera confianza, además de que viajaba al mismo tiempo que Orbigny.

La estatura media de los Patagones es pues en realidad la de cinco piés y unas cinco pulgadas; y en verdad que al paso que es una gran estatura, nada tiene de estraordinaria ó prodijiosa, porque Europeos hay que son de tanta y mas altura. Así es como está probado que los Patagones, aunque determinadamente grandes, no son jigantes, en la verdadera acepcion de este nombre.

Lo que distingue particularmente á estos Indios de los demás indíjenas y de los Européos, es el tener los hombros anchos y hundidos, cuerpo robusto, miembros fornidos y formas gruesas y hercúleas. Tienen la cabeza voluminosa y aplastada por detrás, la cara ancha y cuadrada, los pómulos algo salientes, los ojos horizontales y pequeños; su frente, sus cejas espesas, sus labios gordos y boca grande, sobresalen de tal manera que si se tirase una línea perpendicular desde la frente á los labios, apenas tocaria en la nariz, la cual es remachada, chata y de narigales muy abiertos. A pesar de este retrato poco lisonjero, se encuentran entre ellos algunas caras no muy feas. Aun las mujeres jóvenes tienen un semblante espresivo que indica viveza, afabilidad, y que suele hacerlas menos repugnantes. Gozan de ciertas ventajas que á buen seguro envidiarian algunas de nuestras damas. Tienen la mano y el pié pequeños; su cuerpo no carece de garbo, y por viejas que sean conservan la dentadura cabal; algo gastada, pero bien arreglada, muy igual, y sobretodo de una blancura estraordinaria.

La tez de los Patagones se asemeja mas á la de los mulatos que al color de cobre rojo que se les atribuye favoreciéndolos, y tal vez por esto es mas aparente que verdad era la blancura de sus dientes.

Traje. El de estos Indios se compone de pellejas, ó sean pieles con pelo. Prefieren el pellejo del guanuco á todos los demás, bien que usan únicamente la parte inferior al cuello y las piernas, porque la lana es mas suave y sedosa; al efecto añaden ó cosen muchas de ellas con nervios de avestruz, de que hacen uso en vez de hilo, componiendo de este modo anchas capas cuadradas. La zorra y la vivera ó mofeta, especie de gato de garduña, contribuyen tambien con sus pellejos al vestido de los Patagones; pero como su pelo es de mucho menos abrigo que el del guanaco, y el Patagon pasa toda su vida sin quitarse la capa ó manto, el pellejo de aquellos animales es para él una cosa de lujo. Bajo aquel áspero clima, debiendo calcularse todo por la utilidad, la parte ó cara de la piel en que está el pelo y la opuesta, se aplica alternativamente al cuerpo, segun la temperatura; y á fin de que la parte pelada tenga mejor vista, dibujan en ella varios adornos á modo de grecas. Además de este manto, usan un vestido compuesto tambien de pieles, y que atado al rededor de la cintura, acaba en punta por delante para pararlo entre las piernas y que se remangue para atarlo por detrás. Completan este lijero traje con un calzado á manera de botas, hecho de un retazo de piel, levantado y asegurado por encima del tobillo. Sus largos y negros cabellos van siempre atados encima de la cabeza con un cordon de cuero ó una cinta de lana. Ignoran el arte de pintarse el cuerpo como otros Indios.» Sin embargo, su rostro, dice Mr. de Orbigny, rara vez conserva el color natural: comunmente se le pintan de colorado, negro y blanco, siguiendo para esto ciertas reglas. El colorado ocupa casi siempre el espacio que media entre ojos y boca, á escepcion de una pulgada, debajo del párpado inferior, el cual pintan de negro; y con lo blanco se ponen una mancha encima de cada ojo. De iguales colores usan las mujeres,

menos del blanco, que me pareció reservado para el traje ó distintivo de los guerreros. Jamás se pone en marcha ningun Patagon, sin llevar consigo muchos taleguitos de piel con los colores para pintarse. El traje de las mujeres tiene una prenda ó adorno mas que el de los hombres, pues con el manto y el faldon delantero que no arremangan por detrás, usan otra cosa semejante que les coje desde los sobacos hasta las rodillas. Llevan además el pelo bien suelto por encima de los hombros, y separado por la frente, bien que en dos trenzas que se descuelgan por cada hombro, y pendiente de ellas lo mas precioso que pueden juntar, como es cuentas de vidrio y otras baratijas semejantes, revueltas con chapas de cobre y monedas. Han tomado del lujo menos bárbaro de los Araucanos el uso de arillos de plata sumamente pesados, pendientes de las orejas. Los Patagones, como casi todos los pueblos de América se con cuidado la barba, y así es que se ve á los hombres con unas pinzas de plata, arrancándose continuamente los pelos ó cerdas que les asoman.»

Carácter. Discordes están los viajeros acerca del carácter de los Patagones: unos los han encontrado humanos y sociables; otros les acusan de pérfidos y crueles. Segun las diversas noticias que hemos consultado, nos parece que este pueblo es á lo menos susceptible de civilizacion; pues á pesar de las pocas relaciones continuas que median entre los Españoles y los naturales del Norte, se observa una diferencia notable entre estos y los indíjenas del Mediodía. Al paso que la educacion ha ido borrando sus vicios y sus defectos naturales, se les echa en cara que son falsos, arrogantes é inclinados al robo. Dícese que su discrecion y prudencia es á toda prueba, particularmente cuando se trata de un secreto que interesa á la seguridad de su tribu.

Usos y costumbres. La pereza de los Patagones es estremada: ocúpanse únicamente de sus armas, y pasan el tiempo en estúpida ociosidad. Ninguna aptitud tienen para la pesca y marinería; siendo los habitantes de la Tierra del Fuego los únicos navegantes de toda la punta de la América meridional. Cazadores, y por tanto nómades, ninguna industria tienen, al paso que los Araucanos están mucho mas adelantados en esta parte; de manera que surten á los Patagones de los pocos tejidos de lana de que hacen uso. Sobresalen no obstante en arreglar los mantos que hemos descrito; y el modo de preparar ó curtir los tendones de avestruces para hacer hilo y cordeles, indica que tienen cierta habilidad manual. La consecuencia de aquella pereza, y aquella especie de desden que les carecteriza, es un desaseo inesplicable. Jamás barren sus tiendas ó toldos, hechas de ramas plantadas en círculo, cerradas por arriba y cubiertas de pieles de guanacos; y cuando les incomoda la inmundicia que allí llega á amontonarse, levantan su morada y van á establecerla en otro sitio. No se bañan sino durante el calor, y únicamente por refrescarse. «Tan solo se cuidan, dice Orbigny, de la cara y el cabello: de la una para pintarla de colores mezclados y de sebo de yegua; y del otro para peinarlo con una especie de cepillo de raices.»

Limitadísimas son las diversiones de los Patagones. Además de un juego para el cual usan de dados semejantes á los del chaquete, tienen otro reservado esclusivamente para los jóvenes, y que los Araucanos denominan *pilma*, cuya descripcion es la siguiente: «Se forman los jugadores en dos hileras, unos en frente de otros, teniendo el campeon ó capataz de cada banda un balon de piel; el uno al costado izquierdo y el otro al derecho. Empiezan luego á botarla de manera que vaya á parar donde está el contrario, que la recibe y despide con la mano contra otro de los adversarios, á quien debe dar en el cuerpo, bajo pena de perder un tanto; lo cual obliga al de enfrente á hacer mil contorsiones para evitarlo, bajándose ó saltando, á fin de que el balon no le toque y salga del círculo

para que el primer jugador pierda dos tantos, estando obligado además á ir á buscarlo. Mas si el balon da en el cuerpo de aquel á quien se dirije, este debe cojerlo y arrojarlo á otro, sopena de perder la partida. En este caso empieza el juego el capataz de la parte contraria. Las actitudes, las contorsiones y los ardides de que cada cual se vale para que el valon no le alcance, escita la risa y la algazara del partido opuesto, y la escitara en cualquiera que fuese espectador de semejante diversion. El juego de *pilma*, en que tan diestros son los Indios, sin duda le inventaron por ellos para calentarse durante el invierno en las rejiones heladas que habitan algunas de sus tribus; pero causa admiracion ver cómo pueden resistirlo aquellos atletas en el mes de febrero, al medio dia, y con un calor escesivo. El juego del balon, añade el autor de este relato se conoce en todos los paises. Se ha visto efectivamente con el nombre de quatoroch en la provincia de Chiquitos, en Bolivia, donde este juego ha llegado á ser una justa reñidísima y complicada, con sus jueces, clarines y timbales, numeroso concurso, y cuanto puede realzar.

El Patagon es poco delicado con respecto á su comida. Con igual apetito come la carne estando cruda que estando cocida, particularmente la de yegua. Come barbaramente, con suma gula, pero es capaz de sufrir un largo ayuno. La grasa y el sebo, cuanto mas rancios, son manjares mas apetitosos, así como la manteca mas crasa es el alimento esquisito de los Islandeses, y el aceite mas turbio el regalo de los Esquimales.

Las armas ofensivas de los Patagones se reducen á un arco y unas flechas. El arco, largo de cerca de una vara, no tiene adorno alguno, y es de madera blanca, encorbado con fuerza por una cuerda de tendones de animales. Las flechas de madera, muy cortas, están guarnecidas por arriba de plumas blancas de aves marítimas, cortas y tiesas, y la punta con un pedazo de pedernal, artísticamente cortado como un rejon, atado flojamente de manera que cuando se trata de sacarlo de la herida se desprende fácilmente del dardo. Le disparan con una habilidad maravillosa. Hacen tambien uso de un venablo muy corto, y de una honda muy sencilla de cuero, con la cual arrojan las piedras á gran distancia y con una destreza y tino casi sin igual. Pero la mas terrible de todas sus armas es la que llaman *bolas*, que consiste en dos piedras redondas de cerca de una libra de peso cada una, forradas de cuero, y atadas á los cabos de una cuerda de seis á siete piés de largo. Hacen uso de ella, teniendo en la mano una de las piedras, volteando la otra por encima de su cabeza hasta que cobre fuerza bastante, y despidiéndola entónces hácia donde quieren, con tal violencia y acierto, que se les ha visto dar con ambas piedras á un tiempo y á distancia muy considerable, en un hito ó blanco de una pulgada, á quince lineas de diámetro. De la misma arma usan tambien, como de un lazo, para la caza, en cuyo caso las *bolas* son dobles y aun triples, y las arrojan de modo que las cuerdas se enreden en las patas del animal que persiguen, cojiendo así la res sin herirla.

Hacen comunmente con hogueras señales telegráficas, y por este medio se avisan á grandes distancias de los peligros que les amenazan. Esto mismo se practica en un gran número de pueblos.

Las armas defensivas son adecuadas á los medios de ataque, contribuyendo singularmente á volver diformes y feos á los Patagones. El dia de le batalla permanecen casi desnudos, con su ceñidor de cuero, del que cuelgan sus armas: pero los principales guerreros ó caudillos van escudados de una armadura muy orijinal adquirida de los Aucas. Se embozan con una larga coraza de mangas, que parece un camison, compuesta de siete á ocho dobleces de una piel flexible perfectamente curtida, pintada por arriba de amarillo con una ancha faja colorada sobre la línea divisoria, y el cuello levantado hasta la barba, cubriendo parte

del rostro. Con esta armadura llevan una especie de casco, formado de dos cueros gordos y fuertes, cosidos juntos; de modo que parece un sombreron de anchas alas, dominado de una cresta que coje de atrás á delante, adornado de chapas de plata ó cobre, sujeto por detrás al cuello de la coraza, y por delante con un barbol, tambien de cuero. La coraza llega hasta las rodillas, y es muy incómoda yendo á caballo. Los que no la llevan, ó que no tienen derecho á llevarla, se dejan el cabello suelto sobre los hombros. Con todo este aparato belicoso están los Patagones muy distantes de ser tan temibles como los Araucanos. Apesar de su alta estatura y su fuerza física, son los mas pusilámines de todos los pueblos de aquellas rejiones, de que han sido no obstante el terror; pero diezmados por una enfermedad epidémica en los años de 1809 á 1811, y atacados despues por los Araucanos, que hicieron en ellos una horrible carniceria, han perdido á un tiempo su valor y su importancia nacional. Los Patagones no son pues temidos de sus vecinos. En tiempo de guerra despliegan el ardid y la astucia, de que hacen tanto alarde los salvajes de la América. Jamás acometen hasta que el caudillo les ha hecho preventivamente una larga arenga para escitar en ellos el ardor. Preciso es tambien que ante todo reconozcan la posicion del enemigo, á cuyo efecto envian esploradores hasta diez ó doce leguas de distancia. Esta precaucion y el uso de las sorpresas, constituyen entre todo el arte de la guerra. Cuando quieren acometer de improviso á sus adversarios, se revisten de una paciencia y usan de una destreza maravillosa. Dejan atados sus caballos lejos, á fin de que no quede rastro alguno de su marcha; andan muchas veces á gatas, y en ocasiones arrastrando como la culebra, para que no los sientan ni descubran. Para oir el mas leve ruido, aplican el oido al suelo, y conocen por cálculo aproximativo el número de los guerreros con quienes tienen que combatir. Cuando se hallan bien preparados, esperan que llegue la noche, y al momento que sale la luna caen con furor sobre sus enemigos degollándolos sin compasion, ó sobre las bestias y ganados que se llevan. Nunca hacen tales sorpresas sino en tiempo de luna llena, porque entónces no tienen que temer errores funestos, y en caso de un revés andan dos dias y dos noches sin parar. En estas astucias de guerrra se conocen los hábitos y el admirable instinto de los Americanos del emisferio boreal. Estos son los únicos que llegan en destreza y habilidad á un grado mucho mas notable. Cooper en sus *últimos Mohicanos* y en su *Pradera*, ha descrito maravillosamente las singulares prácticas de los Indios del alto Mississipí, en tiempo de guerra; y todo cuanto los viajeros nos han referido de la circunspeccion y de la intelijencia de los indíjenas del Canadá, en iguales circunstancias, prueba que los naturales del Sur pudieran tambien en esta materia recibir lecciones de los Hombres Rojos.

Aun no hace un siglo que los Patagones peleaban todavía á pié. Bien es verdad que el caballo no es oriundo de la América, pues ha sido naturalizado allí por los Europeos, de quienes los Indios han adquirido, con una superioridad maravillosa, el medio de dominar este soberbio animal, y de servirse de él útilmente. Hoy dia son los Patagones del Norte casi inseparables de sus cabalgaduras, tanto que la mayor parte de los viajeros no los han visto sino á caballo. Nada tienen de particular las sillas ó monturas de que usan. Los estribos son de madera y apenas tienen la anchura necesaria para el pulgar del pié; y aun á veces se reducen á un nudo, que sirve de punto de apoyo, pasando el cordel entre el dedo pulgar y el segundo. Las espuelas son comunmente de dos pedacitos de madera movibles y juntos atados con una correa. La silla que usan las mujeres es muy diferente, pues consiste en dos rollos de juncos envueltos en una piel muy delgada y adornados de pinturas varias. Cuando una Indiana sale á paseo á caballo

pone además en el lomo de su caballo un pedazo de cuero, sobre el cual se sienta llevando un estribo sumamente raro, en que hace ostentacion de todo el lujo que la es posible; estribo que llaman *keka-kenohue*, y que usan todas las Indianas de las partes australes de los Pampas. Consiste en una pieza fuerte de tela de lana, adornada de colores vivos, y de tres á seis pulgadas de larga, cuyos estremos unidos por el mismo tejido se separan en franjas desde su misma juntura. Este aparato va colgado del cuello del caballo, pendiente sobre el pecho. Cuando la Indiana quiere montar, pone allí un pié, agarra un puñado de la crin, y de un salto queda como encajada entre los dos rollos con las rodillas muy levantadas y los piés colgando; posicion á la verdad nada cómoda, pero que no impide que galopen tan velozmente como los hombres. Suelen llevar las Indianas en estos paseos un sombrero de viaje, que parece un gran plato ó fuente boca abajo, formado de mimbres de sauce y de lana, entretejido con mucha habilidad y adornado con chapas de plata ó cobre. Llámase este sombrero *joa*, y va prendido por detrás con dos hilos al cabello, y por delante con un barboquejo.

Desconocen los Patagones la poligamia. Muy diferentes en esto á los Araucanos, el marido jamás abandona la mujer lejítima; de suerte que el hombre ni aun puede dejar una concubina, sino cuando de ella no tiene hijos. Si en una guerra hace cautivas, estas son criadas y no rivales de la esposa de un Patagon. Los maridos son sumamente zelosos, y castigan con gran rigor la mas leve infidelidad; pero mientras permanecen solteras, gozan las mujeres de una libertad completa, bien que son ejemplarmente castas y honestas.

Siguiendo una costumbre jeneralizada entre los Patagones, Araucanos y Puelches (dice el sabio naturalista que tantas noticias nos ha dado de aquellas rejiones) luego que una jóven tiene indicios de su nubilidad, lo advierte á su madre ó su mas cercana pariente, quien lo manifiesta al cabeza de la familia, y este escoje inmediatamente su yegua mas gorda para regalar con su carne á sus amigos. La doncella se coloca en lo interior de un *toldo* (tienda) llamada *purte nuca*, separado de los demás y adornado al intento. Allí, en una especie de altar; recibe las visitas sucesivas de todos los Indios de ambos sexos de la *toldería*, que van á felicitarla de ser mujer, y á recibir de su mano una tajada de yegua, proporcionada á su clase ó grado de parentesco. Cuando ya han ido todos los visitantes, y nadie de la tribu ignora que la jóven Indiana es nubil, la sientan en una manta de lana que su madre coje por delante, y su parienta mas cercana por detrás; y llevándola así como en andas, la pasean en tanto que una vieja, desempeñando las funciones de adivino ó sacerdote, marcha al frente cantando, sin duda para conjurar al espíritu maligno. Este acompañamiento se encamina lentamente hácia un lago inmediato, sin que nadie le siga; y la sacerdotisa entra la primera, toma un poco de agua y la arroja al aire, hablando largo rato; indudablemente para rogar al dios del mal que proteja á la doncella en su nueva situacion. Las demás mujeres se meten tambien en la láguna, y terminado el conjuro zambullen allí á la jóven Indiana por tres veces consecutivas, la enjugan bien, estienden algunas piezas de tela en la orilla, la acuestan y la cubren con lo mejor que tienen. Al cabo de un largo rato, cuando la sacerdotisa ha concluido y empezado de nuevo sus oraciones, vuelven la neófita á la toldería, y en ella tiene representacion desde entónces. Esto se hace jeneral entre los pueblos de la América meridional, sin mas que variar las ceremonias, segun los paises.

Al celebrarse los matrimonios, el pretendiente está obligado á hacer regalos á los padres de la futura, que á veces suelen fijar el precio que quieren por su hija, y si no escede del caudal del novio, se arregla todo fácilmente; en la intelijencia de que nunca se fija la atencion en la conducta pasada de la novia, porque

considerándola dueña de su persona, ningun mérito se hace de lo que ha hecho en un tiempo en que no estaba obligada á guardar fidelidad á nadie. Luego que los interesados están acordes, la madre de la futura y sus amigos construyen el toldo matrimonial para los nuevos consortes, donde se establecen, y al punto van á rodearlos todos los adivinos y parientes. Los primeros de estos empiezan por dar consejos al marido sobre la conducta que debe observar con su mujer y sus deberes, y consecutivamente hacen lo mismo con ella predicándola particularmente acerca de la sumision. Dados ya todos los consejos oportunos, adivinos y parientes cantan y danzan al rededor de la tienda, ejecutando una música disonante con calabazones y caracoles marinos. En aquel intervalo encienden los hombres una gran hoguera y asan carne, de la cual presentan de cuando en cuando tajadas á los recien casados, haciéndoles tambien nuevas amonestaciones. Pasan así la noche, y al dia siguiente por la mañana, se les considera definitivamente casados cuando todos los habitantes de la toldería los han visitado ya estando aun en la cama. Enseguida la nueva esposa se esmera y complace en ataviarse con todo lo mas precioso que su marido la ha regalado; siendo para ella cosa del mayor regocijo, si él, á ejemplo de los Aucas, la ha dado un gorro de cuentas de vidrio de colores, ensartadas en tendones de avestruz. Las joyas consisten en diferentes baratijas. Si la recien casada tiene un caballo, le ensilla, le adorna con todo cuanto tiene, monta y sale á pasearse, haciendo ostentacion de todas sus riquezas entre los vecinos.

Cuando una mujer se escapa de la tienda del marido, en busca de un querido, para vivir con él, el esposo, si es de alta categoría ó tiene amigos mas poderosos que el raptor, hace que le restituyan su mujer; pero si este se encuentra en clase mas elevada, el marido tiene que sufrir pacientemente que le hayan arrebatado su compañera, sin poder quejarse. Las mas veces entran los interesados en composicion, y se arreglan mediante algunos regalos.

Las mujeres lo hacen todo, menos cazar y guerrear. Multiplícanse sus ocupaciones, y sufren durísimo trato, aun durante la preñez. Cuando paren, apenas se les conceden tres dias de reposo. Asísteles en el parto una adivina, y al nacer el niño se celebra comunmente con cantares danzas y festines, á lo cual suele añadirse conjuros contra los espíritus malignos. Los Patagones aman á sus hijos hasta el estremo de idolatrar en ellos.

Si hay un hecho digno de particular atencion universalmente, es la unanimidad de los pueblos en honrar la memoria de los muertos. El salvaje llega á esceder en esto al hombre civilizado. Solo piensa en el muerto; en el muerto, nada mas; en la tumba y las exequias, espresando así enérjicamente un amor verdadero. Ni conoce el fausto en la desesperacion, ni menos comprendería el despotismo que nosotros llamamos bien parecer ó decoro.

Conservan los Patagones por mucho tiempo en la memoria las personas á quienes amaron, y no pocas veces se les oye lamentarse y referir las virtudes y buenas prendas del difunto. Al punto que muere un cabeza de familia, los amigos se pintan de negro y van sucesivamente á consolar á la viuda y los huérfanos. El cadáver es despojado inmediatamente de sus vestidos por los padres ó parientes, y luego, estando caliente todavía, le doblan las piernas de manera que la barba descanse en las rodillas, y en los talones en la parte inferior del cuerpo, cruzándole además los brazos sobre las piernas. Queman en seguida una parte de lo que le pertenecia en señal de duelo: aniquilan su morada; su mujer y sus hijos son despojados de todo lo que no es propio; y la viuda, sin asilo muchas veces, casi desnuda, espera en las cercanías que algunos parientes vayan á darla algun vestido. Esta desgraciada se embarduna inmediatamente la cara de negro, se corta el pelo por delante, se peina lo restante dejándolo

tendído por encima de los hombros, y se encierra en una tienda vieja, de donde no sale en un año, vestida lúgubremente, sin poder lavarse hasta pasado otro año mas, y guardando en todo aquel tiempo la vida mas austera. La menor infraccion de esta costumbre se miraria como una afrenta á la memoria del difunto, y los suyos tendrian derecho para castigar de muerte á la culpable y á su cómplice.

«Plegado de aquel modo el cuerpo del difunto, y quemada su tienda, los parientes inmolan á sus manes cuantos animales tenia, matándolos en el campo, inclusos los caballos, y ningun Indio prueba su carne únicamente reservan del degüello su mejor caballo para llevar el cadáver á la sepultura con sus armas y sus joyas, que deben ser enterradas con él. Sus hijos ó sobrinos le acompañan hasta la última mansion, marchando á lo lejos por el campo; particularmente si están cercanos á alguna nacion diferente de la suya, ó de cristianos, para que ninguno de ellos les vea. Cuando se consideran solos y muy lejanos, para no ser atisbados ó seguidos, hacen un hoyo redondo de unos dos piés de diámetro, y harto profundo para que el cuerpo puesto en él pueda quedar sentado y cubierto con algunos piés de tierra sobre la cabeza (1). Con él entierran sus armas, sus espuelas de plata y sus mejores vestidos, á fin de que los encuentre en la otra vida, é inmolan luego el caballo sobre la sepultura para que le tenga á mano cuando quiera hacer uso de él. Hecho todo esto, regresan dando grandes rodeos para no dejar rastro de donde han estado, y evitar que ninguno vaya á desenterrar el cadáver para quitarle el vestido y las alhajas; profanacion que suele ser causa de disensiones y odios mortales entre las tribus y naciones limítrofes. Como todos los ganados y caballos son del cabeza de familia, cuando muere una Indiana antes que su marido, únicamente se puede destruir lo que la pertenece en propiedad, que se reduce á sus vestidos y algunos adornos. En su entierro se hacen las mismas ceremonias, pero ni el viudo ni los hijos llevan luto alguno esterior, y el primero puede casarse desde luego si quisiere.»

(1) Mr. de Orbigny contradice aquí la opinion de Falkner, quien dice que los Patagones y los Aucas hacen esqueletos de los cuerpos de sus muertos, y que los trasportan muy lejos. La costumbre de que habla Orbigny, parece ser comun á la tribu de las Molucas. Sin embargo, los viajeros añaden que entre las de dicha tribu, una mujer anciana está encargada de abrir cada año la «bóveda,» y no la sepultura, en que ha sido sepultado el cuerpo, y limpiarle y vestirle.

PATAGONES DEL SUR. No habiendo visitado Orbigny mas que el norte y el nordeste de la Patagonia, y habiendo fijado con particularidad sus observaciones al espacio comprendido entre los cuarenta y cuarenta y dos grados de latitud sur; á fin de que nuestra relacion sea mas completa, creemos deber reunir los documentos que nos suministran Wallis y Parker King, relativos á los naturales de los confines meridionales.

La estatura de los Patagones del Sur ó Inakenes, parece ser la misma que la de los indíjenas del Norte. Los que vió el capitan King en la bahía Gregorio, tenian de cinco á seis piés ingleses el ancho de sus espaldas y la lonjitud de su busto les daban á primera vista la apariencia de una raza verdaderamente jigantesca; pero cuando sus mantos se entreabrian, notábase que la parte inferior de su cuerpo no estaba en armonía con las proporciones de la parte superior. Sus piernas y sus muslos eran cortos y enjutos (1): por un efecto de esta conformacion deben parecer á caballo mucho mas grandes de lo que son realmente.

King midió la cabeza y los hombros de un Patagon, y he aquí el resultado de sus observaciones:

De la coronilla á la estremidad superior de los ojos. . . .	4 p.
A la punta de la nariz	6
A la boca.	7

(1) Orbigny dice que no ha observado esta disposicion física en los Patagones del Sud.



Vernier del. Lemaître direxit

Patagons du Sud.

Patagones del Sur.

A la barba.	9
Anchura de la cabeza de sien á sien.	7 $\frac{1}{2}$
Anchura de las espaldas de hombro á hombro.	18 $\frac{1}{2}$

«La cabeza de otro Patagon, añade el capitan King, era larga y aplastada, pero cubierta de pelo hasta la distancia de pulgada y media del arco de las cejas, que estaba casi del todo raso. Los ojos eran pequeños, la nariz chata, la boca muy hundida, los labios gordos, y el cuello corto; las espaldas muy anchas, los brazos poco musculosos, como tambien los muslos y las piernas. El pecho era alto y bien desarrollado, y la estatura del Patagon de cerca de seis piés.»

Se ve pues que no hay gran diferencia, en cuanto á lo físico, entre los naturales del Sur y los de la parte septentrional. El rasgo característico de los primeros es la delgadez de los miembros inferiores.

Los toldos de los Inakenes son de forma rectangular: tienen diez ó doce piés de largo, diez de ancho, siete de alto por delante, y seis únicamente por detrás. Estas sucias moradas están formadas con unas perchas fijadas en el suelo y ahorquilladas por arriba para sostener los cabríos que sostienen el techo. El toldo está cubierto de pieles, tan bien cosidas unas con otras, que son casi impenetrables al agua y al viento. No encontrándose fácilmente perchas ni cabríos en todas partes, los naturales del pais arrancan los de sus tiendas y los llevan arrastrando en todas sus escursiones. Cuando han llegado al paraje en que deben hacer noche, y escojido el sitio menos espuesto al viento, hacen un hoyo ó agujero con una barra de hierro ó con un madero puntiagudo, plantan allí las estacas; y como toda la armazon de la tienda ó toldo va ya preparada, en breve queda corriente.

En el centro del toldo está el hogar, se ha observado que los Patagones del Norte jamás se ponen de cara al fuego como los Europeos, sino de espaldas, para ver mejor lo que pasa al rededor de ellos. Los viajeros que han tenido relaciones con los habitantes de la parte Sur, han atribuido no solo al humo, sino tambien á la vista del fuego, las enfermedades de ojos, casi jenerales entre los Indios, y á estas causas el no calentarse por delante.

Entre los Patagones del Sur es frecuente la poligamia. Compran las mujeres muy jóvenes, dando en cambio, grano, cascabeles, vestidos ó caballos. Van vestidas como los hombres, de pieles de guanaco. El manto que se hacen con el despojo de aquel animal va prendido por delante con un alfiler de plata; llevan el cabello como las Indianas del Norte.

Los naturales del Sur entierran los muertos de diferente modo que los de la otra parte. Véase sino la descripcion que Parker King nos da de la sepultura de un niño cerca de la bahía Gregorio: «Habia, dice, un monton cónico de ramas secas y de broza, de diez piés de alto y veinte y cinco de circunferencia, rodeado todo de listones de cobre. La cumbre de esta pirámide estaba cubierta de un pedazo de tela encarnada, tachonada de clavos de cobre, y encima de todo unas banderas rojas con cascabeles, que movidos por el viento no cesaban de sonar. Al rededor de la tumba habia una zanja de dos piés de ancho y uno de hondo. En frente de la entrada, que estaba llena de leña, se veian tendidas las pieles de dos caballos recien muertos, sostenidas por cuatro estacas. Las cabezas de los caballos estaban adornadas de clavos de cobre, semejante á los de la cumbre de la pirámide. En fin, á la parte afuera de la zanja se veian dos palos y en cada uno de ellos dos banderines, uno encima de otro.»

Como los Patagones del Sur no han aprendido todavía á costa suya, cuán peligrosa es para ellos la proximidad de los Europeos, son mas afables y familiares que los de otras partes del pais. Los que habitan en las costas del estrecho de Magallanes, acojen á los estranjeros con cordialidad; pero cuando son en gran nú-

mero imponen á los huéspedes un crecido tributo de tabaco, pan, fusiles ó escopetas, pólvora, balas, y otros artículos á que son apasionados. Cuéntase que habiendo abordado á la bahía Gregorio la tripulacion de un buque mercante inglés, en 1834, rehusó á los Patagones los artículos que deseaban. El capitan tuvo la malhadada idea de saltar en tierra: los indíjenas se apoderaron inmediatamente de su persona y le retuvieron prisionero hasta que les fué entregado el continjente de pan y tabaco.

No es el único rasgo característico de los Patagones meridionales la confianza y la familiaridad, pues hay otro que no debe quedar en silencio: tal es aquella especie de indiferencia y apatía que patentizan en todas las circunstancias en que se escitaria vivamente la curiosidad instintiva de los hombres del Norte. Refiere el capitan Wallis que cuando hizo el viaje al estrecho de Magallanes, mandó llevar á bordo muchos Indios y no pudo despertar en ellos el menor sentimiento de sorpresa ». Les llevé, dice á todas partes del navío, y únicamente miraron con atencion los animales vivos que teníamos á bordo. Examinaban con mucha curiosidad los cerdos y los carneros, y se divirtieron en estremo viendo las gallinas de Guinea y los pavos. De todo cuanto veian solo manifestaron deseos de nuestros vestidos, y un viejo Patagon fué el único que se determinó á pedirnos uno. Les ofrecimos cigarros puros, y aunque fumaron un poco, no demostraron en ello ningun placer. Les dí carne de vaca, tocino, galleta y otras cosas de las provisiones del navío: comieron indistintamente de cuanto se les ofreció, pero no quisieron beber sino agua. Les enseñé los cañones, y no dieron señales de conocer su uso. Hice que se pusieran sobre las armas los soldados de marina y que ejecutasen parte del ejercicio, y á la primera descarga de fusilería se manifestaron nuestros Americanos sobrecojidos de espanto y terror; mas viendo que estábamos de buen humor, y que ellos no habian recibido ningun daño, recobraron en breve su alegría, y sin conmoverse mucho oyeron dos descargas mas.

Pero prescindamos de pormenores para volver á entrar en lo jeneral y comun á las tribus de las dos rejiones.

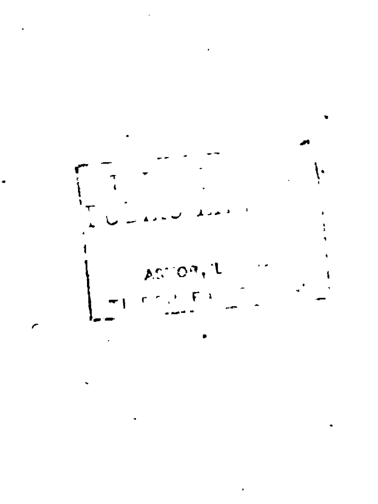
Creencias relijiosas. Supersticiones.—Encuéntranse entre los Patagones, en materia de culto y de nociones relijiosas, los disparates mas estraños. Creen en la inmortalidad del alma, y semejantes á los antiguos pueblos del Norte de Europa y á los que cubren todavía una gran parte del Asia, se figuran un paraiso material, otra vida material en fin donde les acompañarán las mismas pasiones y necesidades. Como estos pueblos sepultan con el muerto, segun queda dicho, todo cuanto creen puede serle útil en el otro mundo, y proporcionarle allá mejor representacion, adoran definitivamente un solo sér, que bajo el nombre de *Achekenat-Kanet*, es alternativamente para ellos el jenio del bien y del mal, á quien consultan bajo estas diferentes invocaciones. Indican tener de él una idea tan alta, que no le representan bajo ninguna forma, y se rien de nosotros, como de lástima, á la vista de los objetos de nuestro culto. Pero, cosa rara, tienen tambien su fetichismo: si encuentran un obstáculo le dirijen sus súplicas; si esperimentan ó les amenaza algun accidente físico, esto mismo se convierte para ellos en un objeto de demostraciones relijiosas que constituyen un verdadero culto. Orbigny cita un ejemplo singular sobre esto. «Si viajan, dice, y pasando cerca de un rio divisan algunos troncos de madera arrebatados por la corriente, los toman por divinidades maléficas, se detienen para conjurarlos y les hablan en voz alta. Si por casualidad aquellos trozos ó troncos atraidos por un remolino del rio parecen arrastrados con lentitud y dando vueltas, creen los Indios que se paran á escucharles, y entónces prometen mucho para que les sean propicios, cumpliendo escrupulosamente sus promesas. Sus



Vernier del. Lemaitre direxit.

Toldo et Tombeaux des Patagons du Sud.

Toldo y Sepulcros de los Patagones del Sur.



armas, sus objetos mas preciosos, son con este motivo arrojados al agua, y aun en las ocasiones mas graves precipitan allí hasta caballos atados juntos por los piés, creyendo que así están mas á salvo de los acontecimientos.» Por otra parte, observa el mismo escritor, estos son los únicos sacrificios que hacen; y mientras pueblos mas adelantados que ellos sobre otros puntos, inmolaran sus semejantes á su bárbara divinidad, y que otros conocidos tambien por su civilizacion, hicieran correr á torrentes sobre los altares de sus innumerables ídolos la sangre de los animales mas útiles, el Patagon, todavía medio salvaje, reserva para raras é importantes ocasiones la muerte de algunos caballos.

Los Patagones, como todos los naturales de las tierras australes, son muy supersticiosos y propensos á la majia. Las viejas, hechiceras, profetisas ó adivinas, de que hemos hablado ya tratando de las ceremonias sobre la nubilidad de las jóvenes, son los principales ministros de su culto, y acrecientan su importancia agregando á estas funciones sagradas el ejercicio de la medicina. Ellas son las que invocan á Achekenat-Kanet, cuando la familia, sentada en corro, cree que debe aplacar su cólera ó darle gracias por sus beneficios. Las palabras que profieren cuando al fin de la ceremonia han llegado al mas alto grado de exaltacion, son ansiosamente escuchadas por los circunstantes y consideradas como oráculos infalibles. Pero su triunfo mas completo, es sin contradiccion cuando ejercen á su manera la medicina. Padecia un enfermo una calentura causada por un baño que tomó en el rio, en ocasion que sudaba. Estaba tendido dentro del toldo. La vieja agorera que le cuidaba, le puso boca abajo; empezó á chuparle por la nuca, y dándole además repetidos golpes en el pecho y la barba, y haciendo contorsiones, invocaba el jenio del mal, rogándole que saliese. Chupóle en fin todas las partes del cuerpo, y últimamente y con mas ahinco la nariz. De repente hizo jestos espantosos pareciendo que padecia, y dándose golpes á sí misma, esclamó que ya tenia el mal y que iba á demostrarlo. En efecto, despues de otros muchos dengues, hizo como que sacaba de la boca del paciente un gordo insecto, como un escarabajo, el cual mostró á los que estaban presentes, cual si fuese el emblema del demonio que poseia aquel cuerpo. Esta docilidad del paciente y de cuantos la miran, causará menos estrañeza al saber que la confianza de los Indios en el poder de aquellas magas es tal, que cuando, como una cosa estraordinaria, se cortan el cabello, tienen particular cuidado de echarlos al rio ó quemarlos, temiendo que alguna vieja se apodere de ellos y cause la muerte del que los tenia, haciéndole brotar toda la sangre por los poros.

«El temor á los contajios hace con frecuencia que los Patagones, así como las demás naciones australes, se vuelvan mas inhumanos. Pero, ¿quien no les disculpará en esta parte, cuando han visto la mitad de su jente arrebatada por la viruela, á consecuencia de sus comunicaciones con los blancos? Miran esta enfermedad llevada de Europa, como un efecto particular del espíritu maligno, que pasa sucesivamente de un cuerpo á otro. De aquí es, que al punto que temen una epidemia, y que cualquiera individuo de una de sus familias les da sospecha de estar invadido, se alejan todos de la tienda, dejando al enfermo únicamente un poco de carne cocida y agua, y van á establecerse muy distantes. Si mueren hasta dos individuos, y otros se hallan con los mismos síntomas, entónces ya no les queda duda. La tribu entera abandona el lugar y los enfermos, sin mas que el débil socorro indicado; y á fin de que el mal no la acompañe, van los Indios dando al aire, de distancia en distancia, cuchilladas con sus armas cortantes, creidos de que así cortan toda comunicacion con la enfermedad, y al mismo tiempo echan rociadas de agua para conjurar al dios del mal. Al cabo de algunos dias de marcha, se detienen poniendo todos

sus instrumentos cortantes en direccion al lugar que abandonaron; y si en la nueva residencia se manifestasen algunas enfermedades, huyen de nuevo con las mismas demostraciones supersticiosas, esparciendo así sus enfermos en todos los puntos donde han hecho parada. Fácil es de inferir que serán pocos los dolientes que escapen con vida ó se restablezcan de este modo; porque si una crísis feliz les salva, en los primeros dias de convalecencia consumen las escasas provisiones que les dejaron, y luego mueren de hambre ó de miseria, en medio de un desierto, no pudiendo llegar á donde fué su tribu, distante á veces mas de cien leguas. ¡Figurémonos cuáles deben ser las angustias del desdichado vuelto á la vida, no teniendo á su alrededor otro espectáculo que el de cadáveres devorados por millares de aves que desgarran las carnes de sus hermanos durante su letargo! Así es que teme entregarse al sueño, por no ser víctima de los monstruos alados, antes de su muerte.»

Volviendo á tratar del culto de los Patagones, añadirémos que acordes con las naciones vecinas, personifican á su dios Achekenat-kanet en un árbol aislado, llamado por los Puelches *gualichu*, y que en todos los paises se conoce bajo igual denominacion. Este dios detestable es un árbol achaparrado, que si se encontrase en un bosque no llamara la atencion, al paso que como perdido en una inmensa llanura donde se estiende, parece que anima y sirve al viajero. Tiene de alto veinte á treinta piés; es muy torcido, espinoso, y su copa ancha y redonda: el tronco corpulento y nudoso, medio carcomido por los años, y el centro hueco: pertenece á las numerosas especies de acacias espinosas que dan una vaina cuya pulpa es azucarada, y que los habitantes confunden con el nombre de *algarrobo*. Es muy singular encontrar este árbol solo en lo interior de los desiertos, como arrojado por la naturaleza para interrumpir en ellos la monotonia. Las ramas del algarrobo sagrado están llenas de las ofrendas salvajes: allá se ve pendiente una manta, aquí un poncho; mas distante cintas de lana, hilos de colores, y por todas partes vestidos mas ó menos estropeados por el tiempo, y cuyo conjunto presenta mas bien que la vista de un altar una triste prendería, desgarrada por los vientos. Ningun Indio pasa por allí sin dejar alguna cosa. El que nada tiene, se contenta con ofrecer parte de la crin de su caballo, atándola á una rama. El tronco cavernoso del árbol sirve de depósito á los presentes de hombres y mujeres: tabaco, papel de cigarros, baratijas de vidrio, y hasta monedas de vidrio se encuentran allí revueltas. Lo que atestigua aun mas que todo el culto de los salvajes, es el gran número de esqueletos de caballos degollados en honor del jenio del lugar, ofrenda la mas preciosa que un Indio puede hacerle, y que en su concepto debe ser mas eficaz: así es que los caballos tan solo son sacrificados al árbol del gualichu y á los rios, que reverencian y temen igualmente por la necesidad que hay de pasarlos continuamente y arrostrar á un tiempo su profundidad y su corriente.»

Admiracion causará tal vez que estas absurdas creencias y estas prácticas mas absurdas todavía, no hayan desparecido con el contacto del cristianismo, que ha tomado posesion de una gran parte del nuevo mundo. Aquí se ve pues uno de los hechos mas característicos de ciertas razas australes. Jamás ha querido abrazar la relijion católica un Patagon, un Puelche, ni un Araucano. Siempre se han resistido á los piadosos esfuerzos de los misioneros y han permanecido invariablemente fieles á sus divinidades. Lo que eran en otro tiempo con respecto á las creencias y la supersticion, lo son todavía actualmente, sin que se manifiesten dispuestos de ningun modo á admitir otras ideas y otros principios. En aquellos paises remotos es donde se debe ir á estudiar al verdadero *hombre Americano*: allí existe en toda la virjinidad de sus tradiciones y su antiguo tipo: allí es donde el filósofo y el fisolojista pueden en-

contrar el punto de partida que les falta para sus especulaciones sobre la antropolojía. No así en la América del Norte; porque sabido es que el Indio de aquel hemisferio ha perdido completamente su primera fisonomía y se ha europizado bajo la influencia de la relijion de Jesucristo. Los Hurones, los Algonquinos, los Chactaws, y otros muchos septentrionales tan miserablemente diezmados desde un siglo atrás, ¿han ganado algo por ventura con aquella modificacion profunda de su carácter y sus costumbres nacionales? ¿Quién se atreveria á afirmarlo? Acaso no ha coincidido la introduccion del cristianismo en el Nuevo mundo, con la importacion de las plagas físicas y morales mas funestas á la especie humana? Recorred las aldeas indianas del Canadá, y veréis lo que queda de las numerosas poblaciones que habitaban aquel pais en otro tiempo: entrad en las cabañas donde la palabra de los propagadores de la fe católica ha penetrado, y ved á qué estado de degradacion y miseria están hoy dia reducidos aquellos hombres, que causaban admiracion á los primeros viajeros por su intelijencia y su intrepidez caballeresca. Sí; la iniciacion de la América en la civilizacion ha sido y es todavía muy dolorosa: lo mismo ha sido poco mas ó menos en una parte de Europa: solamente la América se ha rebelado al antiguo mundo en una época en que no podia haber ya igualdad en la lucha que debia trabarse entre los dos colosos; es decir, al momento en que el hombre culto podia corromper y oprimir al hombre primitivo sin resistencia de parte de este. La Europa cristiana ha abusado de su superioridad; y ciertamente bajo el punto de vista de la moral social, su mayor crímen fuera el haber desmoralizado y despoblado todo un mundo nuevo que la providencia entregaba á su dominacion y á su enseñanza y sus doctrinas. Los Patagones y sus vecinos los Pampas y los de Chile, han sido favorecidos por la naturaleza de los paises que habitan; y gracias que tal vez á su alejamiento instintivo en cuanto á nuevas creencias, deben el poder pisar en paz todavía el suelo en que descansan las cenizas de sus padres.

Si la cosmogonía de los Patagones no ofrece una gran variedad de hechos, ni prueba de parte suya grandes rasgos de imajinacion, á lo menos tiene el mérito de la sencillez. Dios, dicen ellos, entónces jenio benéfico, creó los hombres bajo tierra y les dió sus armas. Esplican tambien de un modo muy orijinal la aparicion en el continente de diversas Especies de animales que eran allí desconocidos antes de la llegada de los europeos. Suponen que despues de la creacion del hombre, los animales todos salieron de la misma caverna, pero que al punto que el toro se presentó á la puerta espantó de tal manera con sus cuernos á los hombres, que estos la cerraron precipitadamente, y la condenaron amontonando á la entrada piedras enormes. Mas añaden que cuando tocó el turno á los Españoles, estos dejaron abierta aquella malhadada puerta, y entónces salieron el toro, el caballo y todos los animales que hasta entónces estuvieron allí encerrados. Preciso es convenir en que esta fábula no es mas maravillosa que la del Arca de Noé.

Jenio nacional, lengua. — A pesar de las aserciones absolutas de Pauw y algunos antiguos autores españoles, es positivo que los Patagones no carecen de intelijencia y que su jenio nacional merece tomarse en consideracion. Ya se ha dicho que jamás atacan á sus enemigos sin que el cacique haya arengado á sus guerreros. Estos discursos tienen siempre un carácter de enerjía muy admirable, y no ceden á los que Cooper pone en boca de sus salvajes del Norte. Los Patagones dan tambien pruebas de elocuencia en sus entrevistas con los Españoles ó con los caudillos de las tribus vecinas: tienen sobre todo en un grado incomparable el talento de hablar mucho tiempo sin titubear ni salir de la cuestion; talento que poseen tambien los Araucanos. Lo que distingue su jenio nacional, es una tendencia á dar mas enerjía á lo que dicen con el uso frecuente de la com-

paracion. Este rasgo de imajinacion les acerca á los pueblos orientales, que, como se sabe, hacen consistir la poesía en el uso exajerado de la metáfora. Así es que Orbigny oyó decir á un Indio, con referencia á una mujer de jenio áspero, que era *mala como la guindilla*. Representan la fuerza mediante una carreta con su tiro, y el valor con un corazon de toro. Para espresar que alguno de los suyos ha tenido miedo en presencia del enemigo, dicen jocosamente que han temblado sus espuelas. Esta propension á las imájenes retóricas y á la exajeracion, no escluye en ellos la rectitud de juicio y la concision en la manifestacion verbal de sus ideas. Tienen, por ejemplo, dos espresiones, perfectamente exactas, para designar la falsedad de las palabras, y la falsedad de las acciones: el que acusan de la primera es *hombre de dos lenguas*, y el otro *hombre de dos corazones*. Para dar á entender en cierta ocasion que los caciques habian obrado con toda franqueza y de buena fe, decia un indíjena: «Los Caciques no tienen dos corazones. Tienen uno, y nada mas.» Todo esto indica á un tiempo en aquellos Indios una gran lójica y un instinto poético indisputable.

El hábito de cazar, y la necesidad de dirijirse durante sus largas escursiones por el sol y las estrellas, fueron el oríjen entre los naturales de aquellos paises de algunas ideas astronómicas. Aquí encontró tambien en que ejercitar su inclinacion á la poesía: trasformaron la parte del firmamento que les era conocido, en un inmenso cuadro representando la caza del Indio. De este modo la via láctea no fué para ellos el camino recorrido por la cabra Amaltea, sino el del viejo Indio cazando el avestruz. Los tres reyes fueron las bolas (*tapolec*) que echaba á dicho pájaro, cuyos piés son la cruz del Sur al paso que las manchas australes de la via láctea únicamente son á sus ojos unos montones de plumas formadas por el cazador. Estas alegorías injeniosas, que valen tanto como las graciosas fantasías del politeismo griego, no han estraviado á los indíjenas del objeto práctico y útil de la astronomía; así es como han adoptado una division del tiempo muy racional; han distribuido el año en doce mèses, (*kechnina*), y cada año, en la primavera, cuando las plantas empiezan á brotar, rectifican y arreglan los dias suplementarios.

La falta absoluta de documentos nos impide dar una idea completa del sistema astronómico de los salvajes de la Patagonia.

La lengua patagona es mucho mas gutural que la de los Aucas, difícil de pronunciar y llena de sonidos que nuestras letras no pudieran espresar. Observaciones recientes indican en ella una riqueza y unas combinaciones dignas de atencion. Es un idioma mucho mas rico en nombres numerales que ciertas lenguas del continente. Los indíjenas pueden contar hasta cien mil. Verdad es que sus números *ciento y mil* les han sido trasmitidos por los Puelches y los Araucanos, quienes los adquirieron de los Incas; pero esta cantidad de designaciones númericas no deja de atestiguar la multiplicidad de las combinaciones de cálculo á que se entregan los Patagones.

Gobierno.—El sistema político de estos Indios es de los mas sencillos. La nacion está gobernada por un jefe superior, denominado *caras-ken*, cuyo poder muy circunscripto se ejerce únicamente en tiempo de paz. Entónces reune y están bajo sus órdenes todos los jefes subalternos. En tiempo de paz se le mira con mucho respeto, pero no goza de ninguna prerrogativa ni privilejio, de manera que si no proveyese él mismo á sus necesidades, ninguno de sus pretendidos súbditos se cuidara de él. Aun en la guerra, las ventajas de su categoría se limitan á tener mayor parte en el botin. Este puesto, tan poco digno de envidia, bajo ningun concepto es hereditario.

Leyes. — Ningunas tienen estos pueblos, de modo que no hay castigo señalado para los delincuentes. Cada cual vive á su modo, y el mas ladron es el mas estimado; considerándole el mas diestro.

Desconociendo la particion del territorio entre los individuos de su sociedad, las riquezas no pueden ser entre ellos sino movibles; y como el uso de destruir al morirse uno todo lo que pertenece al muerto pone á las familias en la continua necesidad de encontrar nuevos medios de existencia, de ello resulta que la propiedad, tal como nosotros la entendemos, no existe entre los Patagones. Esto esplica á un tiempo su opinion acerca del robo y la poca consistencia de su estado social.

Historia.--Terminarémos esta noticia del modo posible, atendidos los límites que nos hemos trazado, con una rápida ojeada sobre la historia de los establecimientos formados por los Europeos en aquellos remotos paises.

Diez y seis años despues del descubrimiento de la América por Cristóbal Colon, reconocieron Juan Diaz de Solis, y Vicente Yañez Pinzon, la embocadura del rio de la Plata, y siguieron toda la costa hácia el sur hasta el 40º grado de latitud austral. En 1520 invernó Magallanes en el puerto de San Julian, y á la fuerza llevó á su nave un Patagon (1). En 1578, pisaron los Ingleses el suelo de aquel pais, hasta entónces esplorado esclusivamente por los Españoles. El capitan Drake desmintió por la primera vez los cuentos maravillosos esparcidos en Europa sobre la estatura y las costumbres de los Patagones; pero el error debia prevalecer por mucho tiempo todavía. Las aserciones de Argensola, historiador del viaje de Sarmiento, decidieron al gobierno español á intentar el colonizar un pais donde, segun la relacion de algunos hombres entusiasmados, se esperaba encontrar ciudades considerables, edificios magníficos é inmensas riquezas. Desembarcó pues un gran número de Españoles en 1582, en la parte este de la península de Brunswick, en el paraje que hoy se llama *Puerto del Hambre*; y estos aventureros, para comenzar la obra de la colonizacion, presidida por el mismo Sarmiento y Diego Flores, pusieron los cimientos de la ciudad de San Felipe. Entónces echaron de ver que aquella tierra era ingrata é inhospitalaria. Los víveres que habian llevado se consumieron en breve, y empezó á esperimentarse un frio rigorosísimo. Sarmiento resolvió ir en busca de provisiones á varias colonias del Norte; se embarcó, naufragó varias veces, y fué apresado por los ingleses, que le retuvieron prisionero. Durante este tiempo morian de hambre, de frio, y á manos de los Indíjenas los cuatrocientos desgraciados colonos que esperaban el regreso de Sarmiento. Reducidos á veinte y cinco, tomaron el partido de buscar por tierra un lugar mas propicio, donde encontrasen con que sostener siquiera su miserable existencia. Emprendieron la marcha, y el único de ellos que rehusó seguirlos no volvió á verlos jámás. Este último fué hallado en 1587, sobre las ruinas de la ciudad naciente, por el corsario Cavendisch, que se le llevó cautivo. Desde entónces, la España, algo disgustada del resultado de aquellas aventuradas espediciones, se mantuvo en sus establecimientos de la Plata.

Por espacio de muchos años, los Ingleses visitaron solos los diferentes puntos del estrecho de Magallanes. Cavendish arribó muchas veces al puerto Deseado; Juan Chidley fondeó en 1590 en el Puerto del Hambre, mudo testigo del desastre de la colonia española, y tres años despues el navío de Ricardo Hawkins surcó las aguas del puerto San Julian. Los Holandeses, que aspiraban tambien al imperio de los mares, se presentaron muy luego en aquellas costas tan poco conocidas. Sebaldo de Weert, Simon de Cord, Oliveros de Noort y Spielberg, se empeñaron en el terrible estrecho, y visitaron algunos parajes de la Patagonia meridional. Apenas se atrevieron los Españoles en 1601 á entrar en el territorio patagon, partiendo de Buenos-Aires y atravesando los Pampas. Esta espedicion, dirijida por Hernando Arias de Saavedra, dió á los naturales ocasion oportuna

(1) Véase Picafetta, que ha escrito la relacion de este viaje.

para advertir que no eran invencibles los Europeos, apesar de sus terribles medios de destruccion; de suerte que la tropa española y su caudillo cayeron en manos de los Patagones, de cuyo poder salieron con mucha dificultad.

En 1615, dos Holandeses, Lemaire y Schouten, descubrieron el estrecho, á que despues sè dió el nombre de uno de ellos, y cuya existencia acreditó á los jeógrafos de aquella época, que el estrecho de Magallanes no era, como creian, la única arteria por la cual se comunicaba el Océano Atlántico con el mar Pacífico. Zelosos de este éxito los Españoles, encargaron en 1618 á García de Nodal que esplorase el nuevo paso, y al cabo de seis años, el Holandés Santiago el Ermitaño, fué á costear los confines de la Tierra del Fuego. Estas tierras australes fueron visitadas de nuevo por dos Ingleses, Narborough y Wood, á fines del siglo diez y siete; siendo los Franceses los últimos que se aventuraron en aquellas rejiones que aun no conocian. Desde 1696 á 1712, aparecieron allí sucesivamente Degennes, Beauchesne-Gouin y Frezier; y desde esta última época esploraron los parajes de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, los navegantes mas ilustres del siglo diez y ocho, tales como Anson, Byron, Bougainville, Wallis y Cook.

Los progresos de los jesuitas del Paraguay y del alto Perú en materia de colonizacion, inspiraron á la España la idea de confiar á dos de aquellos relijiosos, los PP. Quiroga y Cardiel, la mision de formar un nuevo establecimiento en el punto de la costa patagónica que juzgasen mas favorable. Esta tentativa, verificada en 1745, no produjo resultado alguno, ni la relacion de los jesuitas fué de naturaleza capaz de animar en lo futuro para empresas semejantes. Pero publicada la descripcion de las tierras magallánicas por el Inglés Falkner, que habia habitado por largo tiempo en los Pampas, la España, recelosa de las intenciones manifestadas por la Inglaterra con respecto á los paises australes de la América, trató seriamente de fortificar los puntos principales del litoral patagon y crear allí colonias.

En su consecuencia se fundó en 1779 la colonia de San José, por D. Juan de la Piedra, quien muy luego la dejó bajo la direccion de Antonio de Viedma. Una epidemia esterminadora obligó á los colonos á refujiarse en Montevideo. En el mismo año se verificó un ensayo mas feliz de colonizacion en el paraje donde se ve hoy dia el pueblo del Cármen, á pocas leguas de la embocadura de Rio-Negro, y en 1780 se intentó el establecimiento de otra colonia por Francisco Viedma en el puerto de San Julian. El hermano de este subintendente, Antonio Viedma, construyó allí un fuerte con algunas casas, y denominó á tal sitio *Florida blanca*. El puerto Deseado vió casi al mismo tiempo comenzar otro establecimiento. Estos diferentes esfuerzos que indicaban claramente el proyecto bien meditado de asegurar la posesion de la Patagonia á la corona de España, no tuvieron feliz éxito, porque esta se vió obligada en 1783 á abandonar todos los puntos ocupados á escepcion de la colonia naciente de Rio-Negro.

Francisco Viedma encargado de dar á este establecimiento todo el auje importancia de que era entónces susceptible, compró de un cacique el curso del rio desde su embocadura hasta San Javier, y supo captarse tan bien la voluntad de los naturales, que tuvo la satisfaccion de ver que aquellos hombres, tan altivos y celosos de su independencia, le ayudaban espontaneamente á la construccion del fuerte del Cármen que en breve puso al abrigo á los habitantes, reducidos hasta entónces á vivir en lóbregas cavernas. Cediendo, á instancias de Viedma, se decidió el virey de Buenos-Aires, en 1781, á enviar al Cármen setecientos treinta y cuatro individuos procedentes de las montañas de Galicia; y desde aquel momento adquirió la colonia una verdadera importancia.

En 1782, se encargó al piloto Ba-

silio Villarino que remontase el curso del rio para buscar un paso hácia el Chile por el rio de Mendoza, que se suponia ser uno de los afluentes del Rio-Negro; pero esta esploracion interesante bajo el punto de vista jeográfico no produjo ningun resultado material para la colonia del Cármen (1).

Todo iba á gusto de los colonos del Rio-Negro, cuando Juan de la Piedra, nombrado en 1784 comandante de aquella poblacion, tuvo la loca idea de hacer la guerra á las naciones indíjenas, y atacó al cacique, cuya alianza con los Españoles habia favorecido hasta entónces el progreso del establecimiento. La reducida tropa de Piedra cometió en esta desgraciada campaña un rigor nada á propósito contra los salvajes que eran víctimas de él; mas no tardaron estos en desquitarse, tanto que los compañeros de Piedra tuvieron que replegarse hácia Buenos-Aires. Apesar de esto se mantuvo la colonia, gracias á las fuerzas que el gobierno español mantenia en aquel punto. El comercio llegó á ser tambien muy activo por un efecto de la abundancia de sal recojida en las cercanías de la poblacion.

La colonia de San José fué mas desgraciada. Parece que la conducta imprudente de un gobernador español causó su ruina cuando comenzaba á prosperar tanto como la del Rio-Negro, y que contaba ya veinte mil cabezas de ganado. Escritor hay que dice recordar aquella catástrofe en pequeño las vísperas sicilianas. Segun relacion de uno de los tres Españoles que escaparon de las manos de los salvajes, habiéndose reunido muchas tribus de Patagones marcharon contra la colonia, acamparon en las cercanías, y un dia de fiesta, mientras que todos los habitantes de la poblacion estaban sin armas oyendo misa en la capilla, les cercaron, acometieron y degollaron. Los tres únicos que se salvaron de tan horrible carnicería debieron su vida á la amistad que tenian con algunos Indios. La colonia fué enteramente destruida, las casas quemadas y una gran parte de los ganados arrebatada.

La poblacion del Cármen estaba como destinada á ser una mazmora. Hácia el año 1809, en el momento en que los criollos de Buenos-Aires comenzaron el movimiento insurreccional que produjo su emancipacion de la monarquía española, cinco de los patriotas mas decididos valientes fueron desterrados á Patagonia por el virey Limiers. Los ejemplos de semejantes deportaciones por causa política serenovaron despues con mucha frecuencia, y esto contribuyó mas á exasperar los ánimos.

Como todo lo que nos resta decir es relativo al Cármen, antes de pasar adelante creemos oportuno hacer una descripcion de aquel establecimiento.

Descripcion de la poblacion del Cármen. Está situada en la línea que, segun la mayor parte de los jeógrafos, separa la Patagonia del territorio de Buenos-Aires; es decir, cerca del 41° de latitud austral y por 64°45' de lonjitud oeste de Paris. La poblacion se levanta en la márjen del Rio-Negro, dominada y protejida por un fuerte de forma cuadrada que domina las cercanías y el curso del rio á cierta distancia del pueblo. Aunque situado á seis leguas de la embocadura del rio, este establecimiento, es el único que ha quedado en pié en las costas de la Patagonia; los buques, aun los de muchas toneladas, llegan muy cerca y fondean con seguridad en aguas muy tranquilas y profundas. El aspecto del Cármen es agreste y pintoresco. Los sauces que sombrean las orillas del Rio-Negro, los terrenos de aluvion, que por ambos lados presentan una larga banda de verdor, los altos acantilados ó tajadas rocas que de distancia en distancia levantan sus pe-

(1) Mr. de Orbigni posee el manuscrito orijinal é inédito de este viaje en lo interior del continente americano. Asegura que tiene un gran carácter de verdad y exactitud, lo cual le permitirá hacer uso de él para la parte jeográfica de su obra. La publicacion de las observaciones de Villarino será de un gran socorro para lo delineado del curso del Rio-Negro y de algunos de sus afluentes sobre los mapas de la estremidad de la América.

ladas cabezas, y cuyos costados, impregnados de tierra vejetal, están poblados de verdosos árboles, todo aquel fresco paisaje, que se desarrolla y serpentea á lo largo de la grande arteria de la Patagonia, presenta un estraño contraste con los desiertos comarcanos.

La poblacion del Cármen podrá ascender á unos seiscientos habitantes, compuestos de los primeros colonos, labradores ó criadores de ganados, la mayor parte procedentes de las Castillas, comerciantes de varias naciones, negros esclavos, empleados como obreros en los diversos talleres, y Gauchos desterrados por crímenes.

El clima es templado, muy apacible durante una gran parte del año y sumamente saludable. Hiela muy poco en el Cármen, y jamás nieva. Sin embargo, jeneralmente hace mas frío que en ciertas localidades situadas á la misma distancia del Equador en el hemisferio boreal: esta diferencia debe atribuirse á los hielos eternos de los Andes chileñas, y al poco obstáculo que las vastas llanuras de la Patagonia oponen á los vientos que soplan de las rejiones magallánicas. Las noches en particular son estremadamente frias á causa de la ausencia del sol, que deja libre la influencia del viento, único azote en aquel punto privilejiado. Rara vez llueve en la Patagonia: los vientos de oeste que producen la sequedad soplan casi de continuo; y esta sequedad es tal jeneralmente que casi al punto queda evaporada la lluvia, y los cuerpos de los animales se disecan al contacto del aire, quedando así muchos años sobre el suelo mismo sin descomponerse.

El comercio del Cármen consiste en sal recojida en sus salinas naturales, en cueros, lana de carnero, carne salada, granos, peletería, plumas de nandu, frutas, tales como manzanas y uvas, aceite de foca, y jamones tan estimados en Buenos-Aires, como lo son en España los de Galicia. Los habitantes hacen tambien un comercio activo con los Indios, que á este efecto acuden como enjambres á las cercanías del establecimiento. Por algunas baratijas, aguardiente y tabaco, compran á los Patagones los ricos tapices que fabrican con el pelo de los guanacos, zorras, mofetas y avestruzes; los Aucas y los Fuelches de las Pampas les llevan sus tejidos de lana, riendas y cinchas de cuero trenzado, así como hermosas peleterías.

La poblacion está gobernada por un comandante militar, delegado y representante del gobierno de Buenos-Aires, y por un administrador de aduanas. El primero ejerce un poder absoluto en la colonia, escepto en materias de rentas, cuyo ramo está á cargo de dicho administrador que recauda los de todas clases,

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE LOS ESTABLECIMIENTOS ESPAÑOLES EN LA PATAGONIA.

No podia dejar de resentirse la parte de la Patagonia fronteriza con Buenos-Aires del golpe de la revolucion que hubo en aquel estado en 1810. El partido republicano triunfó, y no tardó en hacer marchar un cuerpo de tropas contra el Cármen, á fin de apoderarse de aquella colonia. La espedicion tuvo el éxito apetecido sin perder un hombre; pero el delegado del gobierno de Buenos-Aires abusó de la docilidad de los habitantes portándose como el déspota mas intolerable; tomó en rehenes cuantos poseian alguna cosa, arruinó la agricultura con sus exacciones, y oprimió la poblacion por cuantos medios son imajinables. Esta conducta impolítica debia causar infaliblemente una reaccion: los habitantes, exasperados por las iniquidades del comandante, se asociaron con afan á los proyectos de dos desterrados Españoles que conspiraban contra la autoridad republicana. Escojióse muy juiciosamente el momento de la ejecucion en 1812. Montevideo estaba sitiado por los patriotas, y esta importante operacion inquietaba estraordinariamente al gobierno revolucionario, al mismo tiempo que dividia las



Gaucherel del. Lemaitre direxit

Village du Carmen sur le Rio-Negro. Pueblo del Carmen sobre el Rio Negro.

fuerzas de que podia disponer. Los conspiradores no perdieron un instante: se apoderaron de un buque de guerra estacionado en el rio, y no fué necesario mas: la autoridad española reemplazó á la tiranía de un gobernador culpable, mas el triunfo no fué muy duradero. Amenazado el Cármen de nuevo por un batallon republicano, se sometió humildemente como la primera vez. Desgraciadamente fueron los habitantes quienes pagaron por los conspiradores. Los propietarios vieron sus ganados muertos, sus casas saqueadas y sus campos talados. ¡Golpe terrible para la pobre colonia! Detestados por los patriotas á causa de su connivencia con los partidarios de la autoridad real, atacados en su caudal y hasta en sus medios de existencia, los habitantes se vieron reducidos á la mayor miseria, de modo que, obligados á vivir de la caza, se desparramaron por los llanos y las orillas del rio, donde pasaron algun tiempo la vida nómada y precaria de los indíjenas.

No solamente fueron funestos á los colonos tales desórdenes, sino que lo eran tambien y de una manera muy sensible á los nuevos dueños del pais. Estos echaron de ver muy luego que no les quedaba ya nada que tomar y que vendria momento en que los establecimientos agrícolas, completamente arruinados, no producirian ni aun para proveer á la subsistencia de la guarnicion. Forzoso fué en consecuencia dejar la plaza, y así lo hizo el comandante, confiando á un subalterno el difícil cargo de mantenerse en un pais donde en adelante todo debia conspirar contra la dominacion de Buenos-Aires.

En tanto, el esceso de la miseria habia forzado á los habitantes á restablecer con los indíjenas relaciones de comercio que hasta entónces les habian sido repugnantes. Los Indios Aucas les llevaban peletería y los tejidos que fabricaban, y los colonos les daban en cambio lo poco que habian podido salvar del naufrajio de su propiedad. Este tráfico atrajo poco á poco á los naturales, y les sujirió la idea de ir á saquear las fronteras del estado de Buenos-Aires, para ir á vender consecutivamente el producto de sus rapiñas á los Españoles del Cármen. Este jénero de negociar tan singular fué provechoso á unos y otros, de modo que insensiblemente aquella poblacion que poco antes se hallaba en el mayor apuro, recobró un aspecto de prosperidad. Notaron los habitantes que el ganado bacuno que habia quedado en paz despues del degüego de los colonos, se multiplicó prodijiosamente; un cacique, despues de haberse asegurado de la venta de todo el ganado que pudiera llevar al Cármen, cojió y condujo cerca de mil reses en dos viajes. Esto bastó para mover á los colonos el deseo de aprovecharse de un precio tan ventajoso: fueron pues á la península, y todos los años en la misma época atravesaban valerosamente los áridos desiertos de la Patagonia para ir á buscar reses. Así consiguieron recuperar lo que habian perdido y dar nuevo impulso á la agricultura, fuente principal de su riqueza.

Sin embargo, en 1819 vino un peligro muy cercano á poner otra vez en cuestion la existencia de la colonia resucitada. Los soldados que el comandante republicano habia dejado en el Cármen, despues de los desórdenes de 1812, se insurreccionaron, asesinaron al gobernador, cometieron los crímenes mas horribles, y trataron aquel desgraciado pais como provincia conquistada. Cuéntase que en su embriaguez de sangre fusilaron algunos de sus oficiales y forzaron los demás á llevar arrastrando sus cadáveres al sitio donde ellos mismos habian de ser enterrados vivos hasta el cuello. Estos hijos perdidos de la república de Buenos-Aires se vieron en breve obligados á poner término á sus horrores: atacados por las tropas del gobierno central, huyeron cobardemente y se refujiaron en el pais de los Aucas, donde continuaron su vida de bandidos.

El Cármen se habia resentido de esta dura sacudida, pero muy luego se repuso redoblando su actividad

comercial. No encontrando ya los Indios ganados en San José, adoptaron el medio de robarlos en las haciendas de los paises limítrofes; y fueron en breve tan espertos en aquellos latrocinios, que no sabiendo que hacer de las reses que caian en sus manos, iban á venderlas á Chile y á otras partes mas lejanas. Asegúrase que ascendió á mas de 40 mil el número de las reses vacunas vendidas por los indíjenas á los colonos del Cármen en los tres años del gobierno del comandante Oyuela. Con esto puede uno formarse una idea de lo mucho que se estendió en aquella época el comercio de cueros y de carne salada. Comerciantes de Buenos-Aires hicieron inmenso caudal en poco tiempo entre los Patagones, á costa de sus propios compatriotas, cuyos rebaños pasaban sucesivamente á manos de los salvajes, y á las de los mas descarados compradores. El gobierno de la república hubiera podido reprimir tan insolente usura ó latrocinio, en vez de dar lugar á vituperarle por su indiferencia sobre un estado de cosas tan contrario á todo principio de justicia y moralidad.

No fueron las relaciones mercantiles de los colonos con los naturales la única causa de la importancia que estos adquirieron en la época de que hablamos. Un acontecimiento imprevisto y muy grave vino á recordar á los colonos los peligros de su posicion en medio de las tribus bárbaras, cuya timidez y desunion habian producido hasta entónces su debilidad. Durante la guerra de la independencia que ensangrentó las llanuras de Buenos-Aires, un oficial del partido español, llamado Pincheira, se desertó y pasó á los Indios con la mayor parte de sus soldados. Adoptó la vida de homicidio y saqueo que ejercian entónces los Araucanos, y haciéndose cabeza de una banda terrible, entre la cual se encontraban cerca de trescientos hombres armados á la europea y disciplinados, taló las fronteras de las repúblicas de Buenos-Aires y de Chile. No tardaron las demás tribus de indíjenas en reclutar numerosos desertores; este contajio se propagó entre los Gauchos, y aun, segun cuentan, algunos arrendadores, que preferian el gusto del robo á mano armada, á los tranquilos goces de la vida doméstica. Por último la audacia de los bandidos se acrecentó á tal punto que nadie estuvo ya seguro en la estancia mejor guardada, ni en los asilos que se distinguen en aquel pais con el nombre de casas fuertes.

Estos desórdenes han continuado desde aquella época menos sangrientos, y por consecuencia menos temibles, pero siempre tan funestos á los intereses y á la tranquilidad de los habitantes. Los colonos de los establecimientos españoles están en contínua alerta, temiendo á cada instante las agresiones de los dignos compañeros de Pincheira.

La guerra que estalló en 1826 entre el Brasil y Buenos Aires, tuvo una singular influencia en el Cármen. Habiendo bloqueado la escuadra brasileña el Rio de la Plata, los corsarios de la república arjentina, mal protejidos por los fuertes de la Ensenada y de Tuyu, conducian al Rio-Negro las numerosas presas hechas á la marina del Brasil. El suelo del Cármen fué entónces pisado por jentes de todas naciones, que cargadas de botin y poco escrupulosas en puntos de moral, introdujeron en la pacífica colonia, convertida para ellos en una tierra neutral, el gusto á los artículos de lujo y de las costumbres licenciosas. Bien es verdad que lo que el Cármen perdió con respecto á las costumbres lo ganó de parte del bienestar y del progreso material. El concurso de los estranjeros, la presencia de los oficiales de corsarios, que gastaban locamente el fruto de sus rapiñas, produjeron un movimiento mercantil estraordinario, y aumentaron considerablemente la riqueza de los habitantes. No era ya la modesta poblacion adonde los Indios conducian sus ganados por el precio mas módico: los Patagones se habian vuelto un centro importante y el punto de reunion de todos los individuos, Europeos y Americanos, entre los cuales habian



Gaucherel del. Lemaitre direxit.

Mouillage et ruines Espagnoles à Port-désiré.

Fondeadero y ruinas Españolas en Puerto-deseado.

despertado las guerras de las repúblicas vecinas ideas de codicia y amor á las aventuras.

Irritados los Brasileños de la prosperidad de un establecimiento que era como el depósito de las mercancías que les robaban, concibieron en 1828 el proyecto de arrebatarlo á á la república de Buenos-Aires. Nó tardaron pues en presentar cinco navíos de guerra en la embocadura del Rio-Negro: tres solamente consiguieron franquear la barra del rio, y avanzaron hácia la colonia. La única defensa del Cármen eran algunos marineros de corsarios, algunos soldados de infantería y la milicia del pais, compuesta de los habitantes y de los Gauchos. Hubo juntas, se tuvo consejo, y todos unánimes fueron de dictámen que se hiciera la defensa. Los capitanes de los corsarios armaron inmediatamente dos buques, y de acuerdo con todos los marinos tomaron la resolucion de atacar los navíos, en tanto que la caballería cayese sobre las tropas enemigas. El jeneral brasileño, Inglés de oríjen, creyó que con soldados aguerridos era fácil vencer á un puñado de hombres indisciplinados, y apoderarse del establecimiento. Sin pérdida de tiempo, al dia siguiente, ejecutó su desembarco, echando á tierra setecientos hombres, y dejando poca jente á bordo de los navíos. A la parte abajo del rio habia que andar seis leguas para llegar al Cármen. El guia que llevaba le aconsejó, temiendo una emboscada, que echase por lo interior de las tierras para caer al improviso sobre el Cármen; pero entre hombres habituados á las astucias y ardides de los Indios, era imposible que fuesen desconocidos todos los movimientos de los enemigos. Los milicianos, en número de ciento á ciento veinte, tomaron inmediatamente la resolucion de rendirle por sed, y al instante pusieron en ejecucion este proyecto. Las tropas brasileñas, compuestas todas de infantería, se habian puesto en camino sin la precaucion de llevar refresco alguno, de modo que á las cuatro ó cinco horas de marcha forzada en medio de áridos desiertos empezaron á esperimentar una sed devoradora, aumentada por el calor del estío. Acercábase el ejército al punto de su espedicion y queria ocupar el Rio-Negro. Vanos deseos. Encontró la milicia dispuesta á impedírselo: hubo muchas escaramuzas, muchos muertos de una y otra parte. Parecia acalorarse la accion, cuando el jeneral, blanco de los Gauchos, á causa de su uniforme, guarnecido de alamares de oro, fué derribado de un balazo. Desalentó su jente: una sed cruel atormentaba los soldados y les hacia murmurar; los oficiales trataban en vano de reunirlos, y el grito jeneral de rendirse les forzó á entregar sus armas á los milicianos, quedando todos prisioneros. Mientras que los habitantes del Cármen alcanzaban esta victoria distinguida, los navíos llegaron hasta cerca del fondeadero. Combatieron con ardor, y ya uno de los buques brasileños estaba apresado, cuando la noticia de la derrota del ejército obligó á los otros á rendirse. Tal fué el resultado de icion brasile-dla espe ña. Un rasgo de barbarie y de codicia inaudita acabó con la existencia del jeneral de los vencidos. Apenas fué derribado del caballo, se arrojó sobre él un Gaucho, le despojó de su rico uniforme y advirtiendo que llevaba un anillo precioso, trataba de cortarle el dedo, no pudiendo sacarlo de él. El jeneral no estaba sino herido, y se habia mantenido inmóvil con esperanza de salvarse; pero el dolor que le causó el corte del cuchillo del Gaucho fué tan vivo que le arrancó un jemido, y esto le vendió. El soldado le traspasó entónces el corazon con su sable, y huyó triunfante con la sortija que tanto habia codiciado.

Al año de esta sangrienta lucha se veian todavía los llanos del Cármen sembrados de huesos y plagados de aves de rapiña que se disputaban los jirones de carne disecados por el sol; restos de los cadáveres de los Brasileños muertos en el combate. Sus enemigos los dejaron insepultos, segun parece: esta barbarie es jeneral en los partidos que se hacen

una guerra encarnizada en América, aun en aquellas rejiones donde cierta civilizacion ha penetrado. Los prisioneros brasileños hechos en el combate del Cármen, para desembarazarse de ellos los vencedores, fueron enviados á Buenos-Aires, á pié, en la estacion mas calorosa del año, y á cargo de oficiales tan bárbaros como sus subalternos. Aquellos desdichados anduvieron mas de doscientas leguas por desiertos áridos y ardorosos, devorados de la sed, sometidos á las privaciones mas duras y al trato mas inhumano. Un gran número de ellos pereció en el camino; otros, rendidos de cansancio ó debilitados por las enfermedades, no pudieron seguir el convoy y fueron abandonados en aquellas llanuras inhospitalarias. A su regreso, los soldados que los habian escoltado, se jactaron de haber adquirido nuevos títulos á la gratitud de sus compatriotas, por la manera con que habian perseguido á los infortunados prisioneros.

Ya se ha visto que bajo el imperio de las circunstancias se acrecentó la prosperidad del Cármen de una manera estraordinaria. Por una consecuencia muy natural y fácil de prever, aquel feliz estado de cosas debia desaparecer tan luego como cesara la concurrencia de los corsarios estranjeros. Efectivamente, la paz celebrada en 3 de octubre de 1828, entre el Brasil y Buenos-Aires, fué la señal de la decadencia de aquella colonia, comenzando para ella una nueva era de calamidades y de ruina. Los Indios volvieron á emprender el curso de sus devastaciones, y el terror que difundieron en ambas orillas del Rio-Negro fué tal, que un gran número de habitantes del Carmen fueron á buscar en las cercanías de Buenos-Aires la tranquilidad de que no podian ya gozar próximos á los Aucas y Patagones. Esta colonia que tantas alternativas ha tenido de dicha y de adversidad, se halla hoy dia en el estado mas deplorable; siendo de temer que de la indiferencia del gobierno de Buenos-Aires resulte su total aniquilamiento. Entónces los salvajes de la Patagonia, libres en adelante del contacto de los estranjeros, campearán insolentemente en la morada del hombre civilizado, y suspenderán los arneses de sus caballos de los artesonados que aun resuenan actualmente con los sonidos de una música armoniosa. La destruccion de la colonia del Cármen será una verdadera pérdida para los navegantes, y los comerciantes de Buenos-Aires, y hará además sumamente difícil cualquiera otro establecimiento de colonia en los mismos paises.

ESTRECHO DE MAGALLANES.

El gran diccionario publicado en 1829 por Piquet, se espresa así en el artículo *Estrecho de Magallanes*: «La entrada del lado del Atlántico se encuentra por 70° 38' de lonjitud occidental, entre el cabo de las Vírjenes, bajo 52° 21' de latitud sud, y el cabo del Espíritu Santo, bajo 52° 14'. Tiene diez leguas de ancho. La del lado del gran Océano se encuentra por 77° 14' de lonjitud occidental entre el cabo Victoria, bajo 62°19 de latitud sur, y el cabo de los Pilares, bajo 52° 46. Tiene once leguas de ancho desde el cabo de las Vírjenes al cabo Froward, que determina con corta diferencia el medio del estrecho: este se dirije jeneralmente al sudoeste; del cabo Froward al de las Vírjenes se dirije al nordeste, y su lonjitud total es de ciento treinta leguas. La parte mas estrecha se encuentra cerca de la entrada oriental, y está determinada por el cabo Orange, estremidad norte de la Tierra del Fuego, y puede tener una media legua de ancho. Se ha contradicho la existencia de dos grandes pasos atravesando la Tierra del Fuego, el canal de S. Sebastian, que une el estrecho al Atlántico, y el canal de Sta. Bárbara que le pone en comunicacion con el gran Océano. Las costas de este estrecho son en jeneral muy elevadas, llegando en muchos parajes á dos y tres mil piés de altura perpendicular sobre el nivel del mar, ofreciendo numerosas aberturas ó bahías. En jeneral es muy vio-

lento en este estrecho el viento de oeste. Entre el canal de San Jerónimo y la bahía de Gallant, la costa norte (Patagonia) presenta una perspectiva variada y muy grata, al paso que á lo lejos (al sur) se columbran picos y montañas cubiertas de nieve. Ofrece una sucesion de montañas, colinas y llanuras, regadas por rios y arroyos, y se encuentran algunas radas seguras. »

Vamos á completar y rectificar sobre ciertos puntos esta breve descripcion del estrecho, á que dió su nombre su primer esplorador, el ilustre Magallanes.

Considerado este estrecho en su totalidad, presenta la figura de un ángulo obtuso, cuyo centro está al sur, y cuyas costas se elevan hácia el este y el oeste, profundamente cortadas al este por tres relieves ó desigualdades, determinadas por dos boquetes, y al oeste por una infinidad de islas, bahías ó promontorios y corrientes de agua. Wallis traza del modo siguiente el cuadro de las distancias respectivas de los principales cabos y bahías que cortan particularmente la costa norte.

	Millas.
Del cabo de las Vírjenes a la punta Dungueness. . . .	5
De esta á la de la Posesion. .	18
De esta última al costado meridional del primer boquete	27
De allí al cabo Gregorio. . .	25
De este cabo á la punta de la isla del Delfin.	14
De esta última á la punta septentrional de la isla Isabel.	14 $\frac{3}{4}$
De allí á la punta de Porpass.	12
De esta punta á la bahía de Agua dulce (Freshwater) .	22 $\frac{1}{2}$
De esta bahía al puerto del Hambre.	13 $\frac{2}{3}$
De este puerto al cabo Shatup	12
De este cabo á la isla del Delfin	7
De esta isla al cabo de Froward	11
De allí á la punta de la bahía de Sung.	8
De la punta de esta bahía al cabo Holand.	13 $\frac{2}{3}$
Del cabo Holand al Galland. .	21 $\frac{1}{2}$
De este á la bahía de Isabel. .	11 $\frac{2}{3}$
De esta bahía á la punta de York.	6 $\frac{1}{3}$
De la rada de York al cabo Quade.	21
De este al de Notelz. . . .	21
De este último al de Monday.	28
Del cabo Monday al Upright.	13
De este punto al cabo de los Pilares.	50
	376 $\frac{1}{12}$

Despues del viaje de Wallis han recorrido y estudiado otros navegantes los tortuosos contornos del estrecho de Magallanes. A ellos, y en particular al capitan Barker-king, somos deudores de los documentos mas exactos sobre este sitio tan importante á la ciencia náutica.

El estrecho de Magallanes es quizás el lugar mas pintoresco del globo y el mas digno de ser descrito por los poetas. Con justo motivo es el objeto de la admiracion de los marinos. ¿Dónde se encontraria en efecto, dice el capitan Duhaut-Cilly, un estrecho tan profundo, tan largo, tan navegable, y sin embargo tan cerrado, ofreciendo tan gran número de puertos naturales y de fondeaderos seguros y cómodos? Agua escelente por todas partes y leña en abundancia, caza, pesca y mariscos; en fin, todos los recursos que puede ofrecer un pais, hasta ahora inculto y casi inhabitado.

A la altura de la bahía Gregorio no ofrece el pais por ambas partes del estrecho sino llanuras rasas como el resto de la Patagonia. En el cabo Negro, algo mas lejos, toma de repente los caractéres del suelo de la Tierra de Fuego. El viajero se sorprende al ver en un espacio de veinte millas una mudanza tan rara en el paisaje. Aun es mas admirable el contraste si se llega hasta el puerto del Hambre, á setenta millas de la bahía Gregorio. Allí se ven las montañas cubiertas de bosques impenetrables, combatidas sin cesar por las lluvias y las tempestades, mientras que un cielo puro y un sol brillante iluminan con luces espléndidas llanuras estériles y arenosas en las cercanías del cabo Gregorio.

En el puerto del Hambre se estiende la vista sobre masas de rocas gra-

níticas, y bosques tan espesos que para dirijirse allí con seguridad, es preciso no perder la brújula de vista. El monte Tarn, que se eleva á 2600 piés sobre el nivel del mar, domina la bahía donde, como hemos visto en la noticia sobre la Patagonia, fundaron los Españoles un establecimiento. Durante el invierno es sombrío y melancólico el aspecto de este lugar, tristemente célebre. La nieve cubre las montañas comarcanas, y una nube glacial se estiende como una sábana por todo aquel pais. En ninguna parte del estrecho se ven árboles tan hermosos como en el estrecho del Hambre. El capitan Duhaut-Cilly díce que quedó absorto por la belleza de los bosques que guarnecen el rio, cuyas aguas se pierden en el fondo de la bahía. Midió árboles que tenian seis piés de diámetro, y mas de cincuenta hasta las ramas, sanos y derechos como palos de navío.

Las tripulaciones de las naves que fondean en aquel puerto, cazan muchas especies de aves, en particular gansos, patos silvestres, cercetas, gallinetas, chorlitos reales y otras. Algunos Patagones errantes se muestran comunmente en la orilla y van á hacer un comercio de cambios con los marinos. Los toldos de estos Indios se ven á lo lejos, dando al pais un carácter todavía mas singular.

Antes de llegar al cabo Froward, que se avanza á la estremidad de la provincia de Brunswick, se alarga el estrecho y da entrada á los canales de San Gabriel y la Magdalena. Las orillas del primero de estos pasos están cubiertas, hasta el puerto Waterfall, de inmensos ventisqueros que alimentan de trecho en trecho magníficas cascadas, superiores, con respecto al número y elevacion, á todas las que se conocen. En una estension de nueve á diez millas se cuentan mas de ciento cincuenta torrentes que despeñan sus bulliciosas y espumosas aguas en el canal, desde una altura que varía de mil quinientos á dos mil piés ingleses. Algunos de estos torrentes están tapados por el follaje de los árboles que sombrean sus márjenes: pero al llegar á la metad de la caida aparecen de repente á la vista, como si brotasen de en medio de aquellos espesos bosques! Otros se reunen al fin de su curso, y desembocan juntos en el mar entre una nube de vapores. Las formas variadas y los accidentes de estas cascadas, el contraste que ofrecen con el follaje sombrío de los árboles de que están cubiertos los flancos de las montañas; el monte Buckland, cuya cima cubierta de un eterno manto de nieve se eleva en los aires bajo la forma de un gracioso obelisco; las blancas nubes que se paran al frente de aquellas alturas volcánicas; todo esto presenta á los ojos del viajero un espectáculo cuya belleza es imposible describir. Quizás no hay en el mundo entero una escena de la naturaleza que iguale en lo grandioso y pintoresco á la que se contempla en aquella parte del estrecho de Magallanes.

Las aguas del cabo Froward abundan en cetáceos, focas y marsoplas. El agua que allí arrojan las ballenas en brillantes chorros, presenta una particularidad notable, pues forma en los aires nubes plateadas, visibles, por mas de un minuto, clara y distintamente, á distancia de cuatro millas.

Del cabo que acabamos de citar al puerto de Gallant se prolonga la ribera septentrional casi en línea recta. En la parte opuesta se encuentra al contrario una multitud de pasos guarnecidos de altas montañas, separadas unas de otras por barrancos profundos. Las dos orillas están cubiertas de una vejetacion vigorosa, bien que los árboles de la parte meridional son menores. El aspecto de esta parte del estrecho, lejos de ser horrible, como dice Córdoba, es en la estacion benigna sumamente interesante y pintoresco. Es innegable que las montañas mas elevadas están privadas de verdor, pero sus crestas, cubiertas de nieve, hacen un contraste de los mas poéticos con el terraplen inferior que se halla enteramente revestido de verdor. El paisaje se halla tambien variado por

los colores con que se adornan, durante el otoño, los arbustos que se elevan en la orilla.

Al norte de la entrada occidental del estrecho y al este de las tres isletas de la Victoria, está el golfo de la Trinidad, donde hay como arrojadas una infinidad de islas diferentes, que reunidas tienen el nombre de archipiélago de Toledo. La de la Madre de Dios es la principal. Separada esta isla del continente por el canal de la Trinidad, ancho de unas cuatro leguas, tiene cerca de 25 leguas de largo de norte á sur, 15 de ancho y termina al nordeste por el cabo de tres puntas. El eje de esta isla está situado por 50° 10' de latitud sur, y 77° 45' de lonjitudoriental. Los Españoles establecieron un apostadero en la isla de San Martin, y factorías en muchos puntos de la costa occidental de este archipiélago. El capitan Parker-King ha señalado en los mismos parajes el grupo de Guayanaco, compuesto de islotes, uno de los cuales contiene una alta montaña llamada *Nevada de Captana*; y por arbitrariedad ó capricho ha dado el nombre de Wellington á una isla que los Españoles denominaron *Campana*, y ha visitado tambien las islas *Lobos y Roca partida*. Estas tierras están situadas á corta distancia de la orilla occidental de la Patagonia en la direccion de sur á norte, desde el cabo de Sta. Isabel hasta el golfo de Penas. «Se sabe muy poco de este archipiélago, dice Maltebrun; tan solo que es peñascoso, montañoso y de un aspecto desagradable. Está separado del continente por el canal de la Concepcion, y en la costa de este van á terminar los Andes, cuyos flancos se cubren allí de enormes ventisqueros.

Para terminar esta descripcion harto rápida del estrecho de Magallanes, deberíamos dar algunos pormenores sobre los vejetales y los animales que se encuentran en sus orillas y en sus aguas. Pero la concision que nos hemos propuesto impiden estendernos á mas. Contentarémonos pues con referirnos, para gobierno del lector en cuanto á la zoolojía, á una carta del capitan King, inserta en dos fragmentos en el *zoolojical journal* de Lóndres, tomo III, páj. 422, y tomo IV páj. 91; acerca de la botánica, á la relacion de la espedicion del *Beagle* y de la *Aventura*, y particularmente á la parte de esta obra redactada por Darwin.

El estrecho de Magallanes ha sido descuidado mucho tiempo por el estrecho de Lemaire, situado entre la Tierra del Fuego y la isla llamada Tierra de los Estados. Pero este último estrecho ha sido despues abandonado, particularmente desde que el capitan King, que es autoridad en la materia, ha negado positivamente las ventajas de la navegacion en este peligroso paso. Hoy dia las naves si no prefieren atravesar el estrecho de Magallanes, que ahorra mucho camino, doblan la Tierra de los Estados, van hasta mas abajo, doblan el cabo de Hornos, situado á la estremidad sur de la mas meridional de las islas del Ermitaño, y remontan al Océano Pacífico, siguiendo á larga distancia la costa sudoeste de la Tierra de Fuego. Pero este derrotero de ningun modo es preferible al del estrecho de Magallanes. Las dificultades para doblar el cabo de Hornos son grandísimas: los vientos y las corrientes son tan mudables en estos parajes, que el marino debe preferir á ellos lo largo y el fastidio de una navegacion que ofrece pocos peligros, y que presenta ventajas efectivas para el resto del viaje. Efectivamente, cuando uno ha salido del estrecho, reinando los vientos de la parte del oeste, y mas frecuentes al norte que al sur, son favorables para estenderse por la costa; y en el caso en que no guardasen constantemente esta direccion, no habria la esposicion de abismarse en el mar, comparativamente mas tranquilo en aquella altura; al paso que un buque que ha doblado el cabo de Hornos, si el viento es nordeste, debe correr al este de las islas Malvinas, donde está entregado á fuertes brisas, y á un mar terrible que le coje de través y le fuerza á desafiar al viento para remontar hácia el norte y apartarse así de su verdadero derrotero.

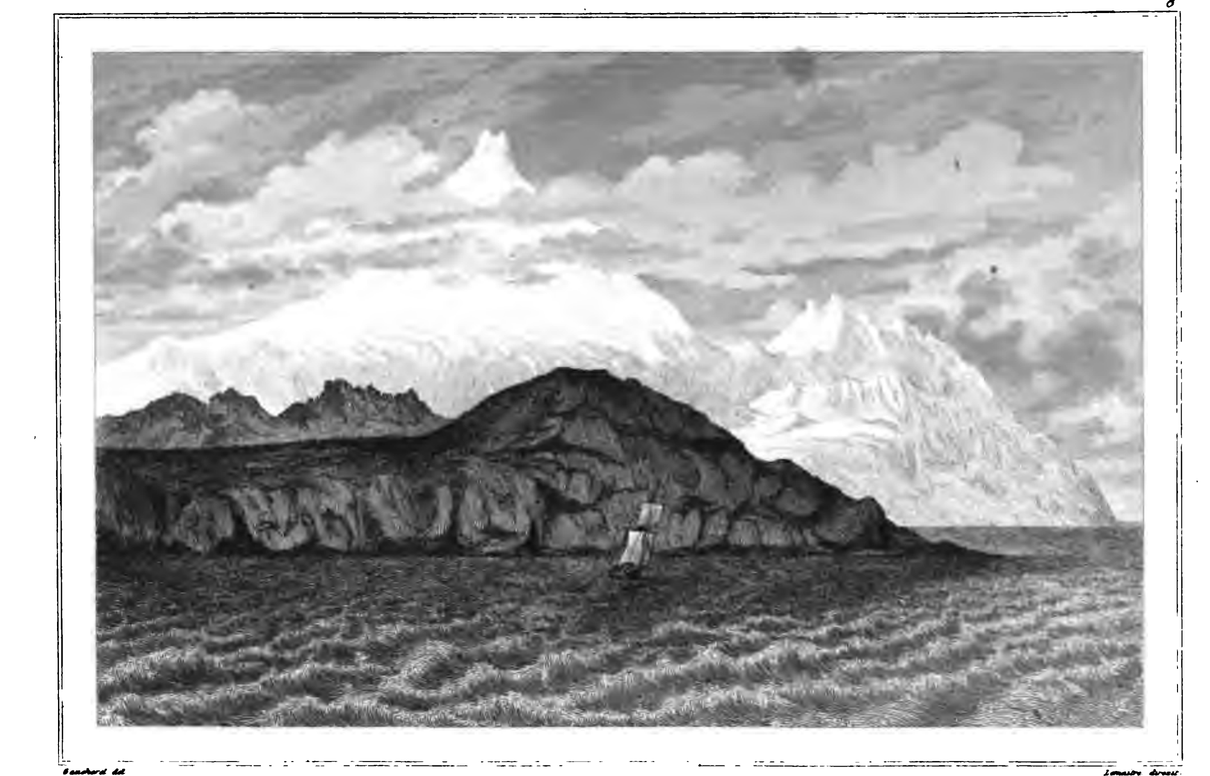
Segun esto, se comprende lo im-

portante que es hoy dia el estrecho de Magallanes para penetrar en el Océano Pacífico. Por tanto no hay duda que dentro de algunos años será tan conocida como los demás puntos remotos del globo esta preciosa comunicacion entre los dos mares. Acaso pensará tambien alguna potencia europea, interesándose por el comercio, en fundar en sus costas un establecimiento formal. La triste suerte de la colonia del Puerto del Hambre, es sin duda un doloroso precedente, pero no bastante para desalentar en lo sucesivo. Se han visto mantenerse y aun prosperar establecimientos en parajes mucho menos hospitalarios que el estrecho de Magallanes, y colonos intelijentes pudieran sacar un partido ventajoso de los recursos que ofrecen en caza, pesca, aguas potables y maderas las innumerables bahías de la estremidad sur de la Patagonia.

TIERRA DEL FUEGO.

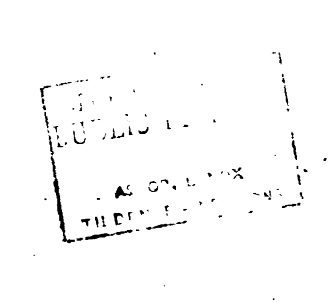
Descripcion jeneral.— La Tierra del Fuego, así llamada, á causa des humo que los Españoles, como prismeros esploradores, vieron de lejo elevarse de los toldos ó chozas de los indíjenas, está situada por los 53 y 56 grados de latitud austral, 67°50' y 77° 75' de lonjitud occidental. Formada por una inmensa aglomeraracion de islas, estendiéndose en un espacio de ciento treinta leguas de largo sobre ochenta de ancho, está limitada al norte por el estrecho de Magallanes; al este por el Océano Atlántico; al sur por el Océano Austral; y oeste por el mar del sur. Las principales islas de este archipiélago y las que bañan las aguas del estrecho de Magallanes pueden ser descritas como sigue, en cuanto á la configuracion esterior de sus costas.

Partiendo al este del promontorio de la Reina Carlota, que forma el costado sur de la entrada del estrecho, la costa de la grande tierra llamada *King Charles Southland*, desciende ó baja del norte al mediodía, inclinándose sensiblemente al este, hasta los cabos de San Vicente y Diego. Desde el cabo de San Vicente hasta el del Buen Suceso, la línea se abaja perpendicularmente hácia el sur. La Tierra de los Estados, situada enfrente, y con corta diferencia, á igual distancia de San Vicente y Diego, forma el estrecho de Lemaire. Del cabo del Buen Suceso á la bahía de Valentin, corre la costa horizontalmente de este á oeste; despues baja hácia el sur en esta direccion, y hundiéndose profundamente, sube hácia el norte para formar la bahia de Nassau. No lejos está la embocadura del canal de San Gabriel, que separa la isla Dawson de la Tierra del Fuego, propiamente tal; la costa meridional está guarnecida de altas montañas, y es quizás la mas elevada de la Tierra del Fuego. Entre sus picos están los montes Buckland y Sarmiento. Ya hemos hablado del primero oportunamente tratando del estreeho de Magallanes. Es un peñasco piramidal, de esquila, cuya punta es agudísima y tiene 1200 piés de altura. El monte Sarmiento se levanta unos 2070 metros sobre el nivel del mar; su base es ancha y termina en dos picos punteagudos, el uno al nordeste y el otro al sudeste, á una distancia respectiva de un cuarto de milla inglesa. Sarmiento, el primero que le descubrió, le dió el nombre de *volcan nevoso*. Visto efectivamente del norte tiene la apariencia de un volcan; pero jamás se han visto en él señales ni trazas de erupcion; tal vez su forma volcánica no es sino fortuita, porque mirado de la parte de poniente, de ningun modo se asemeja á un cráter. Esta montaña es el punto mas alto que se ha observado hasta aquí en la Tierra del Fuego: es como el teatro de los principales fenómenos meteorólijicos de aquellos paises, y su aspecto anuncia el tiempo á los marinos, segun se cubre ó despeja de los vapores que le rodean. Es una especie de barómetro que la naturaleza ha colocado en aquellos sitios donde amenaza al navegante mas de un peligro. Cuando el viento sopla del nordeste ó del sudeste, las nubes ó nieblas que cubren su cima se desvanecen, y entónces presenta la perspectiva mas magnífica.



Goudard del. Lemaitre direxit.

Mont Sarmiento. Monte Sarmiento.



Entre el monte Buckland y el Sarmiento, la cresta de la cadena está ocupada por un estenso ventisquero, cuyo manantial contínuo mantiene las cascadas de que hemos hablado.

La de las islas del Ermitaño, cuya estremidad meridional forma el verdadero cabo de Hornos, está rodeada al este de una infinidad de islotes de poca consideracion, siendo los mas notables el de Barnevelto, las de Cvoust y la isla nueva, que se halla hácia el norte. Desde el cabo de Hornos hasta el del Pilar, que forma el confin nordeste de la Tierra del Fuego, describe un círculo la costa, atravesada por el canal de Navidad, la bahía de Sta. Bárbara y el cabo Glocester. Al entrar en dicho canal se halla un archipiélago cuyas isletas principales son la *Catedral de York* y la *isla de los Tontos y de las Oas* hácia el sur; y en el norte la isla del *Huevo*, y la *Quemada* al nordeste. Mas arriba y hácia la parte del este de la bahía de Sta. Bárbara, se halla un grupo de cinco islotes, con el mayor de los cuales termina el cabo Negro, hallándose detras del cabo Glocester, y subiendo hácia el norte, un vasto archipiélago en el cual puede considerarse situada la isla del Surjidero; cerca de esta se halla el paraje de mas fondo de todo el litoral.

Por lo tocante á las costas septentrionales de la Tierra del Fuego, hemos hablado ya al tratar del estrecho de Magallanes, y por tanto nos ceñirémos á recordar lijeramente sol puntos principales de oeste á este, como la bahía y la ensenada de Separacion situadas á la entrada del estrecho; la bahía de las islas; la ensenada de las Golondrinas; la entrada del canal de Sta. Bárbara, situada en frente de Puerto-Gallant; la entrada del canal de S. Sebastian frente del puerto del Hambre; el promontorio de la Ráfaga, que forma el segundo grupo de la entrada oriental del estrecho; el Mondrano, que forma el primer islote mas hácia el norte y al partir del cual va declinando la costa de norte á sur y de oeste á este, para ir á unirse con el promontorio de la Reina Carlota, que nos ha servido de punto de partida.

Desde el cabo Pilar hasta el de Hornos la costa es muy cortada y desigual; en lo interior se hallan montañas cubiertas constantemente de nieve y cuya elevacion es algunas veces de mas de mil y doscientos metros y nunca bajan de seiscientos.

Al acercarse á la costa se ven muchos brazos de mar que entran en la tierra en todas direcciones y que comunican con grandes golfos, situados detrás de las islas del litoral. Las montañas contiguas al mar son muy verdosas por la parte del este, pero estériles por la del oeste, á causa de estar contínuamente espuestas á los vientos, siendo estos tan fuertes que derriten en un momento la nieve. Casi siempre está nublado ó lloviendo, mostrándose rara vez el sol.

CABO DE HORNOS. — El punto mas importante de la Tierra del Fuego por la parte del sur es sin disputa el cabo de Hornos, cuya posicion hemos indicado al estremo mas meridional de las islas del Ermitaño. Su elevacion es de 152 metros sobre el nivel del mar, y las negras escabrosidades que tiene por la parte del sur son de un efecto muy imponente. Al hablar del estrecho de Magallanes hemos espuesto las ventajas que tiene el paso al través del estrecho; pero como aun no se ha decidido la cuestion acerca de la preferencia de ambos derroteros, darémos algunos pormenores acerca del paso del cabo de Hornos.

Algunos marinos son de opinion que se debe doblar este cabo durante el verano, y otros al contrario opinan que en el invierno. Lo cierto es que allí como en todas partes son temibles los equinoccios, esperimentándose fuertes ventolinas. Los peores meses del año son agosto, setiembre, octubre, noviembre y diciembre, pues entónces reinan los vientos del oeste, las lluvias, la nieve y los ventarrones: diciembre, enero y febrero son los mas calorosos, los dias largos y el tiempo bueno, pero los vientos de oeste, á veces muy vio-

lentos y acompañados de lluvia, reinan en toda esta estacion. Marzo es sin disputa el peor mes del año por las contínuas tempestades y ventarrones que se suceden. La mejor época es muchas veces el periódo de los meses de abril, mayo y junio, á lo menos son de menos temporales: los dias son mas cortos, pero no por eso dejan de parecerse á los de verano. Junio y julio tienen mucha analojía, aunque en este último se notan muchas ventolinas de la parte de este. La poca duracion del dia y el rigor del frio hacen que sea este tiempo muy desagradable, pero es la mas apropósito para pasar á oeste, porque casi todos los vientos son del este. En una palabra, los meses de verano, enero y febrero, son los mejores para pasar del Océano Pacífico al Atlántico; y abril, mayo y junio para regresar al Océano Pacífico. En estos sitios se conocen apenas el relámpago y el trueno. Ráfagas violentas vienen del sur y del surdeste, anunciadas por masas de nubes y acompañadas algunas veces de nieve y piedra que las hace muy temibles. Las naves que salen del Atlántico para ir al gran Océano deben procurar alejarse mas de cien millas de la costa oriental de la Patagonia, tanto para evitar la marea alborotada por las ventolinas del oeste que reinan en el este, como para aprovechar la inconstancia del viento, cuando está fijo en la parte del oeste.

A pesar de todos estos inconvenientes, el paso por el cabo de Hornos, tan temido por los antiguos marinos, no es tan peligroso como lo supuso el almirante Anson. Dampier, Cook y otros navegantes han contribuido á desvanecer el terror que inspiraba este *cabo de las tempestades*: y los viajeros modernos han acabado de disiparlo, pues todos están acordes en que las dificultades que ofrece el paso por el estremo de la Tierra del Fuego, no son mas que las contrariedades ordinarias en todas las altas latitudes; y que hasta los huracanes son como todos los que estallan en tal estacion en los cabos. Sin embargo la derrota por el estrecho de Magallanes es preferible, sobre todo á causa de las calmas que ahorra á las naves que pasan al gran Océano.

ASPECTO DE LA TIERRA DEL FUEGO. —El almirante Anson, en su viaje al estrecho de Lemaire pintó la isla del Fuego con colores muy sombríos: pero Cook, que la visitó despues, atribuye esta mala opinion á la estacion en que estuvieron en ella sus predecesores. « Las alturas, dice, son muy notables, pero no pueden llamarse montañas, aunque se vean peladas sus cimas. El suelo de los valles es muy rico y hondo, y al pié de cada colina corre un riachuelo cuya agua es algo rojiza, sin que deje de tener por esto muy buen gusto. » En la época en que Cook navegaba no habia perdido aun su importancia el estrecho de Lemaire; así es que el capitan inglés pone mucho cuidado en la descripcion de este estrecho, al cual da cinco leguas de lonjitud, indicando además todos los puntos que pueden guiar al marinero. Tambien vindica la Tierra de los Estados, cuyo suelo no le pareció tan inculto como al almirante Anson. Dos años antes, el capitan Wallis, que se hallaba reconociendo las costas del estrecho de Magallanes, se espresaba en términos muy diferentes cuando hablaba de la Tierra del Fuego, bien que estuvo en el mes de febrero que corresponde á nuestro agosto. El contramaestre, á quien envió á buscar un fondeadero, «encontró, dice, muy horroroso y salvaje al pais que baña la costa; todo era montañas escabrosas desde la base á la cumbre, sin el mas mínimo vestijio de vejetacion. Los valles no presentaban un aspecto mas halagueño; hallábanse cubiertos de profundas capas de nieve, escepto en algunos parajes donde habia sido arrebatada ó helada por los torrentes que salen de las grietas de las montañas y se despeñan desde las alturas, formándose y aumentándose con la nieve derretida. Estos mismos valles son tan yermos en los sitios donde no hay nieve como los peñascos que los rodean.

Tales testimonios no son contradictorios mas que en apariencia, pues que conducen á puntos situa-



Goncheret del. Lemaitre direxit

Île de Wollaston près du Cap Horn.

Isla de Wolaston cerca del Cabo de Hornos

dós á una gran distancia. El capitan Parker-King, que ha esplorado cuidadosamente toda la Tierra del Fuego, confirma lo que ha dicho Cook. Añade que en casi todas las islas que ha visitado es mágnífica la vejetacion, y que ha visto la verónica y alguna otra flor que en Inglaterra son miradas y cultivadas como plantas muy delicadas. Estos vejetales, añade aquel navegante, estaban en perfecta flor á muy corta distancia de la base de una montaña cubierta de nieve hasta las dos terceras partes de su altura. Tambien vió colibris ó pájaros moscas, chupando el aroma de las flores, al cabo de dos ó tres dias de lluvias y nieves, durante los cuales habia estado el termómetro á punto de conjelacion. En fin, Mr. Fitz-Roy afirma que en ninguna época del año caen del todo las hojas de los árboles de la Tierra del Fuego. De estas diferentes relaciones se deduce que si aquel pais no tiene un aspecto muy hospitalario, al menos está muy lejos de ser tan espantoso como han afirmado ciertos viajeros.

La relacion siguiente de una escursion hecha por Banks y Solander, para estudiar las riquezas de la parte sur de este pais, puede ser considerada como el lado espantoso del cuadro.

AVENTURA DE BANKS Y DE SOLANDER.

Estos viajeros, que en calidad de naturalistas acompañaban al capitan Wallis en su viaje al rededor del mundo, encontrándose á mediados de diciembre de 1766 en el estrecho de Magallanes y muy cerca de la costa de la Tierra del Fuego hácia un punto donde el desembarco no ofrecia dificultad alguna, resolvieron no abandonar este paraje sin renovar la escursion que habian intentado ya sobre aquel suelo, donde esperaban descubrir verdaderas riquezas científicas. Ya hemos dicho que el mes de diciembre corresponde bajo aquella latitud á nuestros meses de mayo y junio. El tiempo era hermoso y tenian en perspectiva una montañita amenísima en su ladera, suave y verdosa en medio de su altura, árida y pelada en su cumbre. Partir al salir el sol, reconocer aquellos bosques, aquella pradera, aquel peñasco donde antes que ellos nunca habia penetrado un Europeo, y volver á la noche á bordo, les pareció una espedicion tan gloriosa como fácil. El cirujano del buque el *Endeavour*, el astrónomo, el delineador de Mr. Banks, tres criados, dos marineros y dos negros se juntaron á ellos; y el diez y seis de diciembre muy de mañana desembarcó la falúa en la orilla á las doce, llenos de confianza. Mr. Banks se apresuró á llegar á la pradera, y la demás jente, metiéndose en la espesura, comenzó valerosamente á subir la montaña. A las tres de la tarde marchaban todavía á la ventura sin descubrir el menor sendero que les condujese al paraje donde debian hacer el primer alto. Llegaron el fin al lugar que habian creido de lejos ser un llano, y se quedaron frios al conocer que era un terreno pantanoso, cubierto de matorrales de abedul, altos de unos tres piés, y tan juntos que era imposible apartarlos para abrirse camino. Estaban obligados á saltar á cada paso, metiéndose en el fango hasta los tobillos. Para mayor dificultad en semejante viaje el tiempo, que se habia mantenido bueno, se volvió de repente nebuloso y frio, y un viento muy sutíl empezó á soplar á bocanadas acompañado de nieve. A pesar del cansancio ya estremado y el desaliento interior que empezaba á apoderarse de algunos de ellos, continuaron avanzando, creyendo siempre haber salido del paso mas difícil y llegado al término de su viaje. Estaban como á dos terceras partes del cenegal, cuando Mr. Buchan, delineador de Mr. Banks, fué acometido de un ataque de epilepsia. Quedando algunos con él para asistirle, y Banks, y Solander, el astrónomo y el cirujano continuaron la marcha. Estos viajeros llegaron en fin á la cumbre tan deseada, y no quedó burlada su esperanza, pues allí encontraron muchas plantas tan diferentes de las que se crian en las al-

turas de la orilla de la costa, como estas lo son de las producciones de los llanos de nuestros climas. Pero el frio era tan rigoroso, la nieve que caia tan abundante, y la noche estaba tan cerca, que no era posible volver al navío antes de anochecer. Preciso fué pues arrostrar todo peligro resignándose, como mal menos grave, á esperar el dia siguiente en el paraje donde se hallaban. Tomada esta resolucion, el doctor y su amigo Banks, contentos en su interior de tener algun tiempo mas para sus observaciones, solo pensaron en aprovecharse de él. Sus dos compañeros, menos apasionados á la ciencia y cuidándose por consecuencia muy poco de herborizar bajo la nieve y el viento, marcharon á juntarse con los que habian quedado atrás, señalando como punto de reunion jeneral una altura por la cual se proponian pasar para volver al bosque, atravesando el cenagal. Este nuevo itinerario les parecia mas fácil. Todos se juntaron en efecto muy pronto en el sitio convenido con mas ánimo que antes. Era ya cerca del anochecer cuando trataron de pasar el paraje pantanoso. El doctor Solander, que mas de una vez habia atravesado las montañas que separan la Suecia de la Noruega, sabia que un gran frio, particularmente cuando á esto se agrega la fatiga y el cansancio, produce en los miembros un pasmo casi insuperable. Exhortó á sus compañeros á que no se detuviesen por mas trabajos que sufriesen: «cualquiera que se siente, les dijo, se dormirá, y el que se duerma ya no despertará.» Hecha esta advertencia, no sin terror, echaron á andar, pero cuanto mas andaban les parecia haber caminado menos. Aun no habian llegado al cenagal, y ya el frio era tan penetrante que empezaba á producir los efectos indicados. El doctor Solander fué el primero que cedió al sueño, del cual se habia esforzado en precaver á los demás. Ni ruegos ni persuasiones, nada pudo impedir que se tendiese en la nieve, y su amigo tuvo que usar de la violencia para mantenerle medio dispierto. Richemond, uno de los negros de Mr. Banks, empezó tambien á quedarse aterido, y su amo manifestando admirable serenidad y valor en aquella situación que amenazaba ser de instante en instante mas terrible, inmediatamente hizo que se adelantasen cinco personas, una de ellas Mr. Buchan, para que preparasen fuego en el primer paraje conveniente; y quedándose él con otros cuatro al lado de Richemond y del doctor, les hizo marchar de grado ó de fuerza. Tocaban ya los dos enfermos al término de su penosa marcha, cuando declararon espontaneamente que no podian pasar de allí. Todo cuanto hizo Mr. Banks fué en vano, pues en vez de atemorizar á Richemond, respondia este: «No deseo mas que detenerme un poco y morir.» El doctor no renunciaba tan formalmente á la vida, diciendo que consentia en andar, pero que antes queria dormir un momento; ni uno ni otro querian dar un paso, de manera que á pesar del afecto que Mr. Banks tenia á Solander y lo apreciable que le fuese la conservacion de Richemond, conoció que el obstinarse mas era comprometer inútilmente la existencia de los cuatro que quedaban: reunió á toda priesa alguna broza y les dejó tenderse en ella y entregarse á un sueño que podia ser eterno.

En el mismo instante algunos de los que habia mandado adelantarse llegaron con la buena noticia de que estaba encendido el fuego á un cuarto de legua de allí. Al noticiarlo al doctor se animó y consintió en hacerse llevar como á rastra hácia la lumbre que le enseñaban á lo lejos; mas en cuanto al pobre Richemond fueron inútiles todos los esfuerzos, y Mr. Banks dejó para que le cuidasen á otro negro y un marinero que aun se mantenian firmes, prometiéndoles que volverian dos de sus compañeros luego que se hubiesen calentado, y con su ayuda llevarian al pobre enfermo si aun estaba vivo. Cumplió su palabra; pero los dos enviados, estraviéndose ciertamente, volvieron al cabo de dos horas diciendo que no habian podido

TIERRA DEL FUEGO.
TERRE DU FEU.



Vernier del. Lemaître direxit.

Fuégiens. Fuegios.

encontrar ni á Richemond ni á ninguno de los que habian dejado.

En medio de aquel conflicto, el naturalista, sin dejar de lamentarse de la falta de tres hombres, buscaba todavía con afan bajo la nieve alguna planta ignorada.

Acordáronse por último que habia quedado en la mochilla de uno de los ausentes una botella de rom, única provision de la compañía. Pensaron pues que el negro y el marinero que se quedaron al lado de Richemond, habrian echado mano del licor para estar despiertos, y que habiendo bebido de él los tres y embriagádose, se habrian apartado del sitio donde debian esperar los guias. Perdida ya toda esperanza de hallarlos se oyeron á media noche gritos repetidos. Banks acude corriendo hácia donde le llaman, y encuentra al marinero que apenas podia tenerse en pié. Guiado por las noticias que este le da y seguido de cuatro mas, marcha en busca de los otros, y el primero que descubre es á Richemond, en pié, mas sin poder andar, y á su compañero tendido, tan insensible como un cadáver. No fué posible sacarlos de aquel sitio, ni encender fuego en él para hacerles volver en sí. Forzoso fué abandonar aquellos desgraciados á su suerte despues de hacerles allí una cama de ramas de árboles y cubrirles con ellas enteramente. El resto de la jente se encontraba en una situacion la mas terrible. De doce hombres que habian partido por la mañana llenos de vigor y salud, dos eran tenidos por muertos, otro estaba tan malo que se dudaba pudiese vivir hasta el dia siguiente, y otro, Mr. Buchan, se hallaba amenazado de un nuevo ataque del resultas de cansancio que habia esperimentado durante aquella tremenda noche. Para colmo de la desdicha, lejanos del navío una jornada, no tenian mas alimento que un buitre que habian muerto la víspera al empezar su espedicion. Amaneció con un tiempo horroroso, y todos estaban ateridos. Sin embargo, á cosa de las seis de la mañana concibieron una luz de esperanza, distinguiendo la salida del sol entre nubes que empezaban á ser menos densas. Lo primero que hicieron fué ir á socorrer a los infelices que habian sepultado entre ramas, y los hallaron muertos. Eran las ocho cuando se levantó un vientecillo suave, que favorecido por la accion del sol empezó el deshielo. Renació en el corazon de todos la alegría, y con ella el dolor de un sufrimiento que otros muchos habian hecho olvidar hasta entónces. El precioso buitre estaba intacto todavía: despedazado y repartido entre los diez hombres que quedaban, y cuando cada uno hubo comido los dos bocados que le tocaron, se pusieron en camino. En fin, á las dos de la tarde desembocaron impensadamente en la ribera, precisamente en frente del lugar donde estaba amarrada todavía la falúa que les habia echado la víspera en aquella tierra fúnebre.

Historia natural.—Ya hemos visto á cuánta costa enriquecieron los doctores Banks y Solander la ciencia de algunas nuevas plantas. Observaron particularmente una especie de canela, llamada *winterranea aromatica*. El *winter*, que es su corteza, tiene la hoja ancha como la del laurel: es verde, pálida por afuera y azulada por dentro. Encontraron tambien muchas plantas antiescorbúticas, en cuyo número debe comprenderse una especie de berro llamado *cardamius antiscorbutica*; el apio silvestre, *apium antiscorbuticum*, y una especie de *cañaheja* roja y blanca. El berro se cria en los sitios húmedos, y se encuentra principalmente en la bahía del *Buen Suceso*. En particular cuando es tierno es mas saludable: se cria tendido, sus hojas son de un verde claro, pareadas, y opuestas la una á la otra, con una sola á la estremidad ó remate, que comunmente es la quinta en cada tallo. Saliendo la planta de tal estado, echa unos vástagos, que tienen á veces dos piés de alto, y en las puntas unas florecitas blancas, seguidas de largas vainas ó silicuas. Los árboles parecen pertenecer todos á la familia del abedul, llamada *betula antarctica*. Su tronco tiene

de treinta á cuarenta piés de largo, y dos ó tres de diámetro en su base: la hoja es pequeña, la madera blanca, y se hiende ó parece muy recta al hilo. Las rocas que forman el fondo de la bahía de San Vicente están cubiertas de ovas entre las cuales merece una descripcion circunstanciada el *kelp*, ó *fucus giganteus* de Solander.

Esta planta marítima se cria en las rocas de las aguas mas profundas, en los canalizos ó canales. Mr. Darwin dice que en todo el viaje del *Beagle* y el *Aventura*, no ha visto una roca siquiera que no estuviese cubierta de esta yerba flotante. El *fucus giganteus* se ha nombrado así, á causa de la lonjitud de su tallo que llega á tener, segun el capitan Cook, hasta trescientos sesenta piés. Es redondo, viscoso, lustroso, muy fuerte, y poco mas grueso que el pulgar. Concíbese de cuánta utilidad es esta planta singular para los buques que navegan en aquellos canales estrechos, incesantemente ajitados por las tempestades, con decir que en caso necesario puede servir de cables, y que á esto ha debido mas de una nave su salvacion. Como se aplana á cierta altura, y forma un ángulo con su base estendiéndose por la superficie de las aguas, sucede muchas veces que detiene la sonda de los marinos. Se encuentra desde las islas mas meridionales, cerca del cabo de Hornos, hasta los 43 grados de latitud hácia el norte: al oeste es tambien muy abundante; se cria en el espacio de quince grados de latitud; y como el capitan Cook la encontró en la tierra de Kerguelen, de aquí se deduce que ocupa en lonjitud ciento cuarenta grados.

El número de vivientes de toda especie, cuya existencia depende esencialmente del *kelp*, es verdaderamente prodijioso. Se pudiera escribir un abultado tomo de descripciones relativas á los habitantes de uno de aquellos lechos de yerba marina. Las hojas tienen cuatro piés de largo, y cada una de ellas, esceptuando las que flotan en la superficie del mar, está de tal manera incrustada de corales blancos que blanquea enteramente. Algunas dan asilo á los simples polípos; otras alimentan animales mejor organizados y masas de bellas ascidias. Innumerables mariscos y algunos bivalvos se agarran allí tambien. Millares de crustáceos acuden además á todas las partes de la planta. Mr. Darwin refiere, que removiendo un monton de aquellos inmensos tallos, cae de ellos una porcion de pececillos, mariscos, jibias, langostas ó cangrejos de todas especies, herizos de mar, estrellas, holoturias ó gusanos marinos, y nereidas de muchas formas. «Tantas cuantas veces examiné un fragmento del *fucus giganteus*, añade dicho naturalista, descubrí en él animales de forma nueva y curiosa. Numerosas especies de pescados viven en medio de las hojas, encontrando en ellas abundante alimento. Aquellas inmensas capas vejetales, cargadas de animales tan diversos, tienen tambien un recurso precioso para los cuervos marinos y otras aves marítimas; para las nutrias, las focas y las marsoplas. En fin, á no ser por ellas, el salvaje de la Tierra del Fuego, privado de algunos de sus alimentos predilectos, se entregaria con mas ferocidad y glotonería á sus gustos de canibal; su número disminuiria infaliblemente, y quizás hasta su raza acabaria por estinguirse.»

La zoolojia de la Tierra del Fuego es muy pobre, como es de presumir. Entre los mamíferos, además de los cetáceos y las focas, se encuentra una especie de murciélagos, un nuevo raton, y otras dos especies; el *tucutuco*, animal roedor, que en cuadrillas numerosas habita en la parte oriental; una especie de zorra, la nutria marítima, el guanapo, y un venado del cual se ven muy pocos al sur del estrecho de Magallanes. En los bosques se encuentran pocas aves. Algunas veces el acento del papamoscas ó cataraña de cresta blanca, encaramado en la copa de los árboles mas altos, se oye repetir por los ecos de aquellos tristes valles; y frecuentemente se hace oir en los bosques el grito singular del pico negro, cuya cabeza está adorna-



Goupil del. Lemaître direxit.

Wigwams des Fuégiens à port Espérance dans le Canal Madeleine.

Wigwames delos Fuegios en Puerto Esperanza en el Canal Magdalena.

da de una hermosa cresta roja. El *scyta lopus fuscus*, ó reyezuelo, brinca sin cesar ocultándose en los matorrales y troncos caidos en fuerza de su vejez. El trepador (*sinallaxis tupinieri*, es el ave mas comun. Se le encuentra en los bosques de hayas, en los barrancos mas hondos. Este pajarito parece multiplicarse, digámoslo así, con la vista del hombre, á causa del hábito que tiene de seguir curiosamente los visitadores que penetran en aquellos lóbregos retiros. Voltea de árbol en árbol á muy corta distancia del viajero, haciendo oir una especie de mofa singular. No tiene las costumbres tímidas del verdadero trepador (*certhia familiaris*), ni sube como este á lo largo de los troncos de los árboles; salta con destreza y va buscando insectos de rama en rama. En las partes mas escuetas del terreno existen tres ó cuatro especies de pinzones, un zorzal, un estornino ó *icterus*, dos y en fin algunas aves de rapiña y nocturnas.

Los insectos son en muy corto número; *furnarii*, en cuanto á los reptiles, niuno siquiera existe en toda la estension de la Tierra del Fuego.

Habitantes.—Todos los viajeros están acordes en representar á los Fueguenses, ó habitantes de la Tierra del Fuego, como los individuos mas miserables de la especie humana. Tienen la cabeza gorda, como los Patagones, los pómulos salientes y la nariz aplastada, pero la fisonomía mas afable. Son mas bajos, peor formados, y mas sucios todavía. Embadurnan algunas veces su cuerpo con una mezcla de carbon, almagra y aceite de foca, lo que les hace no solamente feos, sino de un olor tan pestífero, que no puede uno acercarse á ellos. Algunos se pintan ciertas partes con una tierra arcillosa blanca. Otros prefieren el color negro. El capitan King ha visto uno de ellos pintado de blanco.

Su vestido se reduce á unos mantos de pieles de guanacos ó de focas, no tan bien hechos como los que llevan los indíjenas de la Patagonia. Es verdaderamente estraño que un pueblo sujeto á los rigores de un clima tan crudo, no hayan pensado todavía en vestidos de mas abrigo.

Sus cabañas ó wigwams tienen la forma de un pan de azúcar. Están hechas de largas ramas fijada circularmente en el suelo, reunidas y atadas en la parte superior con juncos, y cubiertas de broza; tienen dos entradas ó aberturas, la una á la parte del mar y la otra mirando a los bosques. El hogar ocupa el centro de la guarida, y así lleno constantemente de una espesa humareda que, confundida con las exhalaciones fétidas producidas por las carnes echadas á perder, de que se compone la provision de invierno de cada familia, hace aquellas asquerosas moradas casi incomunicables con los estranjeros.

Un arco, unas flechas con un pedernal aguzado y cortante, y una honda, son sus armas predilectas. Disparan el arco con una destreza maravillosa; pero el uso que hacen de la honda es verdaderamente estraordinario, pues dan con la piedra en un blanco colocado á una larga distancia en una rama de árbol. Refiere King que habiendo pedido á un Fueguense que le enseñase el modo de que usaba de la honda, cojió el Indio una piedra del tamaño de un huevo, y habiendo indicado como blanco una canoa, se volvió y tiró la piedra en direccion opuesta al tronco de un árbol; rechazó, pasó por encima de su cabeza y fué á caer en la canoa. Mas parece que no empleaban sus armas sino en la caza, pues no observaba que se entregasen á las guerras de tribu á tribu, que están como destinadas á desterrar la ociosidad de las poblaciones del continente y de las grandes islas vecinas.

Cuando quieren encender lumbre golpean con un pedazo de mondie, teniendo por debajo, para que prendan las chispas, un poco de musgo ó pelusa, mezclada con un polvo blanquizco hecho de hojas vejetales enteramente secas y que prende como yesca. El mondie de que usan indica haber en las montañas donde lo cojen y que están principalmente situadas al norte, la existencia de

minas de estaño y quizás de metales mas preciosos.

Navegan en canoas de unos quince piés de largo, tres de ancho y otros tantos de profundidad. Estas embarcaciones, mas vastas, pero menos artísticamente hechas que la de los Samoyedos, son de ramillas encorvadas y enlazadas con tendones de animales y listones de cuero.

Las mujeres tienen el penoso cuidado de remar en el mar, y los hombres no las reemplazan sino cuando están rendidas de cansancio. A ellas están tambien confiadas las ocupaciones domésticas, tanto que con un cesto, un palo puntiagudo, y un morral de piel de guanaco á la espalda, van á desprender de las rocas y de los escollos descubiertos por la baja marea, los mariscos de que se compone el principal alimento de aquel pueblo. Los Fueguenses, cuyo apetito no se sacia fácilmente, comen tambien carne de foca y de cetáceo, lo cual se halla atestiguado por la existencia de muchas osamentas de aquellos animales en sus cabañas. El pescado crudo es tambien para ellos un gran regalo. En cuanto á vejetales, tan solo comen bayas de un despreciable arbusto, y un hongo de color amarillo, gordo como una manzanita, y que se cria en gran cantidad en la corteza de las hayas. Lo esterior de esta seta, de una especie particular, presenta una multitud de celdillas profundas, asemejándose en esto á un panal irregular. Los indíjenas le comen crudo, cuando por su madurez tiene un sabor algo azucarado, y un olor análogo al moserñon de Jénova. Los oficiales del *Beagle* tenian razon en parte al acusar á los Fueguenses de canibalismo. Esto se vió confirmado por las declaraciones de algunos de los indíjenas que habian sido conducidos á Lóndres, y que habiendo aprendido la lengua inglesa, dieron al comandante Fitz-Roy esplicaciones positivas y circunstanciadas sobre aquella horrible costumbre: de aquí es que el mismo Fitz-Roy no titubea en afirmar que los Fueguenses son caníbales, y que tienen particularmente la costumbre de matar á sus mas viejas mujeres para devorarlas cuando temen que les falten víveres. Este rasgo daria á la fisonomía de aquel pueblo un carácter el mas particular y le distinguiria esencialmente de las otras naciones de la estremidad meridional de la América.

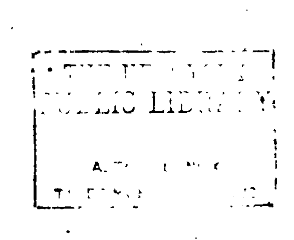
A pesar de este uso, que contrasta con el amor á la familia, sentimiento muy particular en los Fueguenses, son de jenio muy apacible; y despues del primer movimiento de sorpresa, causada por la vista de un estranjero, le acojen bien. Su intelijencia parece muy ilimitada: sin embargo, mas de una observacion y particularmente el exámen frenolójico hecho por un oficial inglés en muchas de ellas, prueba que son suceptibles de mucha educacion.

Se sabe muy poco acerca de su relijion, suponiendo que tienen una. Es probable que sus creencias se limiten como entre los Patagones á supersticiones mas ó menos estravagantes. Sea lo que se quiera, ningun culto esterior se ha observado en ellos.

Tales son los rasgos y los caractéres distintivos de los Fueguenses en jeneral. La obra de King, Fitz-Roy y Darwin, nos dan algunos pormenores especiales á cada tribu en particular. He aquí cómo divide el primero de estos sabios á los indíjenas de la Tierra del Fuego:

La tribu del Yacana-Kunny habita la parte nordeste de aquel vasto grupo de islas; es poco conocida, y se compone, segun se cree, de quinientos ó seiscientos individuos sin contar los niños.

Al otro lado de una alta cadena de montañas, al sudeste de los Yacanas, habita la tribu de los Tekinicas, llamada en otro tiempo Kyuhué, Indios los mas pobres de la Tierra del Fuego. Viven en las orillas y cercanías del canal del *Beagle*, y el número de los jóvenes en esta tribu ascenderá á quinientos. Al oeste, entre la rejion occidental del canal del Beagle y el estrecho de Magallanes, hay una tribu llamada Alikhoulip, que cuenta cerca de cuatrocientos individuos. Las partes centrales del estrecho están habitadas por una



TERRE DU FEU. TIERRA DEL FUEGO.



Vernier del. Lemaitre direxit.

Fuégiens. Fuegios.

horda de doscientos Fueguenses, á quienes Bouganville, y despues de este otros navegantes, han dado el nombre de *Pecherais*, por analojía con una esclamacion familiar entre estos salvajes.

Los Yacana-Kunny se asemejan á los Patagones por la estatura, el color del cútis y el traje. Parecen estar hoy dia en la situacion en que se hallaban los Patagones antes de tener caballos. Con sus perros, sus arcos y flechas, sus *bolas*, hondas, lanzas y mazas, matan guanacos, focas, avestruces y otras aves. En cuanto á lo demás, los indíjenas de esta rejion son mas dichosos, bajo cierto aspecto, que sus vecinos del continente; porque la porcion nordeste de la Tierra del Fuego está situada físicamente mejor que la Patagonia. Aquí ya no se encuentran las montañas llenas de bosques de las islas occidentales, sino terraplenes poco elevados y poblados de árboles en parte solamente; al norte de estos terraplenes se ven vastos espacios casi descubiertos y que ofrecen preciosos pastos. Añadamos que el clima tiene lo mejor entre los estremos de humedad y sequía de que adolecen algunos paises limítrofes. Es de presumir pues que si algun dia se formase una colonia en el pais de los Yacanas, llamado particularmente por Narborough *tierra meridional del rey Cárlos*, tendrá probabilidades de buen éxito.

Los Tekinicas son pequeños y mal formados; el color de su cútis es el de la caoba muy usada, ó mas bien entre cobre y bronce. Las piernas son delgadas y desproporcionadas con el busto; sus cabellos negros, sucios y rústicos ocultan una parte de su rostro y hacen todavía mas horrible el carácter de su fisonomía. El humo en que viven constantemente envueltos, el uso del aceite con que se untan el cuerpo, las sustancias con que se embadurnan, los alimentos insalubres y á veces podridos que aglomeran en su voraz estómago, todo esto produce en su persona efectos fáciles de conocer.

Puede comprenderse hasta cierto punto el estado de escualidez física de esta tribu, por el clima á cuya influencia está sujeto. El pais que habita está cortado en todas direcciones por una infinidad de brazos de mar, y presenta altas montañas cuya cumbre se halla cargada de eternas nieves, mientras que su base ó pié se ve cubierto de espesos y húmedos bosques. Son raros los dias hermosos en aquella rejion, en la cual caen como por predileccion las nubes, las nieblas y las tempestades formadas á la estremidad de la Tierra del Fuego.

Los Alikhoulips son los mas grandes y mejor hechos de los Fueguenses; sus mujeres tienen la fisonomía mucho menos horrible que la de otras tribus. Sin embargo, estos indíjenas son inferiores á los Yacanas y mucho mas aun á los Patagones. El pais en que residen tiene mucha analojía con el de los Tekinicas, bien que en él reinan los vientos mas frecuentemente y con mas fuerza.

Los Pecherais son pobres y ruines Indios de un aspecto repugnante. Como ocupan la parte central del estrecho de Magallanes, les visitan marinos que navegan en aquel paso y en jeneral los Europeos jamás han tenido que quejarse de su carácter.

Los Fueguenses de la ensenada de Merci tienen el cuerpo ruin, los miembros disformes y poco musculosos; el cabello negro, tieso y espeso; la barba, los vigotes y las cejas sumamente cortos y arrancados cuidadosamente; la frente estrecha, la nariz muy proeminente, los narijales anchos, los ojos son pardos y de tamaño regular, la boca grande, el labio inferior estrecho; los dientes pequeños regulares, pero de color terroso. Su fisonomía es sin espresion. Nos queda un punto importante que tratar indicar á lo menos; tal es la lengua de los Fueguenses. El vocabulario que damos aquí es un documento casi orijinal bajo el concepto de que no existe todavía sino en la relacion de Mr. Roy.

Publicando en compendio el cuadro de dos lenguas hasta aquí enteramente desconocidas, debemos advertir al lector que la letra *h* indica una aspiracion gutural muy fuerte.

Los sonidos guturales son mucho mas perceptibles en los idiomas fueguenses que en la lengua patagona. Aun se pueden comparar ciertas entonaciones de los primeros á los esfuerzos que uno hace cuando tiene en la garganta un cuerpo estraño que quiere arrojar.

ESPAÑOL.	ALIKHOULIP.	TEKINICA.
abeja	kikiooul	yumerteté
abuelo	caouich ó coouich	eprilourran
agua	tchauach	chamea
árbol	kiareucka ó kafcha	wusoureuch
arco	kereccana	whaianna
arena		puntel
ave ó pájaro	taouqua	beghe
barba	eufca	wonné
barco	athlé	watch
beber	afkhella	ulla ó allé
blanco	akifca	
boca	euffearé	yiack
bueno	layip	
brazo	toquimbé	carminé
cabeza	ofchocka	lukabé
cabello	aïu	ochta
caliente	ketkhik	nckhoula
caer	ahlach	leuppae
casa	heut	oukhal
ceja	tethlui	utkhella
cesta	kaekhu ó khaïo	kaekhensó keuch
cinco		cupaspa
comer	luffich	attema ó ettuma
cortar	cuppa	atkhekum
cuatro	inadaba	carga
cuello	chahlikha	yarek
cuchillo	aftare ó aftaila	tetlowal ó teclevel
dedo	skeulla	
dia	enoqual	
dientes	cauouach ó carlich	touonm
dos	telkiou	combelé
esposa	achwalluk	tooucou
estrella	quoounach	appernich ou ap-(pouna
enfermedad	yauhal	oma ú omey
flecha	annagua	tiacou
flor	yiksta	aneaca
frio	kichach	euccoou
frente	telché	ochcarché
fuego	tettal	puchahké
grito	yelkesta	eurra
guanaco	harmaeur	armaoua
hermana	cholicl	waykippa
hermano	arré	marcos
hijo	paral	marriou
hombre	choiks	ahkeka
huevo	lithlé	herch
hueso	ochkia	ahtuch

ESPAÑOL.	ALIKHOULIP.	TEKINICA
humo	tellicks ó telkhach	uckco ú ochat
jóven (una)	anna	yarumatea
lengua	leukin	leun
luna	conakho	anoco
luna nueva	yecoat	touquillé
luna llena	oquel	houlouch
lluvia	cappocahch	rubbacha ó wert
madre	chahp	dahbé
madera y bosque	ucha	ahchifú ospatach
mano	yuccaba	marpo
mañana	euchqual	maoula
mar	chahbeucl	hayeca
marido	arrik	dougou
muchacha	yarreukepa	
muerto (participio)	willacarwona	
muerto (sustantivo)		apaina
mujer	atlarahich, ó ackhanach	kepa ó chepuch
mosca	tomattola	
muslo	cutlaba	lukha
nariz	nohl	cucheuk
navío	aoun	alla
negro	fcal	
nieve	acho	oppunaca
no	quitteuk	barbé
norte	yaou	uffahou
nube	teullou	
nueve		yurtoba
occidente	eutqualdal	uppaheuch
oir	tellich	murra
ojo	telkh	della
oriente	yulaba	yahcuf
oreja	teldil	eufkhea
padre	cheeul	ayumo
pequeño	choks	
perro	chiloké	eachenlla
pié	keutliculcul	cola
pedernal	cathaou	
piedra	kehtlas ò cathow	oouei
pierna	keut	hieta
piel	euccoloaik	appulla
pluma	ayich	oftoukou
pescado	appeubin ó apeuffin	appeurma
puerco	tethl	
reir	fiail	teuchka
sangre	cheubba	cheubba
seis		coumoua
si	oo	das
siete		kooucasta
sol	leum	leum
suelo	tchampth	oché
sur	euccoai	ahné

ESPAÑOL.	ALIKHOULIP.	TEKINICA.
tierra	barbé	tann
tres	keupeb	meutta
trueno	cayrou	kekika
uno	toouquidoou	ocaalé
venid aquí	yamacheuma	
viento	heurreuquach	weureup
vientre	kuppude	
viejo	kerowich	keuttoas
yelo	atkhurska	yiatia.

Al leer este estracto de vocabulario quedará cualquiera sorprendido de la admirable diferencia que hay entre los idiomas de dos tribus tan inmediatas la una á la otra. Verdad es que hay en América lenguas madres diferentes por sus raices, y que se semejan por el mecanismo y el carácter, y por consecuencia es menester atenerse poco á las palabras, y mucho por otra parte á las construcciones y al jenio de las lenguas americanas. Toda la desemejanza casi completa entre las palabras y las raices, es un hecho grave y significativo cuando se trata de dos lenguas habladas por pueblos á quienes separa un espacio sumamente estrecho, y á los cuales el hábito de la navegacion permite conservar relaciones casi contínuas.

Este hecho característico nos impide adoptar, hasta tener prueba mas convincente, la opinion de Orbygny, que hace de los Fueguenses una rama de la raza araucana. No solamente no se halla la eufonia que distingue la lengua de los Aucas, bajo ningun concepto, en los idiomas fueguenses, que son bárbaramente guturales, sino que hay tambien diferencia esencial en estos últimos entre sí. Las consideraciones fisiolójicas militan tambien contra la asercion del sabio naturalista. Si los Tekinicas son pequeños como los Araucanos, por otra parte tienen el ctis de color de caoba, aunque habitan en un pais sumamente fragoso y húmedo, circunstancia que, segun el propio sistema de Orbigny, debiera aclarar aquel color. Ahí tenemos segundamente los Yacana-Kunys, que, segun afirma el capitan King y sus oficiales, se parecen á los Patagones en la estatura, la tez, el traje, las armas y los usos. Motivo hay pues para creer que si el viajero ilustrado, que nos ha sido tan útil en nuestra empresa, hubiese llegado hasta observar á la poblacion fueguense en su totalidad y en sus indivíduos, hubiera adoptado conclusiones diferentes. Por desgracia declara que no ha visto sino un Fueguense adolescente en el norte de la Patagonia. Añádase que cuando de Orbigny escribió su *Hombre americano*, la obra tan esplícita de King no se habia publicado todavía, y de consiguiente, no ha podido aprovecharse de los preciosos documentos que los sabios de la espedicion inglesa han recojido sobre esta nacion tan poco conocida hasta entónces.

Dirémos, como de Orbigny, que Mr. Bory de Saint-Vincent ha incurrido en error suponiendo que los Fueguenses descienden de la raza negra; es decir, de la que cubre una parte de la tierra de Diemen. Con respecto al color nada hay mas exacto; pero por otra parte, preciso es convenir en que la lonjitud y delgadez de los miembros de los Fueguenses, su modo de andar vacilante, y su estraña fisonomía, cuyo tipo se ve representado en una de nuestras láminas, les hace semejarse de una manera sorprendente á las poblaciones del gran océano.

A pesar de los pocos datos que el

autor del viaje á la América meridional puede darnos acerca de los pueblos que no ha visitado de la Tierra del Fuego, no deja de ser muy sensible, por lo concerniente á los Fueguenses, que no se hayan publicado todavía sus observaciones circunstanciadas sobre las lenguas de las naciones australes. Este precioso trabajo nos hubiese permitido examinar la conexion exacta de los idiomas fueguenses, de que King nos ha dado una idea, con la lengua de los Patagones, y de justificar entre otras cuestiones, si la emigracion asiática, probada por Malte-Brun y otros jeógrafos, llegó á estenderse hasta la otra parte del Chile; es decir, hasta el archipiélago de la Tierra del Fuego.

No dudamos que el nuevo vocabulario, de cuyo estracto acabamos de dar una idea, llamará seriamente la atencion de las personas intelijentes, porque las lenguas fueguenses ofrecen un elemento de comparacion de que hasta este momento se carecia.

ISLAS MALVINAS.

DESCRIPCION JENERAL.—Las islas Malvinas, llamadas, de *Falkland* por los Ingleses, se componen de dos islas principales; la Soledad al este, y la de Falkland al oeste, rodeadas de una multitud de islotes, cuyo número, segun algunos autores, asciende á ciento y setenta. Están situadas casi á la altura y á ochenta leguas del estrecho de Magallanes. Ocupan un espacio de setenta leguas del este al oeste, y de cuarenta leguas de norte á sur, espacio comprendido entre los 51°5' y 52°46'' de latitud austral, 60° y 63°30' de lonjitud oeste.

La fisionomía jeneral de las Malvinas es singularmente triste. Montañas escarpadas y á veces cortadas á pico; acantilados de rocas parduscas, cuyo pié está incesantemente combatido por las olas de un mar turbulento; playas de arena, donde no se oye mas que el silvido de vientos desencadenados y los roncos y penetrantes graznidos de las aves y anfibios; numerosos ancones separados unos de otros por puntas peñascosas, y cuyas orillas solo ofrecen una vejetacion enfermiza; cerca de aquellas enseñadas cómodas y espaciosas, sombríos islotes ó escollos que sirven de asilo á los leones marinos; en lo interior llanuras inmensas, semejantes por su uniformidad á los pampas de la América meridional, y por las cuales se estienden en redes monotonas los largos tallos de matas rastreras; por acá y acullá arroyos y riachuelos adonde van á beber los animales salvajes; barrancos en que el basalto eleva su columna regular; moles sólidas, reunidas en un desórden espantoso; tales son los objetos en que fija la vista el viajero en aquel inmenso archipiélago. No es decir por esto, que en algunas de aquellas islas tan numerosas, no encuentre la vista en que detenerse en aquellos paisajes menos melancólicos. Los manojos de yerbas y la abundancia de las aguas corrientes dan á ciertas localidades un aspecto mas alegre; millares de pájaros de diferentes especies animan aquel cuadro con sus vuelos y helguetas. A veces tambien un navío fondeado, ó un campamento de pescadores, establecido en la playa, acreditan al observador que aquel rincon del mundo no está olvidado de los hombres.

La configuracion del terreno de aquellas islas, la naturaleza de aquellas montañas que varian su superficie; la existencia de una especie de lobozorra, que á pesar de los caractéres, en aparencia diferentes, es de la misma raza que habita en la Patagonia y la Tierra del Fuego; los numerosos vestijios de volcanes estinguidos, y otros hechos que no queremos enumerar en una relacion tan corta, parecen indicar que las Malvinas han sido separadas de los paises magallánicos por alguna revolucion súbita y terrible. Tal es en efecto la opinion de algunos navegantes que han esplorado el grupo de Falkland. Otros piensan que estas islas han sido abortadas del seno del abismo, á consecuencia de la ba-

jada de las aguas, y quieren probarlo por las osamentas jigantescas encontradas en lo interior de las tierras, á una gran distancia de la orilla; osamentas que han sido de ballenas y que ciertamente no han podido ser llevadas á aquellos sitios lejanos por las aguas del mar, aun durante las tempestades mas violentas. No declararemos cosa alguna entre estas dos opiniones, de las cuales cada una tiene en pro y en contra hechos igualmente significativos.

La temperatura en este archipiélago es mas benigna de lo que diera motivo á creer la latitud en que se halla situada. El termómetro apenas pasa de doce de Reaumur y rara vez baja mas del grado de conjelacion. Sin embargo, el viento del sur es muy frio y acarrea las tempestades que arrasan aquellas tierras. Los vientos dominantes son entre el sudoeste y el nordoeste, y como soplan de las costas de la Patagonia, son templados y nada nocivos. La humedad producida por el gran número de corrientes de agua es allí el azote mas temible y del que siempre se han quejado los colonos.

Segun las relaciones de los capitanes balleneros que arriban á las Malvinas, parece que el clima de estas es hoy dia menos frio de lo que era en la época de las primeras colonias. El capitan Weddel, que en el curso de sus tres viajes á las islas australes ha pasado dos inviernos en Falkland, dice ser justa la observacion, y atribuye tal mudanza á la disposicion de los inmensos campos de hielo que se encontraban en otro tiempo por la latitud de 50°. Estas moles flotantes pasaban al norte entre las Malvinas y la Georgia, y refrescaban singularmente la temperatura. Un hecho semejante indicará tambien modificaciones importantes en el estado de los hielos del polo austral.

PRODUCCIONES. — *Vejetales.* La flora de las Malvinas es poco rica; sin embargo, el botánico puede hacer en ellas una coleccion muy interesante. Los llanos y las alturas están cubiertos de una especie de heno que se eleva hasta pié y medio, y es un escelente pasto para los ganados. En sus costas, cuyo suelo mas variado les conviene mas, se encuentran hasta ciento y veinte especies del jénero de los fanerogamas. En lo interior se han encontrado los sagamas, en número de noventa y siete especies; y en fin, los liquenes, las epáticas y los musgos componen allí un conjunto de cuarenta y ocho especies. Encuéntranse en Europa y en el Canadá una multitud de estas plantas. El apio rojo y blanco, de un sabor dulce y grato, se cria allí sin cultivo, así como otras plantas antiescorbúticas, que son como la providencia de las tripulaciones. Pernetti habla de una planta que denomina *vinagreta.* Echa diez y ocho ó veinte hojas de un verde claro juntas en redondo al cabo de una cola de color de cereza, gruesa como el cañon de una pluma de cuervo, alta de siete á ocho pulgadas. No tiene mas que un tallo, que dá una sola flor blanca, compuesta de un cáliz de cinco hojas, de la forma de un tulipan, que se abre del mismo modo, y espide un olor de almendra muy suave. Las hojas de esta planta tienen la figura de un corazon prolongado, y están pegadas al tallo por la punta, casi siempre abarquilladas en forma de canal. El mismo viajero describe muy estensamente otra planta que tiene hasta diez á doce raices como las de la escorzonera, muy largas. Estas raices están cubiertas de un pellejo muy delgado bajo el cual se encuentra una sustancia pegajosa, acuosa y de un gusto dulzacho, y luego un sabor ambarino y semejante á la orina de gato. Las Malvinas solo tienen débiles arbustos en corto número, y de la especie de los brezos. La planta que suple allí mejor la falta y que de lejos haria creer que las islas son muy fragosas, es una especie de espadilla ó junco aplastado y estrecho, que se eleva tres piés lo menos y cuyas hojas en mazorca alargándose por el cogollo llegan hasta la altura de seis á siete piés. Estas plantas destilan una goma resinosa, blanca al principio cuando esta blanda, y

de color de ámbar cuando seca. Tiene un olor tan aromático y fuerte como el del incienso. Arde como la mejor resina, exhalando un olor muy suave, y deja por residuo un aceite negruzco, incombustible, y que enfriándose se convierte en un cuerpo duro que puede servir para encolar. Esta goma tiene mucha analojía con la goma amoníaca: el mismo sabor y olor, y el mismo residuo despues de la combustion.

Las aguas que cercan las islas Malvinas son casi tan ricas como ellas en vejetales, y por tanto solo hay lugar para citar la planta llamada vulgarmente *baudreux*. «Eleva sus tallos ó palos, dice Pernetty, hasta la superficie de las aguas, y en ella se sostiene por medio de una especie de ampolla llena de aire, que forma el nacimiento ó arranque de la hoja. Sus raices, que suelen tener hasta veinte brazas de largo, son amarillas como el tronco de la planta. Entrelazadas una con otra, forman un haz ó lio al cual se acojen las almejas.

Animales.—Además de los bueyes, caballos, cerdos y conejos, que introducidos por los Europeos en las islas Malvinas, se han multiplicado allí prodijiosamente, y viven en el estado salvaje, se encuentra en aquel archipiélago una especie de zorra diferente de las otras especies comunes. Se cree ser este último cuadrúpedo peculiar de las Falkland, porque tiene proporciones mas grandes que la zorra de la Patagonia y de la Tierra del Fuego; pero esta opinion nos parece mal fundada.

Hoy dia se sabe que la mayor parte de los animales trasportados á un clima diferente del suyo propio, sujetos á nuevas condiciones de existencia, se trasforman en cierto modo, tanto en cuanto á lo físico como en cuanto á costumbres ó propiedades. Así se han visto gatos domésticos tomar en el estado salvaje un desarrollo tan estraordinario, que hubiese sido difícil de adivinar su oríjen. ¿Quien puede asegurar pues que la zorra de las Malvinas, cuando nadie prueba su carácter aboríjeno, nó es orijinaria de la Tierra del Fuego, y que no se ha modificado bajo el imperio de circunstancias particulares?

Son tan numerosas las aves en las Malvinas, que cubren algunas veces llanos inmensos y playas de muchas leguas de estension. Las mas notables son la avutarda, el cuervo marino, la golondrina, la gallineta, la avefría, el zorzal, el cisne de cabeza negra, la oca y el pato, aclimatados por los Españoles y Franceses; el pájaro gobo, esta especie de anfibio que los naturalistas han descrito tantas veces, que cava sus habitaciones subterráneas en las ensenadas mas abrigadas y que hace resonar las riberas desiertas con su graznido, perfectamente parecido al rebuzno del asno. De todos los animales que concurren á las Malvinas los que merecen mas atencion y que durante cierto período han dado tan gran importancia á la posicion de estas islas, son los anfibios del jénero foca. Los navegantes señalan particularmente el otario de Pernetty (1), el oso marino, y el elefante marino. Pernetty ha confundido al otario con el elefante de mar, bajo la denominacion comun de *leon marino*.

«Esta foca, dice Mr. Lesson en un artículo notable del *Diccionario clásico de Historia natural*, adquiere una estatura considerable, segun Pernetty, pues afirma que algunas de ellas tienen hasta veinte y cinco piés de largo y diez y nueve á veinte piés de circunferencia. Le caracteriza el pelo de la parte superior del cuerpo, particularmente el que puebla la cabeza, el cuello y las paletillas, que es tan largo como el pelo de una cabra. Pero Forster, que es mas digno de crédito, dice que el leon marino del sur solo tiene unos doce piés de largo cuando mas, y siete á ocho las hembras.» He aquí la descripcion que hace este hábil compañero del ilustre Cook: «El cuerpo es grueso, cilíndrico,

(2) «Otaria leonina», Peron; «Otaria jubata», Desmarets; «platyrhyncus leoninus», Cuvier, etc.

muy craso; la cabeza muy pequeña, bastante parecida á la del perro de presa; la nariz algo remangada y como cortada en su estremidad. El labio superior saliente del inferior, y guarnecido de cinco hileras de cerdas fuertes á modo de bigotes, largas y negras, y blancas en la vejez. Los orejas son cónicas, largas de seis á siete líneas solamente: su cartílago es firme y tieso. Los ojos son grandes y saltones, el íris verde; tiene treinta y seis dientes; los piés anteriores negros, formando una banda ancha pelada, y manifestando en los dedos señales de uñas únicamente; los piés posteriores tienen cinco dedos, con uñas pequeñitas que sobresalen de cinco festones membranosos y delgados. La cola es cónica y corta.» Pernetty describe así las costumbres de este animal: «No es maligno, y huye en lugar de acometer: se mantiene de peces, de aves acuáticas que coje por sorpresa, y de yerbas (1). La carne de este animal puede comerse sin repugnancia, y su aceite es de gran recurso. Su pellejo es muy á propósito para obras de montura, cofrería, etc.

El Otario de Forster ú oso marino provee de pieles esquisitas á los pescadores que arriban á las Falkland. Esta foca es muy buscada en el comercio, á causa de su piel, poblada de un pelo pardo ó rojizo, segun la edad del animal. Hácense de ella sombreros superfinos, guarniciones de vestido, de capas, etc. Este anfibio es muy espantadizo y de finísimo olfato, tanto que advierte cuando se acerca el hombre y con prontitud se mete en el mar donde está seguro.

En fin, entre las innumerables cuadrillas de animales que van á descansar en aquellas silenciosas playas se encuentra el *Otario moloso*, que sin duda es el *leon marino de la menor especie*, de que habla Pernetty. Se diferencia notablemente de los demás de que acabamos de hablar. Llama particularmente la atencion por sus formas langarutas é irregulares, así como por su cabeza pequeña, redonda, truncada por delante, y su semejanza muy exacta con el hocico de un perro.

El elefante marino, llamado indiferentemente por los viajeros *lobo marino*, *leon marino*, y *foca de trompa* (1), es el mas interesante de aquellos amfibios, en cuanto á las costumbres, y el mas reparable por la gordura. Tiene veinte y cinco y aun treinta piés de largo sobre quince ó diez y siete de circunferencia; su nariz, cuando está en zelo, se alarga en forma de trompa, y pasado aquel tiempo vuelve á su estado natural. Haciendo uso de un admirable capítulo del *viaje de Peron á las tierras australes*, hablarémos de las costumbres del elefante marino.

Las focas de trompa empiezan á mudar de morada, siguiendo la estacion, así que llega el estío, emigrando hácia los parajes mas frios. Al mes de su arribo se preparan las hembras á parir. Reunidas todas juntas en la misma orilla, las rodean los machos para no dejarlas volver al mar, y no entran en él hasta que han parido y criado sus cachorros. El parto no dura mas de cinco ó seis minutos, en cuyo corto intervalo se conoce que la hembra padece mucho, pues hay momentos en que da largos y agudos gritos de dolor. No pare mas de un cachorro, el cual tiene al nacer de cuatro á cinco piés de largo, y pesa cerca de setenta libras. Para darle de mamar, se echa la madre de lado, y le presenta las tetas. Dura la lactancia siete á ocho semanas, durante las cuales nada comen el macho y la hembra. Así se ve que estas enflaquecen estraordinariamente, y aun se ha visto morir algunas durante tan penoso período. Cuando tienen los cachorros seis ó siete semanas, sus padres los llevan

(2) Peron asegura que estos animales jamás comen yerba, y así lo afirman varios pescadores ingleses.

(2) «Phoca proboscidea», Peron, Viaje á las tierras australes; «leon marino», Dampier y Anson; «lobo marino,»Pernetty, viaje á las Malvinas; «phoca leonina» Lineo; «phoca de hocico arrugado», Forster y Buffon; «macrorhinus proboscideus», F. Cuvier; «miouroug» de los negros de Nueva Holanda.

al agua, y toda la manada echa á nadar á un tiempo. La marcha de estos maníferos dentro de las olas es muy lento, viéndose forzados á salir muchas veces á la superficie para respirar. Se ha observado que los mas jóvenes, cuando se apartan de la manada, son perseguidos inmediatamente por algunos de los mas viejos que á bocados les obligan á juntarse con los demás. A las dos ó tres semanas de este ejercicio, vuelven los elefantes marinos á la playa impulsados por el deseo de la reproduccion.

A la voz imperiosa del amor se declara la guerra entre estos mónstruos espantosos, peleando los machos con furor, siempre uno contra otro y nada mas. Su manera de reñir es muy singular. Los dos rivales van arrastrando muy despacio, se juntan digámoslo así, hocico con hocico; levantan toda la parte anterior del cuerpo apoyándose en las nadaderas, abren su ancha boca; sus ojos parecen inflamados de deseos y furor, se embisten con violencia, vuelven á cargar uno contra otro, dientes con dientes, quijada con quijada, se hacen recíprocamente anchas heridas, á veces se sacan los ojos en aquella lucha, y no pocas pierden así sus largos colmillos. Corre la sangre abundantemente; pero estos obstinados adversarios, como si no lo advirtiesen, continuan peleando hasta que ya no tienen fuerzas. Es raro sin embargo el ver quedar algunos de ellos en el campo de batalla, y las heridas que se hacen, por profundas que sean, se cicatrizan con una prontitud increible. Semejante curacion depende mucho menos de la calidad de su grasa, que de la espesura de la capa que ella forma al rededor del animal, y cuyo efecto es poner las partes heridas á cubierto del contacto del aire, al mismo tiempo que impide la hemorrajia.

Durante aquellos sangrientos combates, las hembras mostrándose indiferentes esperan que la suerte decida quién ha de ser su dueño. El macho, orgulloso por su victoria, se avanza en medio de la tímida cuadrilla, se acerca á la compañer que ha elejido; esta se tiende inmediatamente; él la abraza fuertemente con las nadaderas de delante, y en la embriaguez del amor olvida sus recientes luchas y sus heridas, que echan sangre á borbotones. En tal éxtasis, que dura de doce á quince minutos, nada fuera capaz de distraerles, ni aun el dolor mas agudo y penetrante.

No son menos singulares ni menos interesantes que su modo de reproducirse, los hábitos de los elefantes marinos. Les gusta zambullirse en agua dulce y tenderse en playas arenosas. Duermen en la superficie del mar como en la orilla. Cuando están reunidos en tierra en cuadrillas numerosas para dormir, velan constantemente uno ó muchos de ellos y en caso de peligro estos centinelas dan un grito de alarma, y vuelven todos á las olas protectoras.

Su modo de andar es el mas estraño: van como á rastra, remando con sus nadaderas; y el cuerpo, en todos sus movimientos, parece tiritar, como una enorme vejiga llena de jaletina, efecto de lo espesa que es la capa de grasa aceitosa que los envuelve. A cada quince ó veinte pasos tienen que pararse, jadeando de cansados, y como aplastados bajo su propio peso. Si durante su fuga se presenta alguno delante de ellos, se detienen, y si á fuerza de golpes se les fuerza á moverse, manifiestan padecer mucho. Lo mas admirable en tales casos, es que las pupilas de sus ojos, que en el estado natural es de un verde azulado claro, se vuelve entónces de color de sangre ennegrecida.

El grito de las hembras y de los machos jóvenes se parece mucho al mujido de un vigoroso toro; pero en los machos ya grandes, el prolongamiento tubuloso de sus narices da á su grito tal inflexion, que aunque mucho mas fuerte tiene gran semejanza con el ruido que uno hace gargarizando. Este eco ronco y singular se oye de lejos, causando algun espanto, cuando en medio de una noche borrascosa despierta uno sobresaltado por los ahullidos con-

fusos de aquellos colosos anfibios, y no se desvaneciera el temor, á no ser por la certeza de la debilidad y mansedumbre de aquellos animales.

Cuando un elefante marino reposa tendido en la playa, y le incomoda la fuerza de los rayos del sol, se le ve levantar repetidamente con sus anchas nadaderas de delante, gran porcion de arena humedecida con agua del mar, y echársela en el lomo hasta que se halla enteramente cubierto, de modo que entónces parece una gran roca.

Los elefantes marinos son esencialmente pacíficos, en tal manera que los hombres pueden bañarse sin peligro en las aguas donde se encuentran reunidos, y así lo hacen los pescadores sin temor alguno. Estos animales son susceptibles de cierta enseñanza. Habiéndose propuesto un pescador inglés salvar á uno de estos mamíferos, se declaró su protector consiguiendo de sus compañeros que no le hiciesen daño, y así vivió largo tiempo pacífico y respetado en medio de la matanza. El pescador se acercaba á él todos los dias para acariciarle, y en pocos meses se hizo tan manso, que se dejaba montar y meterle el brazo en la boca; iba cuando le llamaban, y en una palabra, el dócil animal aguantaba cuanto queria hacerle el marinero sin irritarse por nada. Desgraciadamente, habiendo tenido el Inglés un altercado con uno de sus compañeros, este por una cobarde venganza, mató la foca protejida de su adversario.

Lo mas digno de admiracion en el período de la vida del elefante marino, es que inmediatamente que se siente enfermo, se sale del mar, se interna en tierra mas de lo acostumbrado, se echa al pié de algun arbusto, y permanece allí hasta que muere, como si quisiera dejar la vida en los mismos lugares en que la recibió. Los pescadores han observado que sin tener ninguna señal de herida ó contusion, parece que entónces padece mucho, y muere al cabo de algunos dias de agonía.

Segun queda dicho en el artículo de la Patagonia, matan los elefantes marinos á lanzadas; pero hay un medio mucho mas sencillo y muy singular para darles muerte: tal es el de un fuerte golpe con un palo en el hocico. Un hombre solo, sin efusion de sangre, puede matar así centenares de estos pobres animales. Abriendo el estómago de los que acaban de espirar, se encuentra en ellos comunmente, además de una gran porcion de ova, piedras á veces tan numerosas y tan gordas, que parece imposible puedan contenerlas sin desgarrar por su pesadez las paredes del seno donde se hallan. Dice Forster que el estómago de muchos de estos anfibios muertos por su jente, estaba lleno de diez ó doce piedras redondas y pesadas, cada una del bulto de dos puños.

ISLA DE LA SOLEDAD. — La isla mas interesante con respecto á producciones, y en la parte histórica, es la que los Españoles denominaron *de la Soledad*, y posteriormente llamaron de *Conti* los Franceses. Situada al este del archipiélago de las Malvinas, está separada de la grande isla occidental por un estrecho de siete á doce millas de ancho, llamada por los Españoles canal de San Cárlos, y por los Ingleses canal *Falkland*, nombre en otro tiempo comun á las dos islas, pero que no se aplica ya sino á la mayor.

La Soledad tiene setenta y ocho millas de nordeste á sudeste, y cuarenta y cinco en su mayor anchura: sus costas ofrecen ensenadas y puertos entre los cuales, el que ha conservado el nombre de *bahia Francesa*, es el mayor y mas seguro. El punto mas elevado de la isla es el monte Chatellux, situado cerca de dicha bahía. Muy inmediato arranca una cadena de montañas poco elevadas y dispuestas en forma de recinto; mas no se puede andar por ellas sin encontrar á cada paso pedruscos de asperon, amontonados confusamente. De lo interno de su base sale un ruido monotono, ocasionado por las aguas corrientes que manan de la cumbre. De sus entrañas salen helechos jigantescos que tapizan con sus ramosos troncos aquellas enormes moles de rocas.

Cruzan las llanuras y los valles, cubiertos de pastos, varios arroyos de agua cristalina, mas ó menos grata al paladar, segun la madre de turba ó de chinarro por donde pasa. Por uno y otro lado se ve el suelo tapizado de verdor, en que brillan la elegante anémona y la violeta de suavísimo perfume. Las márjenes de estos arroyos, aunque pantanosas, están cubiertas de una vejetacion tan activa y espesa que casi en parte alguna se descubre la superficie del terreno. Encuéntranse hermosos lagos en los llanos y deliciosas cavidades hasta en la cumbre de las montañas. Por todas partes hay abundancia de aguas frescas y puras.

El suelo de la isla de la Soledad se compone de tierras ocreosas, rojas y amarillas, de espato y de cuarzo. La abundancia de pizarras rojizas y de color de plomo revela allí la existencia de una gran cantidad de azufre. Algunos peñascos de cuarzo rotos han indicado una materia vitriólica y cobriza. Pernetty supone haber encontrado allí una substancia verdosa que tiene las cualidades del cardenillo. Toda la vejetacion de los llanos, como la de los montes, se halla en un terreno turboso de gran espesura. Dotado aquel suelo de la cualidad esponjosa, en sumo grado, absorve la humedad con tal prontitud, que en breves instantes suele secarse el césped á poco tiempo de las mas abundantes lluvias. Esta turba, tan preciosa que como un recurso de provision de leña, existe en capas, mas profundas en lo interior del pais que en lo litoral. Zapada en sus orillas de una manera irregular, ofrece de lejos con frecuencia la perspectiva de un muro ó de un foso; y el viajero que recorre tales soledades, le cuesta trabajo creer que aquello no es obra de los hombres. Estas especies de murallas naturales, mas comunes en las alturas, tienen de ordinario cuatro y cinco piés de elevacion sobre el terreno que las cerca, y es muy difícil esplicar su formacion. En cuanto á lo demás, es cierto que los caballos encuentran allí un abrigo favorable contra el furor de los vientos; y si aquellos accidentes del suelo no fuesen tan frecuentes, se atribuirian sin mas exámen á aquellos animales.

Pernetty habla de un sitio en que la disposicion singular de las piedras parece ser el resultado de un temblor de tierra que pudo trastornar en otro tiempo la isla de la Soledad. Presentaba, dice, un espectáculo horriblemente hermoso. Las piedras, todas de asperon porfirizado, están cortadas en tablones de diez piés de largo, seis de ancho, y uno y medio de grueso. Se hallan en todas posiciones, pero tan bien colocadas como si lo fuesen artísticamente. «Son como los muros de una ciudad, en los cuales se ven aleros en línea recta, cual si fuesen cornisas ó cordones; voleados lo menos de pié y medio, y que corren todo lo largo, tanto de las partes entrantes, como de los ángulos salientes, figurando salidizos; y hasta molduras se encuentran allí. Al otro lado de aquellas ruinas hay un valle profundo de mas de doscientos piés, ancho de medio cuarto de legua, cuyo fondo está cubierto de piedras revueltas, y que parece haber servido de albeo á un rio ó ancho torrente que hubiese ido á perderse en la gran bahía del oeste. Antes de llegar á la altura que termina el valle, se encuentra una esplanada ancha, de cerca de diez ó doce toesas, y que se estiende desde la parte baja del anfiteatro hasta la otra parte de las primeras ruinas. Sobre esta esplanada hay dos depósitos de agua, el uno redondo y de veinte y cinco piés de diámetro, el otro oval y de treinta y tres piés. Desde la base de la colina se encuentran barrancos enteramente colmados de aquellas piedras despeñadas, y entre estos, cortos espacios de terreno irregular, cubiertos de yerbas y de brezos, salvados digámoslo así del trastorno jeneral. Los peñascos, arrojados confusamente unos sobre otros, dejan entre sí por todas partes aberturas, cuya profundidad puede conjeturarse.

Las plantas que se encuentran en la isla de la Soledad son todas indí-

jenas. La mayor parte resinosas ó cubiertas de un barniz lustroso que las preserva de los efectos de la humedad. Los antiguos colonos llevaron plantas y árboles exóticos, pero hoy en dia no se encuentra ningun vestijio de ellos. Los vientos y no la naturaleza turbosa del suelo, se oponen al desarrollo de los vejetales estranjeros; pues todavía se ve cerca de las ruinas del establecimiento de la bahía francesa, la tierra vejetal que los Españoles trasportaron, y que se halla tan despejada como las rocas de la costa.

Como una de las primeras plantas indíjenas, se debe hablar de la que Parker-King ha denominado *Tea plant* (planta del té). Puesta en infusion, tiene el mismo gusto que el té ordinario, y es difícil diferenciarla. Produce una vaina pequeña, que cuando está madura tiene un sabor agradable. En cuanto al resto de la nomenclatura, nos limitarémos á lo que el naturalista D'Urville refiere á consecuencia de una escursion que hizo en el monte Chatellux, mientras estuvo fondeada en la bahía francesa la corbeta *Coquille*.

«El monte Chatellux, cuya elevacion llega á quinientos ochenta y cinco metros sobre el nivel del mar, es el punto culminante de la isla de la Soledad, y domina una vasta llanura, surcada de numerosos torrentes y dividida por los inmensos brazos de la bahía Marville. En esta escursion se invirtieron dos dias, y en este tiempo tuve ocasion de adquirir una idea exacta de la naturaleza de la isla. El resultado de mis observaciones fué que la vejetacion era tanto menos variada cuanto mas se alejaba de las costas, y particularmente de las que presentan á la vez mogotes, pantanos y rocas. Mas lejos se atraviesan millas enteras de un terreno casi cubierto únicamente por los tapices espesos de las tres gramineas mas conocidas en la isla (las *festuca erecta*, el *arundo antarctica* y el *arundo pilosa*). Los gomeros están muy esparcidos. Luego que uno comienza á subir, advierte que la flora se va haciendo mas copiosa, pues encuentra mayor número de especies. En la cumbre misma de monte Chatellux encontré casi todas las que se me habian ofrecido á la vista en las diversas estaciones. Cinco plantas solamente me han parecido particulares en las alturas mas elevadas, á saber: un bello *aspidium*, que se cria en las hendiduras de las rocas, y que de su semejanza con un helecho, único en su jénero, ha tomado el nombre de *mohrioides*; el curioso y raro *nassauvia*, al cual he denominado *serpens*, y que he recojido en la alta montaña, al sur de nuestro fondeadero, y sobre el Chatellux; el *cenomyce vermicularis*, blanco como la nieve, cuyos troncos entrelazados y confusamente tendidos por el suelo, parecen otras tantas raices de grana, blanqueadas por el aire; en fin, otras dos plantitas que forman copetes cerrados, igualmente admirables por su estructura, y que se ha descubierto ser la una el *drapetes muscoides*, recojida ya por Commerson en las orillas del estrecho y descrita por Lamark; y la otra, una nueva especie de *valeriana*, que he denominado *sedifolia*. Estas tres últimas se crian esclusivamente en la cumbre misma del monte Chatellux. Rara vez se encuentra en el llano un hermoso helecho, el *lomaria magallánica*, pero cubre las orillas de aquellas corrientes de enormes fragmentos de asperon cuarzoso muy frecuentes en las laderas de todas las montañas. La *usnea melaxantha* se cria con preferencia en las rocas peladas, batidas por los vientos del sudeste; y por su número y su semejanza, sus troncos ramosos, variados de negro, amarillo y leonado, forman muchas veces en la superficie de aquellos pedregales, praderas de nueva especie. Es de advertir que aquellas rocas de una naturaleza única y constante, están todas formadas de capas muy irregulares, inclinada bajo un ángulo de 40 á 50° y echadas del este al oeste.

«En el número de las plantas útiles al hombre en aquellos parajes desiertos, citaré la *acedera* y la *oxálida*, de las cuales la última me ha parecido preferible á la otra en el gusto; el apio, abundante en los

Jaucherot. del. Lemaitre, direxit.

Colonie de Port-Louis dans l'Île de la Soledad.

Colonia de Puerto Luis en la Isla de la Soledad.

mogoles arenosos; los tallos del plantel y las hojas amargas del *taraxacum lævigatum*, de que pudieran hacerse ensaladas tan agradables como salutíferas. Los frutos de los *Pernetia*, *myrtus y rubus*, han sido muy preconizados por Bougainville, Pernetty y Gaudichaud; pero como no he visto sino las flores, no puedo decir hasta que punto merecen ser elojiados. La bella *fetuke* (*festuca flabellata*) por la cualidad, abundancia y largura de sus cañas, serviria útilmente en mas de una ocasion; y le resguardaria de la intemperie del aire, en tanto que la parte inferior del tallo le daria un alimento sano y agradable. El *empetrum*, con su fuego chispeante calentaria rápidamente los hornos; el *chiliotricum* formaria hermosas cercas; y del *bacharis* se haria cerveza como la hacen los colonos de Bougainville. Creo igualmente que las tres grandes *frucaceas*, *macrocystis communis*, *Durvillæa utilis y Lessonia flavicans*, que tanto abundan en aquellas márjenes, fueran muy propias para beneficiar las tierras y prepararlas al cultivo. En una palabra, la primavera, la violeta, suaves y agradables *peridicuim* y el eleganle *statice*, pudieran ser el ornato de aquellos jardines.»

Los animales domesticados entre nosotros y las que pueblan las quintas y campiñas de Europa, son muy numerosos en la Soledad y en la isla Falkland é islotes circunvecinos. Al abandonar este archipiélago los Españoles y Franceses, dejaron bueyes, caballos, cerdos, conejos, etc. los cuales se han multiplicado estraordinariamente, á pesar de la caza contínua de los pescadores y marinos, que tienen en ellos un recurso preciosísimo, lo mismo que las tripulaciones de los buques que recorren aquellos mares. Así es que no dejan de ir á tocar en las Malvinas para refrescar los víveres.

La caza de los toros y caballos es muy fácil; los primeros no huyen nunca de una sola persona; de manera que se les puede matar á pistoletazos; pero los cazadores deben tener mucho cuidado en mantenerse en línea cerrada para engañar al animal acerca del número de los agresores. Igualmente ha de tener cuidado de asestarle á la frente ó al costado, porque las heridas le enfurecen, y entónces es muy temible. Los caballos tampoco temen al hombre cuando va solo; pero suelen dispersarse al estruendo de un arma de fuego.

No se reduce á esto la riqueza animal de la isla de la Soledad, pues sus costas y lagos se hallan pobladas de un número prodijioso de pescados; particularmente en la bahía principal.

Esta se halla situada al oeste de la isla. Los Españoles la dieron el nombre de *bahía de la Soledad*, y los Ingleses el de *Berkeley Sound*. Tiene quince millas de lonjitud sobre cuatro de latitud. A la punta nordeste de la entrada se estiende una série de arrecifes que por la parte del este se dirijen á una roca cubierta al nivel del agua, donde se estrelló en 1820 la corbeta francesa *Urania*. Al lado opuesto se distingue la isleta de los Cerdos, llamada así por la abundancia de los que en ella se crian. La bahía, propiamente tal se estiende hasta los islotes Pinguinos y de los Lobos marinos. La conca donde se va á parar despues de haber pasado entre estas dos islas, recibió el título de *rada de San Luis*.

ISLA DE FALKLAND PROPIAMENTE DICHA.

Esta isla es mayor que la de la Soledad, y sus costas tan desiguales, que es muy difícil determinar sus dimensiones: sin embargo, por un cálculo puede decirse que tiene cien millas de este á oeste y setenta de norte á sur.

La principal bahía sobre la costa septentrional es la que conduce al Puerto-Egmont. En el fondo de esta bahía fué donde se estableció la colonia inglesa para asegurar el dominio de la Gran Bretaña sobre la mas vasta de las Malvinas. El sitio en que se fundó la ciudad fué muy mal escojido, segun se ve por las ruinas que ocupan el reverso meridional de

una alta montaña. Los jardines debian hallarse al oeste, de manera que estaban privados del sol durante la mayor parte del dia.

Despues de Puerto-Egmont, el mas considerable es la bahía de West-Point, al estremo oeste de la península meridional de Byron's Sound. Estas bahías y las de las islas vecinas son el refujio de los balleneros, cuando el mal tiempo les sorprende en aquellos mares borrascosos. Puerto-Egmont era muy concurrido años atrás por la abundancia de comestibles que facilitaba á los marinos. En efecto, hallábanse cerdos, ocas silvestres, etc.; pero hoy dia son muy raros estos animales, y las únicas provisiones que dá de sí la isla Falkland, se reducen á algunas ocas y patos que por alimentarse de pescado tienen una carne muy desagradable.

Terminarémos aquí nuestros pormenores jeográficos acerca de las Malvinas. Solo harémos mencion de las islas Anican y la de los Leones marinos, que están al sur de la Soledad; de la isla Beauchene que es la mas meridional de todas; al nordeste las islas Jasons ó Salvajes, llamada, *Sebald* en otro tiempo; de la del Pan de azúcar, colocada al frente de la isla Saunder, y los *Muelles verdes* (*Quais verts*), algo mas hácia el norte.

NEW-ISLAND Ó NUEVA ISLANDIA.— *Un nuevo Robinson*. - La isla Nueva no mereceria que hiciésemos de ella especial mencion si no hubiera sido el teatro de una aventura muy dramática que no debemos pasar en silencio.

Digamos desde luego, para dar una idea del lugar de la escena, que esta isla es montañosa en estremo y que su parte occidental ofrece una cadena, série de horrorosos precipicios; en cuyo fondo bulle á veces el mar con un ruido espantoso. Un muro impenetrable de peñascos se eleva quinientos cincuenta piés sobre las olas, y cuyo aspecto sombrío infunde un terror inesplicable en el alma del espectador. Cuando el viento de oeste sopla con violencia, las olas furiosas se estrellan contra esta mole jigantesca, envolviendo su base con una nube espesa de vapor mezclada de espuma. Llanuras cubiertas de yerbas; y lagos, cuyas aguas se ven rizadas por innumerables aves, y bañan el pié de las montañas; sitios salvajes y precipicios pintorescos; enormes preduscos confusamente amontonados ofreciendo señales evidentes de convulsiones terrestres; esto es cuanto se vé en lo interior de New-Island.

A principios del año de 1814, el capitan Barnard, de la marina de los Estados-Unidos, se vió forzado á tocar en New-Island, durante un viaje emprendido para completar un cargamento de pieles finas. Así que se disponia á dejar esta soledad, encontró en la costa meridional la tripulacion de un navío inglés que naufragó, y que se componia de treinta personas, entre las cuales habia algunos pasajeros andaban errantes por aquellas playas, poseidos de la desesperacion. El buque americano era muy chico, y los naufrágos muchos; pero la humanidad alzó su imperiosa voz, y Barnard no titubeó en recojer á los Ingleses.

El primer impulso de estos desgraciados al ver la jenerosidad del capitan americano, fué el de un vivo agradecimiento; pero esta impresion fué poco á poco cediendo á una idea enteramente contraria. Los Estados Unidos de América se hallaban en guerra entónces con la Gran Bretaña, y esta circunstancia les sujirió un pensamiento sumamente injurioso para el honrado Bernard. Este les habia prometido bajo su palabra de honor, dejarles en un puerto brasileño cuando regresara á su patria. Pero esta promesa no les tranquilizaba; imajináronse que el capitan tenia el odioso proyecto de traficar con su libertad y entregarles por una recompensa al gobierno de los Estados-Unidos.

Mientras tomaban incremento estas sospechas entre los Ingleses, Barnard se molestaba yendo él mismo en persona á New-Island para cazar aves y animales salvajes á fin de proveer suficientemente de víveres la embarcacion. Un dia despues de haber andado errante mu-

cho tiempo con cuatro marineros regresaba cargado de caza, pensando en el gusto que iba á dar á la tripulacion al presentarla las provisiones frescas; ya estaba cerca de la playa é iba á embarcarse en la lancha, cuando echó de ver que habia desaparecido el buque. Atribuyó la causa á la niebla que se habia levantado durante su ausencia, pero por mas que llamaba nadie respondia decidióse entónces; á ir remando hácia donde habia dejado anclado el buque, y llegado al sitio acabó de convencerse de que habia desaparecido.Los ingleses habian cortado efectivamente el cable y tomado el rumbo de Rio Janeiro abandonando sin piedad á su libertador y á cuatro marineros mas en aquellas rejiones inhospitalarias.

El pasmo, la indignacion y el dolor se apoderaron del alma del capitan. ¡Horrorosa ingratitud! Condenar á un largo suplicio á quien les habia acojido con tanta liberalidad! Un momento de reflexion hizo adivinar al capitan la causa del complot ejecutado con tanta cobardía en ocasion en que habia encargado la custodia de su buque á la tripulacion estranjera; conoció que el miedo de ser entregados al gobierno de los Estados Unidos les hizo cometer una accion tan baja y villana; y esta idea que los náufragos formaron de él, mas que su horrorosa posicion, hizo que se arrepintiera de haber cedido á un impulso de humanidad.

¿Cómo vivirian él y sus cuatro compañeros? Los Ingleses no habian dejado ni víveres ni vestidos, su desnudez era completa, pero la necesidad es madre de la industria. Los huevos de los albatros y algunos mariscos que recojieron en la orilla del mar, les facilitó por unos dias alimento abundante. Luego enseñaron á un perro, que por casualidad llevaron consigo, á cazar los cerdos, cuya carne les fué de mucha utilidad. Plantaron tambien algunas patatas, que habian sacado del barco para almorzar el dia de la infausta cacería, y al año siguiente recojieron una cosecha suficiente para hacer provision de invierno. La piel de las focas que mataron con las pocas municiones que tenian les sirvió de vestidos. En fin, lograron construir una casita de piedra bastante sólida para resistir á la violencia de los huracanes, tan frecuentes en aquellos parajes. No hablaremos de su situacion moral, pues harto se puede conocer.

El que padecia mas era Barnard. Los marineros habian olvidado todo respeto y subordinacion hácia su amo desde que se vieron abandonados con él en aquellas rocas solitarias. La autoridad de su jefe se limitaba á darles consejos para su propio interés, pero aun así la encontraron dura, y formaron una liga contra él. El capitan bajaba la cabeza y sufria las humillaciones que le hacian pasar sus subordinados, haciéndose cargo de que la paciencia y la resignacion eran sumamente necesarias en su triste y peligrosa situacion.

Una noche en que bajo un frívolo pretesto se habian separado de él los cuatro marineros para cazar en otro paraje, no regresaron á la cabaña á la hora acostumbrada. Vino la noche y Barnard los esperó en valde. Al amanecer dirijióse con un siniestro presentimiento al sitio donde estaba amarrada la lancha, pero esta habia desaparecido. Conoció entónces que aquellos miserables se habian fugado dejándole abandonado á la suerte. El dolor que esperimentó fué inesplicable, ¡viéndose solo, en medio de aquella inmensa Tebaida, sin mas apoyo que sus fuerzas, ni mas consuelo que los recuerdos y las oraciones! Los hombres groseros que habian participado de sus padecimientos le hicieron esperimentar cruelmente el peso de su despotismo brutal; habíase indignado cruelmente contra los tiránicos procederes de aquellos bárbaros,y ahora que se hallaba á solas consigo mismo, ahora que ninguna voz respondia á la suya, echaba de menos su presencia. Es preferible, decia, vivir entre enemigos que hallarse solo. En efecto, la soledad es un tormento que pocos hombre.

pueden soportar, porque enerva, corroe y paraliza las fuerzas del alma, abate el jenio mas intrépido, es un veneno que destila gota á gota en las venas y mata infaliblemente.

El capitan entró desanimado en su cabaña. Sin embargo, al dia siguiente volvió á sus tareas cotidianas como si estuviese con sus compañeros, trabajando sin interrupcion para no entregarse á la desesperacion dominando así su espíritu con el uso escesivo de sus fuerzas físicas. Preparaba ya pieles de focas, iba á caza con su perro, único compañero que le habia quedado, ó juntaba provisiones para la época en que escasease la caza. Subia una ó dos veces al dia á una penosa altura situada en una montaña elevada, especie de observatorio natural cerca de su vivienda, y desde la cumbre paseaba largo tiempo sus miradas con ansiedad por la inmensidad del Océano, interrogando al horizonte y quedándose extático cuando veia un punto negro que tenia la apariencia de un buque; pero luego bajaba de la montaña sumamente abatido y entregado á la meditacion dolorosamente. Todas las impresiones crueles esperimentadas por el héroe de Daniel de Foe acometerian sin duda al capitan americano durante el largo período de su aislamiento; tantas cuantas angustias atormentaron al habitante solitario de la isla de Juan Fernandez, otras tantas sintiera tambien Barnard. Léanse las escenas mas tiernas del escritor inglés y se creerá leer la historia del prisionero de las Malvinas.

Ya habian trascurrido muchos meses desde la huida de los marineros, cuando un dia que Barnard se hallaba sentado á la puerta de su cabaña, vió unos bultos parecidos á hombres que se dirijian hácia él. No se engañó, pues eran los cuatro fujitivos que, no habiendo podido pasar mas adelante de las islas vecinas, é incapaces de poder adquirir la subsistencia, venian á implorar el perdon de su superior y vivir con él. Este dia fué de fiesta en New-Island; celebróse la llegada de los marineros y cada cual olvidó por un momento sus sombrías ideas y su presente situacion.

¡Pero ay! la guerra volvió á encenderse de nuevo entre Barnard y los cuatro subordinados. Uno de estos ideó la muerte del capitan, pero la animosidad de los demás no llegaba hasta este estremo; así es que descubrieron el proyecto de su camarada y le hicieron abortar denunciándole el delincuente al capitan, á quien Barnard tuvo la jenerosidad de enviar diariamente víveres. Este retiro forzoso, esta especie de reclusion en un paraje tan apropósito para reconcentrar serias ideas, influyeron poderosamente en el ánimo del criminal. Al cabo de tres semanas juzgó el capitan que estaba suficientemente castigado y le permitió volver á sentarse con ellos al hogar. Desde entónces reinó entre los cinco la mayor armonía, y el bien jeneral fué consiguiente á esta paz tardía.

Entregáronse con nuevo ardor á la caza y la pesca de lobos marinos, cuyos despojos les eran tan preciosos. Estendian frecuentemente sus escursiones hasta las islas vecinas, donde hallaban caza abundante, y cuando la jornada habia sido productiva, cuando una temperatura dulce y apacible habia favorecido la espedicion, regresaban mas contentos á su amada vivienda. Sin embargo, el capitan echaba de ver que el desaliento empezaba á apoderarse de sus compañeros. El mismo, á pesar de sus esfuerzos voluntarios y la filosofía que habia adquirido en el duro ensayo de su soledad, sentia disminuirse de dia en dia su fuerza moral. La nostaljia minaba sordamente la existencia de estos hombres, víctimas de la traicion mas horrorosa. Quizás su estrella les destinaba á sucumbir bajo el peso de la cruel agonía que les devoraba, cuando en 10 de diciembre de 1815, una vela lejana les anunció el fin de su cautiverio, y pocos momentos despues estaban á bordo del buque libertador. Quiso la ca-

sualidad que este mismo Barnard, vendido por unos Ingleses, debiese la libertad á otros de la misma nacion, porque el bajel que los recibió á su bordo habia salido de un puerto de la Gran Bretaña.

New-Island guardó en su seno durante dos años á estos desgraciados, que no podian envidiar á Robinson mas que un historiador tan hábil como Daniel de Foe.

OJEADA HISTÓRICA ACERCA DE LAS MALVINAS.

Apesar de la opinion de los antiguos jeografos, estas islas no han sido descubiertas por Americo Vespucio, porque la tierra que este vió en 1502 bajo el paralelo 52 no se refiere mas que á la posicion de las Malvinas. Estas rejiones pues no pueden ser otras mas que aquellas de que en 1675 tuvo noticia Antonio de la Roca, y que reconocidas por Duclos Guyot en 1756 fuéron apellidadas *Georgia* por el capitan Cook. A quien debe atribuirse el primer descubrimiento es al célebre navegante John Davís, que ha dado su nombre al estrecho que separa el Labrador de la costa occidental de Groenlandia. Arrojado á aquellas arenas en un viaje al mar del Sur, el capitan inglés bautizó al grupo de las Falkland con el nombre de *Davis'southern islands.*

Dos años despues el capitan Ricardo Hawkins reconoció la parte septentrional de estas islas, á las que denominó entónces *Maiden-land* (tierra de la Vírjen). En 24 de enero de 1600, descubrió Sebaldo de Weerd en la parte occidental tres islotes, y les puso su nombre. Las Malvinas fueron reconocidas en 1615 por Schouten y Lemaire, y en 1701 por Beauchesne Gouin, cuyo nombre ha quedado á aquella isleta, que forma el límite austral del archipiélago. Ultimamente, en 1706 y 1714, los Españoles las denominaron *Malvinas.*

Puede decirse que hasta 1670 no se esploraron estas islas. El primero que lo verificó fué John Strong, quien llamó *canal de Falkland* al paso que separa las dos islas principales. El islote descubierto por Beauchesne en el sur, fué visitado en 1708 por Wood Roger y Courtney, que habian seguido toda la costa oriental. Estos navegantes, lo mismo que Hawkings y otros esploradores, creyeron que las Malvinas estaban cubiertas de bosques espesos, y se engañaron; porque no se encuentran en ellas sino campos de espesa y crecida yerba.

En 1760 dirijió la Francia sus miras hácia este archipiélago, pues los gastos de la guerra con Inglaterra y las necesidades del comercio nacional obligaron á los ministros de Luis XV á buscar en el estremo de la América un punto susceptible de establecer un buen fondeadero y un establecimiento importante. Sus navíos, destinados al gran Océano, tuvieron que arribar al Brasil ó rio de la Plata, donde habian de encontrar mil obstáculos. La posicion de las Malvinas que el almirante Anson habia señalado ya á solicitud del ministerio inglés, fijó la atencion del gabinete de Versalles, el cual, en vista de los informes que tuvo, creyó que no podia dejar de prosperar cualquiera colonia en una de las islas de este vasto archipiélago. Encargó pues á Bougainville que fuese á establecer una colonia duradera en el sur de América.

El 3 de febrero de 1764 arribó este marino á la Soledad, y se apoderó sin mas ni mas de esta isla en nombre de la Francia, construyendo un fuerte y levantando un obelisco en su recinto, donde puso una inscripcion en que la con arrogancia se atribuia el descubrimiento y conquista de esta isla.

Apenas hubo ensayado Bougainville el plantear la colonizacion instalando las familias destinadas á residir en la isla, cuando el comodoro Byron echó el áncora en el norte de la Soledad, en el puerto de la Cruzada, llamándole Puerto Egmont, y tomando posesion de todo el archipiélago en nombre de la Inglaterra. Pero ninguna formalidad siguió á esta tentativa de establecimiento; solo en 1766 se vió al capitan Mac Bride

empezar una colonia que no debia tener mejor éxito que el que tuvo la francesa.

No dejó de sorprender á la España esta abierta violacion de sus derechos. Colocadas en los dos estremos de la América meridional dos potencias marinas estranjeras y poderosas, podian dar un golpe de mano á las posesiones trasatlánticas españolas. En vista de esto, el gabinete de Madrid reclamó enérjicamente de la Francia las islas Malvinas, que no eran mas que una dependencia de la América del sur, y esta nacion tuvo que ceder y entregar al gobernador de otras islas, D. Felipe Ruiz Puente, la isla y establecimiento de Puerto Luis en 1.° de abril de 1767.

Dos años despues de la evacuacion de los Franceses, saliendo un dia de la bahía de la Soledad un navío español, encontró por casualidad á un buque inglés que venia de Puerto Egmont. Estraordinaria fué la sorpresa de ambas tripulaciones al saber, en vista de sus pabellones, que estaban las dos hacia tiempo habitando en un mismo paraje sin saberlo. No era aquella la ocasion oportuna de obrar, contentándose los Españoles con intimar á los Ingleses que abandonasen aquellas islas.

Ambas colonias dieron conocimiento á sus gobiernos del hecho, pero los Españoles fueron los primeros que recibieron una satisfaccion. Sabedor del establecimiento británico D. Francisco Bucareli y Ursua, gobernador de Buenos-Aires, envió á Port Egmont cinco fragatas con mil quinientos hombres de desembarco. Prevenidos con tiempo los Ingleses reunieron tambien sus fuerzas y trataron de oponerse á Maradiaga, comandante de la escuadrilla española. El número era casi igual por ambas partes, y despues de un combate encarnizado, quedó la victoria por los Españoles, quienes se apoderaron de la colonia inglesa en 10 de junio de 1770.

Vivamente picada la Inglaterra, reclamó enérjicamente cerca del gobierno español, y al cabo de muchas contestaciones y conferencias diplomáticas, se permitió al gobierno británico volver á tomar posesion de Port Egmont; pero apenas lo hubo hecho, cuando abandonaron aquel punto los Ingleses con suma admiracion de sus vecinos.

Los Españoles establecidos en estas islas no dieron á su colonizacion todo el desarrollo de que era susceptible; era pues evidente que solo las conservaban por miras puramente políticas. Por otra parte, el clima húmedo y cálido era insalubre; la agricultura no prosperaba, y los árboles trasplantados de la isla del Fuego, no se pudieron aclimatar. Así fué que abandonaron gustosísimos aquel suelo tan poco adecuado á su temperamento meridional. Pero el gobierno español, que queria conservar á toda costa aquel puesto avanzado de sus posesiones coloniales en América, conservó una corta guarnicion en la estremidad occidental del archipiélago, y las naves españolas iban allá de cuando en cuando para saber qué jentes y pabellones se presentaban á visitar aquellas costas, hasta que á principios de este siglo tuvo que abandonar la España aquel punto definitivamente.

La importancia de las Malvinas como puesto de arribada y militar, no podia ocultarse al gobierno republicano de Buenos-Aires. En 1820, la fragata *Heroina*, mandada por el capitan Jewitt, fondeó en la bahía francesa y tomó posesion de estas islas en nombre de la república. Todo inducia á creer que el gobierno revolucionario de la Plata iba á ocuparse seriamente en colonizar las Malvinas; pero las violentas convulsiones políticas de que era entónces teatro la América meridional, impidió llevar á cabo este proyecto: creíase jeneralmente que ya se habia abandonado del todo, cuando en 1829 se espidió un decreto en que, despues de haberse abrogado la república de Buenos-Aires todos los derechos de la corona de España sobre las tierras de cerca del cabo de Hornos, contenia las siguientes disposiciones:

Artículo 1.° Las islas Malvinas y las adyacentes al cabo de Hornos en el Océano atlántico, tendrán un gobernador militar y político, que será inmediatamente nombrado por el gobierno de la república.

Art. 2.° Este gobernador residirá en la isla de la Soledad, donde se levantará una batería y se enarbolará el pabellon de la República.

Art. 3.° Dicho gobernador cuidará de la observancia y ejecucion de las leyes de la república, así como de los reglamentos concernientes á la pesca de focas y ballenas en las costas.

Poco tiempo despues se supo en Europa que Mr. Luis Vernet de Hamburgo, que acababa de esplorar las Malvinas, estaba nombrado gobernador de estas islas, y que habia partido con su familia y cuarenta colonos ingleses y alemanes, para empezar el proyectado establecimiento en la bahía francesa.

No pasarémos adelante sin dejar de manifestár que las razones que se alegaban en el decreto de la república de Buenos Aires eran sumamente estrañas. Una colonia que se emancipa, no por eso hereda el territorio contiguo que perteneció á sus dueños, pues si esta doctrina tan singular se admitiese en el código de las naciones, hubieran podido reclamar por ejemplo los Estados Unidos de América á Terranova y el Canadá á título de herencia. En semejantes casos la fuerza constituye la autoridad, y por esta razon pasaron las Malvinas á manos de la república arjentina. Por lo demás, el gobierno de Buenos-Aires no tenia necesidad de apoyarse en tan frívolos argumentos y encubrir su usurpacion con la capa de la lejitimidad, pues no necesitaba escusa para justificar un hecho que mucho tiempo hacia estaba autorizado por el uso entre los pueblos civilizados.

Creemos que no carecerá de interés el saber lo que fué en poco tiempo la colonia de la Soledad en manos de Mr. Vernet. El siguiente estracto de una carta escrit al capitan King, por un oficial amigo suyo, nos facilita curiosos pormeno: « El establecimiento, dece, forma un semicírculo al rededor de un terreno á donde se llega por un pasadizo estrecho que forma parte de la bahía. Los Españoles tenian defendida esta entrada por dos fuertes que en la actualidad están arruinados. El gobernador Vernet me recibió con benevolencia; es un sujeto muy instruido y posee varios idiomàs. Su casa larga y baja, consta de un solo piso con paredes de piedra muy gruesa. Encontré en ella una buena librería, compuesta de obras españolas, alemanas é inglesas. Una alegre conversacion amenizó la comida, á la cual asistieron Mr. Vernet, su mujer, y algunos convidados; por la noche hubo música, canto y baile. Este concierto improvisado me pareció muy estraño en las islas Falkland donde solo creia encontrar marinos y pescadores. El establecimiento de Mr. Vernet consiste en unos quince esclavos que él mismo ha comprado al gobierno arjentino, con la condicion de enseñarles algun oficio útil, y darles libertad al cabo de algunos años de servidumbre. Estos esclavos son de edad de 15 á 20 años y parece que se tienen por dichosos. El número total de los habitantes de la isla no pasará de ciento, comprendidos veinte y cinco Gauchos y cinco Indios. Habia dos familias holandesas, cuyas mujeres se ocupaban en ordeñar las vacas y hacer manteca; dos ó tres familias inglesas, y una alemana; el resto se componia de comerciantes españoles y portugueses. Los Gauchos eran de Buenos-Aires, y su capataz un francés. »

Estos pormenores prueban que los colonos tenian motivos para confiar recojer el fruto de sus sudores. Desgraciadamente una catástrofe imprevista cayó sobre ellos y aniquiló el fruto de sus trabajos.

Mr. Vernet además del título de gobernador de las Malvinas, habia obtenido el privilejio esclusivo de la pesca en el archipiélago. Apenas se halló revestido de sus funciones, mandó alejar las naves anglo americanas, cuyas tripulaciones devastaban las bahías mas pobladas de anfibios, y mataban indistintamente

en todo tiempo el ganado errante en las llanuras. Habiendo visto en 1831 un buque de aquella nacion, que estaba paescndo en las costas Malvinas á pesar de los avisos oficiales comunicados al cónsul de los Estados Unidos, se apoderó el gobernador de la embarcacion, y este acto de represion le acarreó á él ya su desgraciada colonia, toda la cólera del capitan americano, Silas Duncan, comandante de la corbeta *Liexngton*. Sin estar en lo mas mínimo autorizado este marino por su gobierno, se dirijió á las Falkland, atacó repentinamente el nuevo establecimiento, saqueó las propiedades de sus colonos y arrasó sus viviendas. Muchos de ellos fueron conducidos prisioneros á bordo de la corbeta, y con muy mal trato á Buenos-Aires, donde los dejaron en manos del gobierno en 1832. Los Estados Unidos aprobaron la conducta brutal del capitan Duncan, y reclamaron no tan solo las indemnizaciones por los perjuicios causados al comercio de la Union, sino tambien una reparacion por los supuestos daños que habian recibido personalmente los ciudadanos americanos.

Mientras que estaban perdiendo el tiempo los Estados Unidos con la república de Buenos-Aires en interminables discusiones, la Inglaterra, que no habia cesado de considerarse como única soberana de las islas Falkland, y que ya antes habia protestado contra la instalacion de la colonia republicana, dió órden al comandante de su estacion naval en la América del Sur, para que mandase un navío al archipiélago é hiciese tremolar en aquellas islas la bandera británica, confirmando los derechos del dominio inglés y haciendo desaparecer todo cuanto pertenecia al gobierno de Buenos-Ayres. En 2 de febrero de 1832, fondeó la fragata Clio en la bahía de Berkeley, y la Tyne en Port Egmont. En ambos puntos se enarboló el pabellon inglés con salvas de artillería. La corta guarnicion republicana rindió las armas sin ninguna resistencia, y partió para la Plata en un schoener armado que habia en la bahía.

Desde entónces pertenecen las Malvinas á la Gran Bretaña, aunque esta potencia no se ha ocupado en sacar los recursos que indudablemente ofrecen aquellas islas. En 1834 fué enviado á Puerto Luis un teniente de la marina real, con órden de residir en él, sin que sepamos lo que haya hecho despues, porque aquí carecemos de documentos, tanto franceses como ingleses, relativos á este asuuto.

Seguramente no hemos dicho todo lo concerniente á las Malvinas, porque la posicion de estas islas al confin meridional del continente americano, en parajes muy preciosos para el comercio, les promete un destino no menos fecundo en vicisitudes como ha sido el período de su existencia cuyo cuadro acabamos de bosquejar.

Sin embargo, han perdido de su importancia como puerto de arribadas, estando de dia en dia mas abandonado el paso al Océano-Pacifico por el cabo de Hornos, para el estrecho de Magallanes. Los balleneros y otros barcos que se dedican á la pesca de las focas cerca de las tierras polares, son los únicos que van hoy dia á las Malvinas para refrescar sus víveres.

FIN.

INDICE

DE LA

PATAGONIA, TIERRA DEL FUEGO

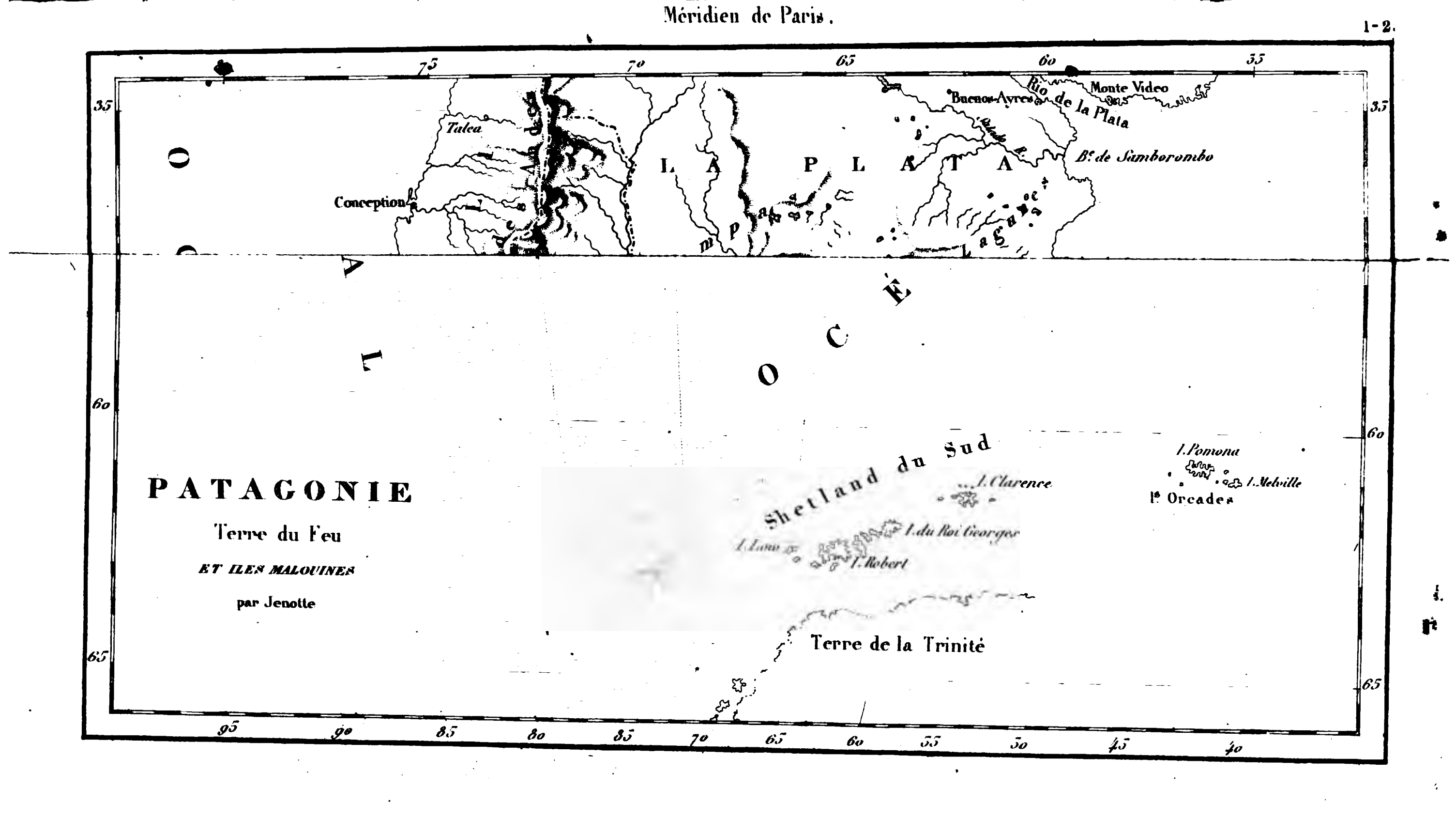
É ISLAS MALVINAS.

	Páj.
INTRODUCCION.	1
PATAGONIA.	
Situacion jeográfica.—Configuracion jeneral y límites.	2
Golfos, cabos y montañas.	id.
Volcanes.	3
Rios.	id.
Lagos.	id.
Clima, aspecto.	id.
Constitucion del terreno.	4
Viaje á la América meridional.	id.
HISTORIA NATURAL.	
Vejetales.	6
Animales.	id.
El hombre.—Tribus indíjenas.	14
Poblacion de la Patagonia.	15
Patagones del norte. Su retrato.	id.
Traje.	18
Carácter.	19
Usos y costumbres.	id.
Patagones del sur.	24
Creencias relijiosas. Supersticiones.	26
Jenio nacional, lengua.	29
Gobierno.	30
Leyes.	id.
Historia.	31
Descripcion de la poblacion del Cármen.	33
Continuacion de la historia de los establecimientos españoles en la Patagonia.	34
Estrecho de Magallanes.	38
TIERRA DEL FUEGO.	42
Cabo de Hornos.	43
Aspecto de la Tierra del Fuego.	44
Aventura de Banks y de Solander.	45
Historia natural.	47
Habitantes.	49
Idioma.	52
ISLAS MALVINAS.	
Descripcion jeneral.	55
Producciones.—Vejetales.	56
Animales.	57
Isla de la Soledad.	60
Isla de Falkland propiamente dicha.	63
New-Island ó Nueva Islandia.	64
Ojeada histórica sobre las Malvinas.	67

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

1 2	Mapa de la Patagonia	1
3	Patagones del Norte.	14 y 15
6	Patagones del Sur.	24 y 25
7	Toldo y sepulcros de los Patagones.	25 y 26
5	Fondeadero y ruinas españolas en Puert-Deseado	32 y 35
4	Aldea del Cármen.	36 y 34
8	Monte Sarmiento.	42 y 43
12	Isla de Wollaston cerca del cabo de Hornos.	id.
9	Fueguenses.	49 y 50
11	Wigwams de los Fueguenses en Puerto-Esperanza.	id.
10	Fueguenses.	50 y 51
13	Colonias Perto-Luis en la isla de la Soledad.	63.


Méridien de Paris.
1-2.
PATAGONIE
Terre du Feu
ET ILES MALOUINES
par Jenotte
Monte Video
Buenos-Ayres
Rio de la Plata
Bᵉ de Samborombo
LA PLATA
Talca
Conception
OCÉAN
Shetland du Sud
I. Clarence
I. du Roi George
I. Robert
I. Pomona
I. Melville
Iˢ Orcades
Terre de la Trinité

1 2
3
6
7
5

4
8

HH £K



